
MARÍA MARTÍNEZ FRANCO
SIEMPRE QUE BAILA
el
Mar

SIEMPRE QUE BAILA EL MAR

María Martínez Franco

Primera edición: diciembre 2015

Diseño de portada: MMF

Conversión ebook: AHS

Índice

PRÓLOGO
PARTE PRIMERA
El naufragio
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
PARTE SEGUNDA
El tesoro que el mar entregó
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
PARTE TERCERA
El extraño amigo imaginario
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
PARTE CUARTA
Descubriendo las maravillas del mar
CAPÍTULO 8
PARTE QUINTA
El significado de la palabra amistad
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
PARTE SEXTA
Una nueva esperanza
CAPÍTULO 12
PARTE SÉPTIMA
Enfrentarse a la muerte
CAPÍTULO 13
PARTE OCTAVA
Siempre hay esperanza
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
PARTE NOVENA

Un nuevo comienzo
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
PARTE DÉCIMA
El peligro acecha de nuevo
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

PRÓLOGO

Cuaderno de bitácora.
Anotación nº 125.
En el día 21, del mes 10.

El Leviatán se mantiene siempre muy cerca, acechando en la oscura y fría profundidad acuosa. Espera el momento idóneo para atacar y tragarse vivo todo lo que expira aliento. Ya lo hizo en el pasado cuando engulló hambriento al profeta Jonás, y sin embargo otros muchos le seguirán. El profeta clamó desde el vientre negro de la bestia las palabras que llevo grabadas en mi memoria, y que he recitado hasta la extenuación suplicando por mi vida. El Leviatán vive en los lejanos confines del mar. Su aliento es como el perpetuo fuego abrasador. Su quijada doblemente pavorosa. Sus dientes afilados resultan aterradores igual que su apariencia grande y amenazadora. Podría desatar tormentas simplemente con un movimiento de su recia cola. Las ilimitadas espirales de su inmenso y largo cuerpo se encuentran revestidas de una espesa capa de escamas unidas unas sobre otras, y tan apretadas entre sí, que de existir el aire bajo el mar no podría pasar entre ellas. Se mueve con una fuerza tan explosiva, que las profundidades del océano hierven como una caldera incandescente colocada al fuego cada vez que la bestia se traslada de un lugar a otro: de un confín a otro confín. De su boca salen rayos cegadores, y sus branquias expulsan humo como un horno encendido hasta los juncos. Su misma alma alimenta los carbones del infierno. Calienta las profundidades de tal forma que pone al mar mismo como olla de ungüento. ¿Por qué poderosa razón haría Dios una creación tan espantosa? Ninguno tenemos la respuesta a esa pregunta, pero bien es cierto que al quinto día de la creación del mundo, sí, el mismo día en que el Yahvé dio forma e infundió vida a toda criatura viviente del mar, creó también al poderoso y magnífico Leviatán. Y lo hizo para que sirviera de gobernante del extenso reino marino, y para castigar a los impíos como el profeta Jonás, y como yo mismo. Es la bestia más espectacular y pavorosa de entre las bestias de la creación que se describen en el Libro de Isaías. Ninguna herramienta mortal puede penetrar la armadura reluciente de sus escamas que parecen de hierro fundido. De alcanzarlo, la espada misma no resultaría capaz de dañarlo, ni la lanza, dardo, o punta de flecha. Ningún ser vivo en la tierra puede oponerse a su poder. Es rey sobre todas las majestuosas bestias salvajes, y por esa misma razón, el mar siempre baila a su

paso. Abraza con enormes olas a los barcos que cruzan sus aguas con rumbo definido, y los aprieta hasta tal punto que la madera se resquebraja y terminaba astillándose y partiéndose por la mitad. Esa es la forma en la que el mar le ofrece tributo al rey de los mundos marinos: al Leviatán.

PARTE PRIMERA

El naufragio

CAPÍTULO 1

Debía estar muerto porque se sentía así.

Despertó con la boca llena de tierra húmeda e intentó abrir los párpados, pero le pesaban toneladas, también le picaban horrores, y al tratar de masajearlos para aliviar la sensación molesta percibió que tenía las yemas de los dedos arrugadas, como si hubiera pasado mucho tiempo dentro el agua.

Tosió sal, y de repente lo recordó todo.

El Corcaigh, el barco pesquero que había partido del puerto de Lifford en el condado de Donegal con rumbo a Islandia, había naufragado frente a las costas de Noruega, o eso al menos creía él.

La tormenta se había abatido sobre el buque con inusitada fuerza haciéndolo zozobrar de izquierda a derecha. Toneles y enseres varios que estaban colocados encima de la cubierta para el largo viaje, habían terminado en el mar, y lo último que recordaba era la sensación de miedo aplastante al conocer que iba a ser engullido sin remedio en las profundidades acuosas. Él nunca había contemplado una escena tan espantosa: el mar levantaba unas olas enormes que estrellaba contra el barco sin cumplirse un minuto entre una y la siguiente, aunque lo peor estaba todavía por llegar. El temporal se cerró sobre la nave con tanta violencia que incluso el capitán rezó una plegaria porque nunca había visto algo similar, y aunque el Corcaigh era un barco sólido, con cada ola se hundía un poco más. Para colmo de males uno de los marineros más experimentado anunció con un grito de horror que existía una vía de agua que alcanzaba ya los dos pies de altura. Todos hicieron piña y comenzaron a achicar agua, pero resultó inútil. El viento huracanado quebró el trinquete, y poco después la mayor amenazó con desplomarse. Sus sacudidas hacían balancear el barco de una forma tan precaria y peligrosa que no quedó más remedio que cortarlo, aunque ninguna de las medidas tomadas pudo impedir el desastre: el Corcaigh terminó naufragando.

Hizo recuento de su estado físico. Las piernas y los brazos respondían a sus órdenes, señal inequívoca de que no tenía nada roto pero estaba dolorido, también agotado. Apoyó las palmas de las manos en la tierra y con esfuerzo logró ponerse de rodillas. Todo estaba oscuro a su alrededor, aunque escuchaba con nitidez el ruido del agua al deslizarse y después golpear en un chapoteo constante.

No podía verla, sin embargo el agua estaba justo detrás de él.

Inspiró profundamente para apaciguar la acedía que sentía en el cielo de la boca y el escozor de la garganta. Carraspeó porque sentía la saliva espesa. Se alzó de la postura en cuclillas y examinó el lugar

donde se encontraba. Parecía una cueva, aunque la escasa luz no le permitía hacer una valoración más precisa sobre el entorno. Ignoraba si era de día o de noche. Si era lunes o domingo. Solamente era consciente del miedo que había pasado, tanto, que todavía sentía las rodillas temblorosas y los vellos de la nuca como puntas de alfiler.

Se animó a dar un paso, luego otro, hasta que comenzó una caminata en círculo para reconocer el territorio. Al soltar el aire de golpe e insuflar de nuevo sintió un escalofrío que le recorrió la columna. Comenzó a tiritar, y supuso que el aliento que exhalaba debía parecerse al humo de las chimeneas cuando humean porque están atascadas.

Extendió los brazos y tocó con las manos la piedra fría, los diversos relieves y grietas donde crecía el musgo alimentado por la humedad. Arrastraba los pies para evitar un tropiezo, y de pronto llegó a un hueco que se abría hacia un pasillo mucho más estrecho. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, divisó un pequeño estanque sobre el que caía un pequeño salto de agua. Él había estado muy cerca de la orilla, por ese motivo tenía los zapatos mojados, en realidad tenía toda la ropa empapada.

Debía encender un fuego o moriría congelado, pero salvo tierra y piedras en la cueva no había nada, con la excepción del agua aunque ignoraba si era dulce o salada, por ese motivo se decidió a probarla. Cuando llegó hasta ella y sorbió de su mano, su sorpresa fue inmediata; era dulce y fría. Bebió de ella con fruición.

Retrasaba a propósito varias cuestiones que le punzaban en el cerebro, como si fueran aguijones de avispas. Trataba de convencerse de que lo primordial era hallar una salida, encontrar un haz de luz para orientarse, y buscar algo de leña para prender un fuego. Empezaban a entumecérseles los dedos de los pies, también las manos que las sentía torpes. Se las llevó a la boca y sopló aliento sobre ellas tratando de templarlas. El agua del pequeño estanque estaba helada, mucho más que la del mar. Decidió adentrarse por el estrecho pasillo para averiguar hacia dónde lo conducía.

Si se quedaba en la cavidad húmeda lo vencería el desánimo.

Cuando llevaba varios pasos caminando en línea recta, observó que se extendía hacia él un espacio amplio y seco. A su izquierda divisó un rayo de luna, y supo que la cavidad estaba abierta en el techo. Cuando el sonido del agua quedó amortiguado en la distancia, percibió otro muy diferente, ¡era el mar! Podía oírlo con claridad golpeando las rocas y retirarse con ese sonido peculiar que se asemejaba a un siseo de espuma cuando se deshace.

Cruzó los pasos que lo separaban del claro de luna porque desde allí podía observar con más detenimiento la altura y la profundidad de la cueva. Se ayudó con las manos tanteando las paredes de roca, en

algunos puntos era lisa, en otros rasposa, y cuando llegó a una zona más elevada, alzó el rostro hacia arriba. La luna, brillante y lejana, estaba justo encima de él. Parpadeó varias veces para acostumbrarse al haz de luz que irradiaba. Soltó un suspiro largo y se sentó en la polvorienta tierra. ¿Cómo había llegado al interior de la cueva? ¿En qué hora de la noche había caído al mar? No recordaba nada salvo el terror y el frío que lo habían abrazado cuando su cuerpo tocó el agua y se sumergió en una completa oscuridad. ¿Qué había ocurrido con el resto de la tripulación? ¿Lo estarían buscando? ¿Se encontrarían todos ilesos? Los interrogantes que había pospuesto tras despertar de la inconsciencia lo martirizaban ahora sin compasión, pero, ¡estaba vivo!

Esa era una razón muy poderosa para no caer en la desesperación.

Durante horas oscuras, premonitorias, no se movió de su posición sentada. Apenas sentía los pies, si bien no podía apartar la mirada de la luna esperando que desapareciera de su campo de visión. Mucho tiempo después sintió una rampa en una de las piernas debido a la posición forzada que mantenía. Percibió que el alba comenzaba a despuntar en el cielo e inundó con una luz blanquecina el hueco donde estaba sentado. Poco a poco el interior de la cueva se fue iluminando como un farol de gas en el puerto cuando la noche ha caído por completo. La cavidad era más pequeña de lo que había supuesto y tenía puntos escarpados que hacía inaccesible el acceso a otras partes. Podía verlas con perfecta claridad. Recorrió con pasos firmes cada hueco y saliente intentado encontrar una salida al exterior, pero sin hallarla. Resignado regresó sobre sus pasos hacia la cavidad en la que había despertado, y gracias a la claridad de la mañana, pudo ver el pequeño lago. Se percató que en realidad la cueva era una gruta que tenía una apertura hacia el exterior parcialmente sumergida en el mar. El agua comenzaba a mostrarse de un magnífico color azul, y al fondo, a la entrada o salida, se veía de color blanco. Dudó un momento antes de introducirse en el agua porque ignoraba las corrientes marinas de esa zona en concreto.

Finalmente se lanzó de cabeza al agua fría.

Nadó con brazadas largas y medidas, pero la ropa mojada le resultaba un impedimento. Cuando casi llegó a la boca saliente, se sumergió por completo y cruzó el umbral hacia el exterior. Los rayos de luz lo cegaron momentáneamente. Con un impulso hacia arriba quedó flotando en el mar helado. La sal le picaba en los ojos, y escupió varias veces el agua que se le había introducido en la boca. Se alejó unas brazadas para tener una mejor visión sobre el terreno que era escarpado y rocoso con algunos picos bajos. Nadó hacia la derecha y descubrió un cabo que se introducía en tierra firme hasta concluir en un embarcadero natural. Algunas de las rocas estaban tan erosionadas que eran completamente planas. Apenas estaban a un palmo del agua.

La parte izquierda del estrecho golfo que se situaba junto al cabo, lo componía una pared de roca maciza que se elevaba hasta las dos yardas de altura, y en la derecha, mucho más baja y accesible, divisó una gruta que se introducía hacia el interior de una cueva.

Comenzó a nadar hacia tierra firme buscando un punto de apoyo accesible para salir del agua. Cuando lo encontró, muy cerca de la entrada de la gruta, llevó cuidado de no hacerse daño porque tenía las manos completamente arrugadas, apenas las sentía. Con un suave impulso se asió a las rocas, y de un solo movimiento quedó de rodillas. Permitió que parte del agua se escurriera de su ropa antes de alzarse de pie y contemplar lo que se extendía ante sus ojos. Ahora estaba convencido que la tierra que pisaba era una isla pequeña que le pareció de origen volcánico, y para cerciorarse comenzó a recorrer la parte más accesible. Los zapatos mojados le impedían asegurar bien los pies, pero esa circunstancia no lo detuvo. Tras unas horas caminando sentía la respiración entrecortada y el corazón palpitándole en las sienes, aunque no interrumpió la subida ni se paró a contemplar el acantilado que quedaba a su izquierda. El sol comenzaba a calentarlo por la espalda, y cuando al fin se giró sobre sí mismo comprendió que había subido una altura considerable. Sin dudarlo continuó su avance y se encontró con un saliente que se abría y se ensanchaba dando paso a hermosas praderas. No había árboles. El vuelo de algunas aves alrededor suyo le arrancó una mueca de optimismo. Podía estar herido, muerto, si bien estaba vivo y con ganas de reunirse de nuevo con la tripulación del Corcaigh.

Un rugido de su estómago le hizo darse cuenta de que estaba hambriento.

Asustado, mojado, y muy cansado comenzó a reconocer el terreno con suma cautela. Caminó durante mucho tiempo, y en ocasiones le parecía que caminaba en círculos. Durante su recorrido no encontró nada salvo arbustos y hierba. Nada de vida que le reportara un poco de confianza en el milagro de su salvación.

Mucho tiempo después se sentó en el esponjoso suelo cubierto de verde, alzó el rostro hacia el cielo, y entornó los párpados. El sol brillaba en todo su esplendor, pero al fijar la vista sobre el horizonte se percató de la espesa niebla que gravitaba frente a él y le impedía ver más allá. Le parecía un muro infranqueable. La ropa prácticamente se le había secado por completo, también el ánimo con el que había comenzado la subida. Sin nada que llevarse a la boca no podría sobrevivir. Pronto caería la tarde y el ocaso se cerraría en torno a él, lo mismo que un abanico en las manos de una dama cuando el calor de la tarde ha perdido su fuerza.

Se preguntó por enésima vez si el acceso a la gruta tendría una entrada desde tierra y no desde el mar, aunque mucho se temía que si

quería entrar de nuevo tendría que sumergirse en el agua fría, y lo que menos le apetecía era dormir de nuevo en tierra helada y con el olor del moho como compañero de cama.

Resignado aunque determinante se propuso buscar algo de madera y unas piedras para intentar encender un fuego. No encontró nada salvo silencio y un manto verde que lo cegaba. Inspiró profundamente y comenzó a bajar la pendiente hasta llegar al embarcadero. Regresaría al interior de la cueva por donde había salido, y por la mañana retomaría el camino contrario e intentaría recorrer la isla desde el oeste hacia el norte.

Estaba convencido que encontraría bayas, hiervas comestibles, y algún pájaro que podría cazar para alimentarse.

***

La pendiente desde la ladera norte era un poco más complicada. Ya casi había alcanzado la cima, y aunque la niebla seguía siendo espesa, no alcanzaba a la isla. Parecía que se contentaba con mantenerse en la distancia amenazante. Le pareció curioso que en esa parte más sombría si crecieran arbustos más altos y recios. Entre ellos encontró algunos nidos con huevos, se metió algunos en los bolsillos de su chaqueta húmeda con mucho cuidado. Se sentía famélico. Al borde del mareo por la falta de alimento, pero si algo tenía aprendido durante las semanas de navegación que había pasado en alta mar, era a cultivar la cualidad de la paciencia. Los días en la nave se hacían largos, pesados, y llenos de monotonía, por ese motivo podía esperar a alimentarse hasta que alcanzara la cumbre.

Con la respiración agitada y las manos llenas de raspones, sus pies alcanzaron al fin el último tramo de subida, cuando lo superó, se sentó sobre el borde y dejó las piernas colgando sobre el precipicio que se extendía bajo él. Metió la mano en uno de sus bolsillos y tomó un huevo con mucho cuidado, cerró los ojos y le dio gracias a Dios. Rascó el borde con la uña, temía romperlo y que su preciado jugo cayera al suelo donde quedaría inservible. Tomó una piedra con el canto afilado y le dio un golpe seco y medido, la cáscara se agrietó en varios puntos, pero él siguió en su empeño. Le hizo otra muesca justo en el lado contrario, y cuando logró hacerle dos agujeros, chupó de uno de ellos hasta que el fluido cálido del interior fue deslizándose por su garganta. La yema le costó un poco más, pero absorbió con decisión y con los ojos cerrados deleitándose en el sabor y la textura. En un momento se terminó los cuatro huevos que había tomado, y se prometió regresar a por más en breve.

El hambre seguía atizándolo con severidad, aunque había recuperado las fuerzas para seguir su búsqueda de alimento y de madera para quemar.

Caminó con una determinación en sus pupilas, y su sorpresa fue muy grande cuando se topó con la entrada a una cueva. En ese lado de la isla no había pradera y sí montículos llenos de arbustos, algunos de ellos secos por la brisa salada. Sonrió satisfecho, le servirían para encender un fuego y alimentar la madera cuando la encontrara.

Se adentró con mucha precaución en el interior oscuro y húmedo. Era consciente que en la isla no había animales salvajes, porque de haberlos se habría tropezado con ellos en el día anterior. La tierra de la cueva olía a moho y azufre. Se fue guiando en la oscuridad tanteando los pasos y sin apartar la mano del relieve de la pared, lo último que pretendía era trastabillar y quedar malherido en el interior. Llegó a un ensanche con tres cavidades que se separaban, dudó en tomar alguna de ellas, pero tan hambriento como estaba no lo pensó y regresó sobre sus pasos. Había encontrado un lugar donde resguardarse durante la noche, aunque el agua para saciar su sed se encontrara mucho más abajo y en otra cueva inferior.

Logró reunir una cantidad ingente de ramas, forraje y algunos troncos de arbustos más grandes. Los separó del resto y los llevó a un claro que estaba resguardado por un promontorio algo elevado. Buscó dos piedras lisas con cantos, las golpeó muy cerca del forraje hasta conseguir la chispa, cuando se produjo, inmediatamente sopló para avivarla. La débil llama titiló hasta que prendió con decisión. Él le fue añadiendo troncos hasta que obtuvo un fuego considerable en tamaño. Buscó algunas piedras grandes y las dispuso alrededor para proteger el fuego de la brisa marina. Cuando logró su objetivo, y las llamas alcanzaron una altura considerable, se descalzó y acercó los pies para que se calentaran. Cerró los ojos extasiado. La sensación placentera era demasiado grande. Ahora tenía que procurar que no se apagara mientras reunía más leña para llevarla hacia el interior de la cueva.

En las siguientes horas arrastró piedras grandes, y todo lo que creyó que podría utilizar para alimentar el fuego. Descendió por el precipicio para buscar más huevos, en el camino tropezó con unas bayas rojas. Él no las conocía, pero era tanta su hambre que se arriesgó a comerlas a pesar del peligro de sufrir una indigestión o un envenenamiento por ellas. Afortunadamente eran dulces y jugosas. Saciaron su apetito durante varias horas.

Cuando el sol de nuevo comenzaba a ocultarse, se adentró en la cueva llevando consigo unos palos ardiendo. Como había preparado todo lo necesario para encender una fogata en el interior, no le costó nada que prendiera, y aunque al principio la cavidad se llenó de humo, las suaves corrientes interiores lo disiparon. Las llamas lamían los troncos hacia la derecha y luego hacia la izquierda

Colin se sintió muy satisfecho.

Había logrado reunir muchas ramas verdes y las dispuso para que

formaran un lecho junto al fuego. La leña más gruesa la tapó con abundante hierba, y las ramas más finas las puso en dirección a los pies. Se descalzó de nuevo, se quitó la chaqueta y la colocó formando una fina almohada, se tumbó sobre ella y cerró los ojos.

Estaba completamente agotado pero vivo. Caliente, aunque precariamente saciado.

CAPÍTULO 2

Se sentía extrañamente observado. Un estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza. Giró su cuerpo un tercio hacia las rocas que el mar lamía en pasadas constantes, como si buscaran algo entre sus oscuros recovecos. Se encontraba descalzo encima de una lo bastante grande para soportar su peso, intentaba atrapar un pez con un arpón que había fabricado con una rama fina y una piedra con la punta aguda. No obstante, cada vez que lo intentaba, su esfuerzo resultaba en vano. Los peces eran demasiado rápidos y escurridizos, y él torpe debido al hambre que sentía. Seguía alimentándose de bayas y huevos, pero el escaso alimento no saciaba su abundante apetito. El sonido de varios pájaros volando sobre su cabeza le hizo alzar el rostro hacia el cielo para contemplarlos. Él ignoraba que se trababa de ostreros que siempre picoteaban en busca de moluscos marinos, así como chorlitejos, y otras aves limícolas propias del lugar donde se encontraba.

Se le hizo la boca agua contemplándolas e imaginándolas dando consistencia a un estofado con patatas.

Meditó seriamente en hacerse una especie de tirachinas para tratar de cazar alguno. Asado en el fuego debían de resultar deliciosos, si bien la cuestión apremiante era, ¿cómo fabricaba el tirachinas? En la isla apenas había ramas, piedras y hierba. Tomó una roca pequeña y la lanzó con fuerza, tratar de acertar al pájaro era poco menos que imposible. Las aves se dispersaron en todas direcciones, por ese motivo regresó su atención a los peces que trataba de pescar con el primitivo arpón. Se concentró de nuevo y lanzó la vara con precisión. Erró el lanzamiento.

Masculló ostensiblemente ante su falta de puntería.

Entrecerró los ojos observando el entorno. Las piedras, algunas con los bordes cortantes, lo disuadían de tratar de buscar moluscos porque no tenía las herramientas apropiadas, como por ejemplo una navaja afilada.

Un chapoteo inesperado atrajo su atención hacia unas rocas más grandes y alejadas del embarcadero. Caminó con cuidado hacia ellas tratando de ver qué había provocado las salpicaduras. Interiormente rezó para que fuera un pulpo que hubiese quedado atrapado, o un pez lo suficientemente grande para satisfacer su apetito, aunque lo creía improbable.

Cuando llegó al lugar se subió con cuidado a una de las rocas para otear como las olas golpeaban los cantos, pero el ruido que había

escuchado no se parecía en nada al siseo de espuma que se deshace, era como si algo hubiera caído al agua desde una altura considerable. Giró la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha intentando atisbar qué era lo que había llamado poderosamente su atención, pero no había nada salvo agua, roca, y el musgo que crecía entre ellas.

De pronto sintió que unos ojos se clavaban en su nuca. Tensó la espalda ante el vuelco que sintió en su estómago. La sensación era muy desagradable porque estaba convencido que estaba solo en la isla. Salvo aves y hierba no había nada, ¿o se equivocaba? Un miedo nuevo le hizo retroceder con tan poco cuidado, que una piedra con bordes agudos le causó un corte profundo en el talón. La sangre se mezcló con el musgo tornándolo rojo, y él se quedó en la tesitura de no saber qué hacer a continuación porque el temor lo sobrecogía.

Se dijo que lo más importante en ese momento era no perder la calma. Tenía que mantenerse sereno y pensar con claridad. Si se dejaba llevar por el pánico perdería el control.

Estaba completamente solo en un lugar desconocido, ¿o no? Aunque lo había intentado, no había podido abarcar toda la isla: era demasiado grande para hacerlo en unas horas. Necesitaría días e incluso semanas para lograrlo.

Había evaluado los recursos que tenía a su alcance. Observado con atención todo lo que tenía a su disposición como el agua de la gruta. Los nidos con huevos de las diferentes aves que habitaban el lugar, y las bayas que crecían en la ladera norte de la isla. Había logrado encender un fuego. Eso podría parecer algo trivial, sin embargo un fuego tenía un buen número de usos. Entre ellos y el más básico era el de obtener gracias a el una buena dosis de moral, porque hacer una buena fogata se había convertido en una tarea primordial, y haberlo logrado le levantó el ánimo hasta un punto increíble. Como grumete que aprendía a ser marinero conocía que el fuego también se utilizaba para destilar agua, cocinar y proveer algo de luz y de calor para disuadir a las alimañas durante las noches cerradas.

El corte en el pie le escocía bastante. Rasgó un trozo de su camisa por el bajo y se hizo una venda improvisada, si bien la tela se mojó por completo un instante después, y aunque lo intentó, ya no volvió a escuchar el chapoteo que había llamado poderosamente su atención. Nada, salvo el sonido del mar al golpear las rocas para volver a alejarse.

Como tratar de pescar algo comestible se había convertido en tarea imposible, decidió elaborar una trampa para atrapar a una de esas aves que volaban sobre su cabeza y que trinaban con un sonido estridente. Así que se dedicó a la tarea de buscar los diferentes utensilios que iba a necesitar. Cuando llevaba varias horas buscando de forma infructuosa, paró sus pasos y miró al cielo. Era un completo

imbécil. No tenía caja, ni hilo para intentarlo, y durante un minuto largo se dejó abatir por el desaliento.

Toda su vida había estado marcada por la fatalidad.

Se había criado en la calle. En la más absoluta miseria y soledad. Aunque había intentado cambiar esa circunstancia, el destino le volvía a echar un pulso, y mucho se temía que en esta ocasión no saldría vencedor. De niño había vivido en las calles de Dublín tras huir con once años del orfanato en el que lo dejaron, y donde la miseria y los malos tratos habían resultado su familia más cercana. Estaba acostumbrado a pasar necesidad. A tumbarse por las noches en el frío suelo, por esa razón despertar en una isla abandonada sin más compañía que la suya propia, no lo sumió en una depresión que podría llevarlo a la desesperación emocional y completa, porque estaba acostumbrado a enfrentar las dificultades. Aunque llegados a ese punto dudaba de su misma cordura. Sabía que estaba solo, pero el confinamiento, el hambre y la incertidumbre le hacían ver y oír cosas extrañas. Incluso imaginarlas.

Sin poder evitarlo pensó en Miles O'Brien, el hombre que lo había recogido de la calle y tratado de enseñarle la profesión de marinero. Lo extrañaba, a pesar de su carácter seco y sus ademanes bruscos. Del pestilente aliento a whisky y salazón que emanaba de su robusto cuerpo. Era lo más cercano a un padre que había conocido. Inspiró profundamente y movió la cabeza de forma enérgica para quitarse de encima la sensación compasiva que sentía hacia sí mismo.

Rezó a Dios con fervor, con esa necesidad que sienten los que se creen desdichados, los que viven en la desesperanza. Le suplicó que lo mantuviera cuerdo. Que le diera fuerzas para idear trampas para pescar peces y cazar pájaros para nutrirse.

¡Tenía que sobrevivir!

Caminó sin apoyar el pie lastimado hacia el lugar donde había dejado los zapatos y los calcetines. Se calzó con cuidado y se dispuso a regresar a la cueva, pero antes de girarse para emprender el recorrido miró de nuevo al horizonte, a la espesa niebla que se alzaba como un muro blanco frente a él. Sonrió, acababa de ocurrírsele un nombre muy adecuado para la isla: Gwyn Wal, que quería decir muro blanco. Se preguntó por qué motivo la niebla no lograba alcanzarla. Quedaba suspendida frente a él como una amenaza constante. Un recordatorio de lo que se encontraría si se atrevía a cruzarla buscando una salida a su confinamiento. Dejó de pensar en ello para centrarse en la tarea que tenía que efectuar.

Era Colin O'Donoghue, grumete del Corcaigh, y no pensaba darse por vencido.

***

Estaba decidido a recorrer la totalidad de la isla. Conocer palmo a palmo cada lugar y risco escarpado. Necesitaba, tanto como respirar, comprobar por sí mismo que estaba realmente solo. La extraña e inquietante sensación de estar vigilado no disminuía ni un ápice. Ni la apremiante necesidad de encontrar algo útil para tratar de abandonar la isla e ir en busca de algún barco que cruzase por ese perdido lugar donde se encontraba. La espesa e impenetrable niebla no se desvanecía con los rayos de sol, de pronto parpadeó al tener una revelación, si el Corcaigh se encontraba cerca de las costas de Noruega cuando lo abatió la tormenta, ello quería decir que el barco había naufragado cerca de las Islas Feroe, un territorio desconocido e inhóspito para los diferentes navegantes que surcaban el océano Atlántico. Otro detalle importante y obviado por él le hizo enarcar las cejas con preocupación. Era el mes de marzo, y tan cerca de Islandia, el frío debía ser mucho más intenso, acuciante. Colin se miró la ropa como si la viera por primera vez. Llevaba una camisa azul, un chaleco de un azul más intenso y pantalones de pana. La chaqueta era de lana fina en un gris oscuro. También llevaba un pañuelo rojo anudado al cuello y que lograba molestarlo cuando realizaba tareas más arduas como mover piedras o llevar ramas para el fuego.

¿Cómo era posible que sintiera los rayos cálidos del sol sobre su rostro como si fuera el comienzo del verano en Irlanda? Recordó el frío que sintió en el interior de la gruta cuando despertó de la inconsciencia, pero valoró que era causado por la ropa mojada y por estar tirado en el frío suelo de tierra. Hizo un giro completo sobre sí mismo y contempló el muro blanco de niebla frente a él. Era incapaz de distinguir nada. Ignoraba si había más islas, y de haberlas, si eran más grandes o más pequeñas. Si tenían pueblos costeros y llenos de actividad en sus laderas. Colin soltó el aliento poco a poco cuando fue consciente que Gwyn Wal, como la había bautizado él, tenía un clima anormal para esa época del año y lugar. Meditó durante un instante largo si el Corcaigh podría haberse desviado del rumbo establecido, pero entonces Miles O'Brien se lo habría comunicado. Por la agradable temperatura parecía que estaban en las islas salvajes en el sur, aunque rechazó el pensamiento de forma inmediata. En una ocasión las había visto de lejos mientras el barco navegaba con rumbo a las islas Canarias donde Miles y él pudieron disfrutar del suave clima durante un par de semanas, hasta que embarcaron de nuevo y con un cargamento lleno de plátanos de regreso a Inglaterra.

Sin dejar de pensar en todas las alternativas posibles, Colin continuó su recorrido con paso audaz y férrea determinación hasta la zona más abrupta de la isla. La espesa maleza y los arbustos bajos le dificultaban el avance, si bien él se había provisto de una vara larga y flexible con la que se ayudaba a apartar la vegetación. Se percató que

comenzaba a respirar con dificultad, señal inequívoca que la pendiente se había agudizado, aun así continuó su avance hasta el extremo más alejado de tierra. En el recorrido se encontró varios agujeros que bien podrían ser de ratas o topos, en cualquier caso no se detuvo a analizar qué clase de animales albergaban en su interior. Detestaba las ratas, a pesar de estar acostumbrado a viajar con ellas. Las entrañas del Corcaigh solían estar llenas de roedores ansiosos por hincarle el diente a los sacos de cereal que transportaban, y la mayoría de las veces la poca fruta de la que disponían, solía estar mordida y echada a perder.

Colin usó la vara como bastón para apoyarse porque la pendiente era muy pronunciada. Estaba dispuesto a llegar hasta el final. Comprobar por sí mismo qué había en esa parte tan alejada de la isla. De pronto, su pie derecho quedó trabado en uno de los tantos agujeros que había sorteado hasta ese momento, la pierna se le hundió en la tierra hasta la mitad del muslo. Soltó la vara en el suelo y trepó con ambas manos tratando de salir, en un instante sintió que la tierra cedía bajo su peso como si hubiese caído entre arenas movedizas. Cuanto más se empeñaba en salir, más empeño ponía la tierra en engullirlo, ¡se deshacía en torno a él! Percibió que caía aunque ignoraba hacía dónde, su cuerpo se deslizaba por la fuerte pendiente hacia abajo sin freno ni control. Si no lograba asirse a algo terminaría cayendo al vacío y estrellándose contra las rocas del acantilado. Agarró la gruesa rama de un arbusto, aunque le pareció que tenía las manos impregnadas en aceite porque se resbalaba, seguía deslizándose junto a la tierra y piedras pequeñas que lo seguían en su caída. Se golpeó el vientre con una piedra grande, después la barbilla hasta el punto que sintió crujir los dientes. Otra piedra más, y entonces su cuerpo dejó de resbalarse para caer hacia atrás. El fuerte golpe en el agua le hizo perder la conciencia.

Colin O'Donoghue no había caído entre las rocas como había supuesto sino directamente al mar.

PARTE SEGUNDA

El tesoro que el mar entregó

CAPÍTULO 3

Se despertó de sopetón. Tenía la boca salada y las manos ateridas. Estaba boca abajo en la tierra húmeda de la cueva en la que había despertado la primera vez. El olor resultaba inconfundible. Se levantó apoyándose sobre las rodillas, y entonces se percató que le dolía terriblemente la cabeza por el golpe en la barbilla que se había dado mientras se deslizaba ladera abajo. Se tocó la punta con los dedos, y al momento ahogó un gemido lastimero. Tenía la barbilla hinchada y sensible. Se metió el dedo índice en la boca para tocar los dientes y las encías confiando en no tener ninguno roto. Ahora comprendía por qué motivo había visto tantos agujeros en el suelo. En esa parte de la isla la tierra estaba hueca por debajo de la hierba, por ese motivo no había podido detener su caída.

Se alzó de su postura en cuclillas y examinó el lugar desde donde caía la pequeña cascada de agua dulce. Se mojó el rostro y se enjuagó la boca para escupir la sangre de la herida interior que se había provocado al golpearse.

Tenía miedo, un pavor que aumentaba a medida que su confianza disminuía. Ahora sabía que no estaba solo en la isla. Había caído al mar, eso lo recordaba muy bien, pero ignoraba quién lo había sacado y llevado al interior de la gruta. El silencio a su alrededor se hizo mucho más notorio, y un escalofrío de aprensión lo sacudió de pies a cabeza.

«¡Dios mío no me abandones», rogó con insistencia. «Cálmate Colin, si te quisieran muerto ya lo estarías», se dijo a sí mismo para infundirse valor. Quien fuera quien lo había sacado dos veces del agua le había salvado la vida, y siguió ese razonamiento en los siguientes minutos. Miles le había enseñado a valorar todos los aspectos. Meditar las alternativas, y aunque el miedo que sentía le provocaba calambres en el vientre, logró controlarlo haciendo uso de la razón, del discernimiento y la fe.

El barco pesquero en el que navegaba había naufragado, pero él seguía conservando la vida gracias a un salvador anónimo que quizás no se encontraba en la isla, ¿un pesquero ermitaño del lugar? ¿Un pastor solitario? ¿Por qué motivo se mantenía escondido? No tenía respuesta para los cientos de preguntas que se hacía, pero un detalle le había quedado muy claro, no estaba solo, y por tanto había decidido a encontrar a la persona que le había salvado la vida en dos ocasiones.

***

—¡Hola! —vociferó a pleno pulmón—. Sé que está ahí. —Colin

había dejado la gruta interior nadando como cada día para salir al exterior y secar al sol las ropas mojadas. Había colocado los zapatos y los calcetines en lo alto de una roca. Él estaba subido a otra y oteando cada lugar y rincón que alcanzaban sus ojos. La playa de rocas y maleza se extendía a lo largo de una milla, quizás más.

Escuchó el silencio durante un instante intentado oír alguna respuesta a sus palabras, sin embargo solo percibía el trinar de los pájaros por encima de su cabeza.

—¡No voy a causarle daño! —exclamó sin pensar, y al momento sus labios finos se curvaron en una sonrisa sarcástica ante la estupidez de su comentario.

Si alguien podía recibir un daño concreto era precisamente él.

Pero el silencio fue el único acompañamiento que tuvo, y Colin dejó caer los hombros con cierto desánimo. Se giró sobre sí mismo y quedó de pie frente al mar. Sobre su cabeza se encontraba el cielo, aunque este no se unía con el mar en el horizonte. La espesa niebla lo impedía, y de nuevo se preguntó qué habría tras ella. Un fuerte chapoteo en unas rocas a su izquierda le hizo girar la cabeza hacia allí, y sin dudarlo un instante, comenzó una carrera entre las rocas para alcanzar el lugar. Hacerlo sin la protección de los zapatos ni de los calcetines resultó bastante molesto, pero el ruido había despertado su curiosidad por completo. Llegó sin resuello y con el corazón acelerado, pero tras las enormes rocas no había nada salvo las olas del mar que las golpeaban. Entrecerró los ojos tratando de vislumbrar algún bote o embarcación pequeña, no obstante, no había nada. Colin se mordió el labio inferior de forma pensativa, y al momento sus ojos se clavaron en un especie de pequeño embalse que se formaba entre el hueco inferior de varias rocas de diferentes tamaños. Dio varios pasos y saltó con mucho cuidado a la más grande para tener acceso al hueco. Flotando en vaivén había un pequeño cofre que llamó poderosamente su atención. Se inclinó sobre su cuerpo e introdujo la mano hasta la altura del hombro para intentar sujetarlo, pero era demasiado grande para asirlo con una sola. Decidido se lanzó al agua cristalina. El ligero movimiento de las olas lo impulsaban hacia las rocas, aunque logró mantener el equilibrio e introducir la mano para arrastrar el objeto. Cuando al fin lo consiguió, lo sujetó entre el costado y el brazo izquierdo, y con la otra mano avanzó en el agua ayudándose con los pies. Buscó un punto accesible para poder salir del agua y lo logró llevando bajo el brazo el pequeño tesoro. Colin chorreaba agua salada desde el cuello hasta los pies. Los pantalones, camisa y chaleco tenían un tono descolorido debido a la sal, y el tejido de los pantalones comenzaban a rasgarse por las rodillas de tantas veces que se deslizaba y apoyaba entre las rocas. Pero era necesario puesto que el único lugar donde había agua dulce para beber era

dentro de la gruta, y para entrar por la abertura tenía que introducirse en el mar y nadar unos metros. Hacerlo una y otra vez le arañaba las manos y los pies, y cuando al fin lograba saciar su sed, tenía que volver a salir para ir a la otra cueva donde tenía dispuesto el refugio junto al fuego, y que no permitía que se apagara. Colin pensó que era imprescindible encontrar un objeto para transportar el agua para que le durase más tiempo, así no tendría que introducirse varias veces en la gruta, sin embargo, en la isla no había nada.

Con el cofre entre sus manos se dirigió hacia la roca plana y alta donde se encontraba sus zapatos y calcetines. Se sentó junto a ellos y miró la madera gastada y mojada que sostenía. No tenía cerrojo ni presilla que lo cerrara, por ese motivo se extrañó de que estuviese cerrada. Presionó la tapa pero no logró abrirla, parecía como si estuviera pegada. Se colocó el objeto entre los muslos y con ambas manos tiró hacia arriba. La fuerte presión casi logra que saliera despedido, pero lo que contenía quedó expuesto a sus ojos. ¡Era un tesoro! Aunque estaba parcialmente húmedo. De su interior sacó un hermoso collar de perlas de doble vuelta. Unos anillos de esmeraldas y rubíes, y un rosario de piedras negras, Colin ignoraba que las esferas habían sido trabajadas con ónice. El rosario terminaba en un crucifijo de oro bastante pesado. Colin soltó el aliento que contenía en el interior de su cuerpo. Él, como buen católico irlandés, supo que tenía en sus manos un rosario de incalculable valor. Lo enrolló con reverencia entre ellas y lo llevó hasta sus labios para besarlo con sumo respeto. Después se lo colgó al cuello. El valor del cofre era incalculable. Estaba convencido que pertenecía a algún barco que había naufragado como el Corcaigh. Miró las joyas con ojo crítico, y lamentó que el interior del cofre no contuviera herramientas o utensilios que fuesen de ayuda para pescar o cazar. El ruido de golpes le hizo levantar la vista de las monedas de oro hacia las rocas que tenía situadas a su derecha, y lo que vio le hizo levantarse de sopetón. Un baúl de considerable tamaño era lanzado contra una roca por las olas del mar. Soltó el aire abruptamente porque unos momentos antes no estaba allí. ¿Sería posible que la marea lo hubiese acercado hasta la costa? Colin dejó el pequeño cofre del tesoro y se dirigió con paso rápido hacia el lugar donde estaba situado el baúl de madera. Sacarlo le iba a resultar imposible, pero tenía que intentarlo. Se preguntó cómo habría llegado hasta ese lugar rocoso y difícil. El baúl debía de estar vacío para poder flotar a pesar de su peso y tamaño, aunque se decidió a intentar atraparlo. Miró hacia las rocas del fondo calculando la distancia, y sin pensarlo un segundo se lanzó de pie al agua, antes de llegar al fondo se impulsó hacia arriba. Al sacar la cabeza la agitó con fuerza para desprenderse del agua que le corría por la cara y el cuello. Se acercó raudo hacia el arcón que el mar mecía en constantes

movimientos. Como había supuesto estaba cerrado con un candado de hierro que ya estaba oxidado, además no tenía llave. Para acceder a su contenido tendría que sacarlo del agua, si bien las rocas resultaban un escollo a tener en cuenta. Miró a su alrededor tratando de encontrar un lugar accesible para intentarlo, o en todo caso sujetarlo para poder sacar las cosas que contenía en su interior. Agarró una de las argollas de hierro que tenía anclada a un costado y tiró hacia él, al flotar sobre el agua no le resultó difícil moverlo. Colin pensó si podría llevarlo en al agua a medida que nadaba, probó de forma vacilante. La caja de madera parecía que no pesaba, aunque tratar de mantenerla a flote mientras se movía resultó incómodo, pero no se rindió. La fue dirigiendo con mucha cautela hacia el lugar donde había encontrado el cofre pequeño del tesoro, desde allí podría intentar trabarlo entre las rocas que hacían un pequeño embalse donde él podría apoyar los pies. Lograrlo le costó un esfuerzo considerable. El arcón no pesaba en el agua, pero cuando él trataba de empujarlo hacia el lugar que creía apropiado para que no se escapara, parecía que su peso aumentaba hasta una tonelada. Sin soltar la argolla se arrodilló en una roca más baja para tomar impulso, se giró sobre sí mismo y sujetó el aro de hierro con las dos manos. Inspiró fuertemente y tiró hacia arriba. Terminó boca abajo en la roca de dientes afilados. Percibió con notable claridad los cortes y raspones que él mismo se había provocado en los brazos y en el estómago, pero no se detuvo. Se colocó en cuclillas y echó su cuerpo hacia atrás para hacer de contrapeso. La roca raspó la madera hinchada por la humedad, y gracias al sobreesfuerzo una esquina del baúl quedó fuera del agua, Colin volvió a inspirar y dándose un impulso más lo arrastró todo lo que pudo. A punto estuvo de perder el equilibrio de nuevo. Aunque las rocas le lastimaban la planta de los pies, no se dio por vencido, siguió empujando al mismo tiempo que jadeaba, y por fin el arcón quedó precariamente en el borde de las rocas. Se dejó caer en las piedras mientras recuperaba el aliento. Cuando se sintió de nuevo con fuerzas, siguió empujando el baúl hasta que estuvo alejado del agua. Supo que llevarlo hasta el embarcadero era prácticamente imposible, por ese motivo decidió dejarlo donde estaba. Ahora lo más apremiante era tratar de abrirlo. Buscó una piedra considerable y pesada para golpear el candado oxidado, cuando la encontró, regresó sobre sus pasos. La sujetó con las dos manos, la levantó sobre su cabeza y con un golpe perfecto y medido arrancó el candado de cuajo.

Estaba ansioso por conocer el contenido, aunque se tomó su tiempo, como si quisiera saborear el momento. Tras unos instantes de reflexión, Colin dejó la piedra que había usado para romper el cierre, y sujetando la tapa, la levantó y la echó veloz hacia atrás. Ignoraba qué iba a encontrar en el interior, y al ver el contenido, suspiró con

auténtico regocijo. Todo, absolutamente todo, estaba húmedo aunque no mojado, y ese detalle aumentó su interés en descubrir qué contenía el interior. Comenzó a sacar ropa masculina de gran calidad. Pantalones de paño inglés, chalecos de raso de vivos colores, y camisas de hilo fino en color crudo. También varios zapatos, aunque al mirarlos con más detenimiento, se percató que el dueño de la ropa y de los zapatos debía ser más pequeño que él. Contenía también unas botas de agua en color verde que le arrancaron una sonrisa de placer. Al fin se acabó el sortear las rocas descalzo, únicamente tendría que cortar la punta para que le salieran los dedos, y lo haría si encontraba el instrumento para hacerlo. Del interior sacó varias cajas de madera de diferentes tamaños y que curiosamente no estaban mojadas aunque sí enmohecidas. En la primera encontró un catalejo de bronce bastante pesado. En otra más estrecha y alargada había una caña de pesca que estaba partida por la mitad, pero en el interior de la caja había todo lo necesario para poder arreglarla, así como sedales y anzuelos de diferentes tamaños. Colin sonrió con auténtico alivio, acarició con suma reverencia la caña hecha de bambú, por la finura de los grabados supo que era una pieza exclusiva. De otra caja sacó una pipa hecha de espuma de mar de un tono dorado muy bello, también un encendedor con mecha. Casi llegando a la mitad del baúl, encontró un libro de terciopelo rojo y grabados finos en los cantos. El título en letras doradas captaron su interés de inmediato aunque las leyó con cierta dificultad, "Siempre que baila el mar" citó en voz alta. A continuación leyó el nombre del autor, Philip L. Cameron, un nombre que no conocía, y aunque él no leía con fluidez, el libro le pareció un regalo inesperado, pero tendría que esperar a que el sol secara el moho de las reliquias que había encontrado. Casi había llegado al fondo del arcón cuando sus manos se toparon con un objeto pesado que se apresuró a levantar. La caja metálica parecía una caja fuerte, pero no tenía llave ni cerrojo. Colin se sentó y depositó la caja entre sus rodillas para examinarla de forma concienzuda. Tenía ligeros relieves que simulaban las hojas y los frutos del muérdago, además de incrustaciones de nácar muy brillantes. Observó la caja metálica en todos sus ángulos pero no vio ningún mecanismo para abrirla, sin querer hizo presión en el lateral derecho y percibió que el relieve era más pronunciado, hizo una presión más fuerte y entonces vio el resorte en forma de triángulo que sobresalía, lo giró hacia la derecha y la tapa se abrió con un clic. El corazón le latía de forma desacompasada. El pulso se le había acelerado ante la expectativa. El interior de la caja estaba seco y su contenido intacto. Lo primero que sus dedos tocaron fue una serie de pinturas enmarcadas en pequeños retratos. Sacó en primer lugar el de una mujer que le pareció excepcionalmente hermosa, la belleza femenina hizo que se recreara

en la pintura, y porque la mujer tenía entre sus manos un libro de terciopelo rojo, Colin creyó que era el mismo libro que él había sacado del interior del arcón. La siguiente pintura era de un hombre que sostenía en su mano una pipa de espuma de sal que parecía idéntica a la que contenía el baúl, y supo que era el dueño de los objetos que habían llegado hasta sus manos. El hombre tenía el rostro severo además de un grueso mostacho y grandes patillas plateadas. Los ojos grandes y penetrantes parecía que lo miraban con recriminación. También había un retrato de dos niños con el pelo muy rubio. Imaginó que serían los hijos de la mujer porque el mayor de ellos se parecía bastante a ella. Cuando dejó las pinturas en una lado para que no se mojaran, siguió rebuscando en la caja y encontró varios mapas con anotaciones en los márgenes izquierdos, además de un grupo de cartas atadas con un lazo de seda azul que no estaban abiertas. Él ignoraba qué contendrían, si bien las dejó con cuidado sobre las pinturas para que no se estropearan. También sacó un cuaderno de bitácoras de color marrón oscuro con los márgenes verdes. Entre sus hojas amarillas observó una escritura de trazos finos y elegantes donde se dejaba constancia del día a día en un barco. Miró la primera hoja y leyó el nombre del capitán: Paul Marshall. Dejó el diario encima de las cartas y de los retratos. El interior de la caja también contenía un estuche con un anillo de rubíes que lo dejó sin respiración. La joya parecía antigua y muy costosa, también encontró un camafeo de oro y marfil. Por el dibujo de las hiedras engarzadas pudo apreciar que había sido diseñado para ser ofrecido como un preciado regalo a la mujer amada, y de pronto, Colin sintió pesar hacia la persona que había perdido en el naufragio las pertenencias de toda una vida. Sus manos descubrieron una hermosa daga con incrustaciones de gemas. El arma era más larga que un puñal pero más corta que una espada. Tenía doble filo, y la guarda para proteger el puño estaba envuelta en la misma piel negra que la vaina.

Al analizar todo lo que había sacado del baúl llegó a la conclusión que cada objeto como el catalejo, la caña, y las cartas debían pertenecer al capitán de un barco. Y se preguntó si la nave naufragada se parecería al Corcaigh, también si el hombre de la pipa de espuma de sal que le parecía tan culto y refinado, sería un pasajero o el mismo capitán. Colin pensó que el hombre del retrato era uno de esos hombres a los que la madre fortuna sonreía con una vida plácida y llena de privilegios. Supo que iba a proteger el gran tesoro que había llegado hasta su persona, y si estaba en sus manos se lo haría llegar a sus familiares cuando fuese rescatado, porque no perdía la esperanza de que el milagro ocurriera. Colin era un hombre de fe. Un devoto creyente en la bondad divina.

Su fe le impelía a resistir.

Con esta última idea en la mente pensó en la forma de guardar los objetos para que no se estropearan, no obstante, llevar el baúl hasta la cueva superior era poco menos que imposible, aunque esa circunstancia no logró desanimarlo. Se sentía muy feliz por haber descubierto un tesoro.

CAPÍTULO 4

En el transcurso del día siguiente parecía como si el mar vomitara toda clase de elementos hacia la costa escarpada donde se encontraba él.

Desde muy temprano en la mañana, Colin se había hecho el firme propósito de subir los objetos que todavía quedaban dentro del baúl de madera que seguía secándose al sol. En varias subidas durante el día anterior, había llevado la mayoría de artículos al interior de la cueva donde dormía, apenas quedaban algunas prendas que todavía estaban húmedas, pero que había decidido secarlas al amparo del fuego. Desde una roca de considerable tamaño divisó un barril que se sumergía parcialmente hacia la derecha, para un instante después hacerlo en sentido contrario. Si lograba alcanzarlo pensaba llenarlo del agua dulce de la gruta y así podría pasar varios días sin tener que sumergirse para tomar el agua que su cuerpo necesitaba, aunque durante un instante abrumador dudó en la forma de llenarlo porque no tenía nada para hacerlo. Estaba decidido, Colin necesitaba el recipiente para su propia supervivencia, y pensó que podría utilizar una de las botas de goma. Sería un recipiente adecuado para transportar el agua al tonel, aunque tuviera que hacer una cantidad ingente de viajes para lograrlo.

Divisó en la lejanía algunas maderas que flotaban y chocaban entre sí, también una red partida que recogía a su paso algas y conchas de moluscos. Creyó que el mar le traía tesoros para que los usara en su provecho.

Se pasó prácticamente todo el día sacando artículos del agua. El tonel le costó un esfuerzo que lo dejó agotado, pero ya lo tenía a buen recaudo. Pudo recoger parte de una vela que aunque estaba rasgada en una parte podría utilizarla como lienzo para secarse e incluso como sábana para dormir en el interior de la cueva. Estaba realmente emocionado.

Su estancia en la isla había cambiado de forma considerable.

Ahora disponía de los utensilios necesarios para pescar, en ese momento se encontraba oliendo el aroma de un gran pez que se asaba sobre las ascuas de un fuego que había encendido al resguardo de unas rocas enormes. Lo había trinchado con un palo y lo sostenía en alto sobre las piedras. Había cavado un hoyo de considerable tamaño para que el fuego estuviese protegido de la brisa marina. Se había fabricado un banco con dos piedras similares en tamaño y un tablón de madera, lo había dispuesto cerca del fuego porque estaba cansado de sentarse sobre las rocas duras y frías. Con el resto de maderas y los

restos tela de la vela había construido un pequeño refugio tras un montículo algo elevado al amparo del viento y la lluvia, lluvia que todavía no había hecho acto de presencia en los días que llevaba en la isla. El refugio parecía una de esas tienda de campaña para nómadas que se suelen encontrar en el desierto, las conocía por dibujos que había visto en algunos libros. Se sentía muy satisfecho de sus logros. Había limpiado el suelo de piedras, restos de moluscos y hierbas marinas que el mar lanzaba a tierra firme. Con ellas sujetó las maderas para crear la cavidad donde resguardarse, después dispuso la tela encima de las ramas que hacían de techo y el resultado había sido superior al imaginado. Colin, sentado sobre el banco de madera, continuó pasando las líneas del libro rojo, absorto por completo en su lectura.

"Siempre que baila el mar, el Leviatán está cerca: acechando. Esperando el momento idóneo para atacar. Para tragarse vivo todo lo que respira, del mismo modo que se tragó en el pasado al profeta Jonás. Él mismo clamó desde el vientre abrasador de la bestia las palabras que llevo grabadas en mi memoria y que he recitado hasta la extenuación suplicando por mi vida. El Leviatán vive en las profundidades lejanas del mar. Su aliento es de fuego, y su apariencia tan grande y amenazadora, que puede crear tormentas simplemente con un movimiento de su cola. Las ilimitadas espirales de su inmenso y largo cuerpo se encuentran revestidas de una espesa capa de escamas unidas unas sobre otras, y nada bajo el agua con una fuerza tan explosiva que las profundidades del océano hierven como una caldera incandescente puesta al fuego. Sus centenares de ojos incendian el mar, y el eco de su brillo alcanzaba el mismo cielo. Nada le asusta porque su corazón es de piedra. Pero, ¿por qué motivo haría Dios una creación tan espantosa? Ningún ser humano tiene la respuesta a esa pregunta. Al quinto día de la creación del mundo, sí, el mismo día en que Yahvé dio forma e infundió vida a toda criatura viviente del mar, creó también al poderoso y magnífico Leviatán, y lo hizo para que sirviera de gobernante del extenso reino marino, y para castigar a los impíos como Jonás, o como yo. El Leviatán es la bestia más espectacular y pavorosa de entre las bestias de Dios que se describen en el Libro de Isaías. Ninguna herramienta mortal puede penetrar la armadura reluciente de sus escamas, ningún ser vivo en la tierra puede oponerse a su poder…

Colin paró de leer porque el corazón le latía de forma apresurada, y cuando clavó las pupilas en el pez que estaba asándose en el fuego, se percató que se quemaba por un lado. Era tanta la expectación que había despertado en él la lectura que se había olvidado del alimento, y no por falta de apetito. Dejó el libro con cuidado a un lado del banco, y soplándose en las yemas de los dedos, trató de darle la vuelta para

que terminara de asarse.

Inspiró profundamente decidiendo si continuaba la lectura o no.

No era un muchacho miedoso por naturaleza, pero el relato sobre el monstruo marino le producía desazón. Colin creía firmemente en Dios y había oído hablar de bestias marinas. Escuchado infinidad de historias sobre enormes peces que engullían a los hombres, no obstante, él siempre había valorado que eran relatos marinos para pasar el tiempo o asustar a los niños. Ahora, tras leer las palabras de Philip L. Cameron, ya no estaba tan seguro. El autor afirmaba que él mismo había estado en las entrañas del Leviatán como el profeta, y lo narraba todo con una cantidad de detalles que el estómago se le encogió de aprensión al considerar que podría resultar cierto. Y pensó en el mar embravecido que causó su naufragio días atrás. Todo había sucedido como relataba Paul Marshall, salvo que él no recordaba nada. Se sujetó la cabeza con ambas manos, pero resultó inútil. ¿Se habría tragado el monstruo marino a todos los marineros del Corcaigh? No sabía qué pensar al respecto. Cameron afirmaba que el movimiento sinuoso de las olas antes de estallar la tormenta era el indicativo de que el Leviatán comenzaba a moverse.

"El mar siempre baila a su paso, y abraza con enormes olas a los barcos que cruzan sus aguas con rumbo definido, y los aprieta hasta tal punto que la madera se resquebraja y terminaba astillándose y partiéndose por la mitad. Esa es la forma en la que el mar le ofrece tributo al rey de los mundos marinos: el Leviatán".

«Me estoy volviendo loco», se dijo en un intento de tranquilizarse. Siempre que baila el mar era una novela de aventuras que lograba ponerlo nervioso, nada más, porque él mismo era un náufrago como el hombre protagonista de libro. Colin apreció unas anotaciones con números en los márgenes del libro que le hicieron preguntarse qué significarían. También había muchas palabras subrayadas y resaltadas no en tinta negra, sino con un polvo amarillo que olía azufre. Dejó el libro muy cerca de él.

«¿Es azufre o el pescado que se quema?», se preguntó.

Con la nariz husmeó el aire que le llevaba los aromas del suculento pez asado, y el estómago rugió con fuerza como reclamo. Lo apartó hacia un lado de las brasas mientras cogía el trozo de madera que pensaba usar como plato. Lo dispuso allí y aunque no se había enfriado lo suficiente cogió un trozo y se lo llevó a la boca. ¡Estaba delicioso! Después de días alimentándose únicamente de bayas y huevos, el cambio le parecía un premio. El pez era lo bastante grande para saciar su apetito, y una vez que lo hubo satisfecho, se desperezó sobre el tronco de forma descuidada, pero no retomó la lectura del libro, pensaba dedicarse a otros menesteres como atrapar cangrejos para la cena.

PARTE TERCERA

El extraño amigo imaginario

CAPÍTULO 5

Con la preciosa daga que había encontrado en el interior del baúl, intentó tallar algunas figuras de madera para simular un juego de ajedrez, aunque su habilidad era escasa con el filo del metal, tanto que terminó por causarse un corte en la palma de la mano derecha, por ese motivo desistió de su empeño. Sin embargo, el arma le servía perfectamente para despegar moluscos adheridos a las rocas que estaban medio sumergidas en el mar. Cuando se los introducía en la boca apenas los masticaba y los tragaba con fruición para que la carne gelatinosa no le produjera arcadas.

El sabor a mar era muy intenso, algo que no le desagradaba en absoluto.

Los días se sucedían iguales entre sí, pero Colin seguía lleno de esperanza y determinación. Además, la estancia en la isla ya no resultaba tan desquiciante pues disponía de utensilios que podía utilizar en su provecho y que hacían su permanencia más llevadera. Ya había logrado recorrer la totalidad de la isla, salvo una parte mucho más abrupta que el resto, pero no cejaba en su empeño de lograrlo. Los grandes arbustos y la pendiente elevada le hacían ser precavido en demasía. Era consciente que al estar solo no podía permitirse el lujo de tener un accidente que podría costarle muy caro.

La pesca del día era muy placentera, aunque perdía bastante tiempo y no siempre con resultados óptimos, pero como no tenía nada mejor que hacer salvo releer el libro Siempre que baila el mar, se entregaba a la tarea con humor y paciencia. En ese preciso momento se encontraba con los pies metidos en el agua y revisando algunas rocas medio sumergidas tratando de encontrar más moluscos para comer. Llevaba los pantalones remangados hasta la altura de la rodilla y la camisa desabrochada. Colin estaba adquiriendo un tono dorado en la piel por estar a menudo expuesto a los rayos del sol, él no se percataba de su apariencia física que en esos días había cambiado mucho. A su ya delgado cuerpo se sumaba el constante ejercicio físico para recorrer la isla y para mantenerse vivo.

Escalaba a diario para recoger huevos. Nadaba de forma constante para abastecerse de agua dulce de la gruta, y para buscar pulpos y cangrejos que solían esconderse en las rocas más alejadas de la orilla. Llegar hasta ellas suponía nadar bastantes metros de ida y de vuelta.

De repente se fijó en la espesa niebla que parecía estar más alejada de lo normal, por ese motivo y desde su posición, pudo divisar un islote que el mar golpeaba de forma constante, pero la distancia

para llegar hasta allí le pareció excesiva. Si se decidía a lanzarse al mar para alcanzarlo, podría sufrir durante el recorrido una rampa en los pies o las manos, incluso quedar agotado, a la deriva, y mucho más importante todavía, ignoraba las corrientes de agua de la zona. Sopesar esa circunstancia le hacía replanteárselo de forma seria. Sin embargo, había algo que lo atraía hacia ese lugar más apartado y que no había visto hasta ese momento. El islote estaba muy cerca del muro de niebla que se alzaba frente a él: amenazador e intimidante.

«Puedes hacerlo grumete», se dijo sin apartar la vista del horizonte. Miró el puñal que tenía en la mano y sopesó durante un tiempo determinado si merecería la pena. Tras sujetarlo al cinturón de cuero que sostenía sus pantalones, se lanzó al mar sin pensarlo un instante. Nadó con brazadas largas y medidas. El tiempo que llevaba en la isla le había permitido perfeccionar la técnica, y ya nadaba como pez dentro del agua, pero la distancia era más larga de la que había supuesto. Cuando se encontró a mitad de camino, se tumbó de espaldas y permitió que el agua lo meciera mientras reponía fuerzas para seguir nadando. Tras unos minutos de descanso, comenzó de nuevo el avance hacia la meta. Le llevó bastante tiempo llegar al islote, y cuando lo alcanzó, sentía el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Se sujetó con fuerza a una roca para que la corriente no lo lanzara hacia ellas y lo succionara después hacia la profundidad. Cuando tuvo de nuevo el control sobre su aliento, tomó impulso y ascendió. Con suma agilidad se encaramó en lo alto de una. Desde ese lugar privilegiado pudo apreciar que las rocas formaban un auténtico rosario de pequeños islotes que surgían paralelamente entre sí. Las grandes hojas de las algas que sobresalían del agua en algunos puntos, era la nota más significativa del paisaje que se abría ante sus ojos, y un indicativo de que la profundidad era muy poca. Miró hacia abajo y apreció un arrecife rocoso a poca distancia y que casi llegaba a alcanzar la costa. El lugar era muy hermoso y pacífico, salvo por una colonia de aves que retomaron el vuelo con bastante ruido al percatarse de su presencia. De pronto, sus ojos descubrieron un chinchorro que estaba encallado y del revés a poca distancia de donde se encontraba él. Era una embarcación de remos pequeña que solían llevar a bordo los grandes barcos.

Un súbito e inesperado júbilo estalló en su pecho y le arrancó un gemido lleno de esperanza.

Una embarcación significaba el fin de su naufragio. Tenía que alcanzarla y remolcarla hasta la isla. Se lanzó de nuevo al mar y nadó con más entusiasmo que precaución hasta las rocas altas que parecían que lo mantenían sujeto. Llegó hasta el pequeño bote y se agarró a la quilla hasta normalizar la respiración. Minutos después lo sujetó por el borde para tratar de impulsarlo para darle la vuelta, pero perdía

fuerza y solo conseguía que la barca se meciese de un lado hacia otro de forma muy tenue, aunque Colin había llegado muy lejos para rendirse. Lo recorrió de izquierda a derecha para comprobar que estaba intacto, y al llegar al extremo norte comprobó que apenas tenía una grieta. Tendría que repararlo, pero en ese preciso momento lo que más le preocupaba era llevarlo hasta tierra firme para hacerlo. Pensó que si dispusiera de una cuerda podría arrastrarlo apenas sin dificultad. Colin insufló aire a sus pulmones y se impulsó hacia abajo para meterse por debajo del chinchorro, al hacerlo con los ojos abiertos, la sal hizo que le picaran muchísimo. Una vez debajo de la embarcación se impulsó lo suficiente para sacar la cabeza del agua hacia la bolsa de aire que se había formado en el interior. Parpadeó varias veces y cuando se giró sobre sí mismo para comprobar que estaba intacta, un grito de horror lo sacudió por completo.

¡Había un cadáver junto a él!

El cuerpo no tenía carne sobre el hueso, ni ojos en las cuencas. El susto hizo que soltara el aire de forma abrupta, que echase la cabeza hacia atrás y que se la golpeara de forma brusca contra la madera. Sintió un ligero mareo que no logró controlar y comenzó a hundirse hacia el fondo. Tragó agua al tratar de respirar y percibió que los pulmones se le llenaban todavía más del líquido salado. Tosió con aspavientos y manoteó para detener su descenso, pero estaba tan mareado que no pudo impedirlo. Agitó los pies con fuerza tratando de impulsarse hacia arriba y buscar con desesperación una bocanada de aire, aunque resultó demasiado tarde. Estaba agotado, e incapaz de impedir que su boca tragara cada vez más cantidad de agua en una lucha frenética que mantenía consigo mismo por respirar. El cuerpo de Colin comenzó a sufrir espasmos y a hundirse todavía más, pero algo resbaladizo lo rozó y le hizo abrir los ojos como platos. Frente a él tenía el rostro de un ángel que lo miraba con preocupación en sus ojos incoloros, creyó que era la muerte que venía a llevárselo y cerró los ojos aceptando su fin, un instante después sintió como si nadara de espaldas y a gran velocidad sobre el agua. A su alrededor todo era burbujas de agua y remolinos. Percibía que el agua del mar le recorría cada tramo de piel de la espalda en oleadas que le producían cosquillas. Tenía los pulmones contraídos, el estómago lleno de agua y un dolor insoportable en el pecho.

¡Parecía que iba a estallarle!

Contempló el cielo azul y el comienzo de la roca dentada que daba acceso a la gruta. Como no estaba preparado para una nueva inmersión, tragó más agua si bien duró solo un instante. Sintió de forma clara la tierra rasposa bajo su espalda a medida que lo arrastraban hacia el interior, y las contracciones de su estómago al tratar de expulsar el agua que contenía. En un acto reflejo su mano se

cerró en torno a una muñeca y un segundo después cerró los ojos. Vomitó con estertores expulsando por la boca y por la nariz el agua del interior de su cuerpo, pero sus dedos no soltaron aquello que sujetaban. Lo había salvado por tercera vez de morir ahogado, y no estaba dispuesto a permitir que su salvador se escabullera de nuevo. Escuchó un sonido estridente que casi le perfora los tímpanos, y soltó lo que sujetaba para taparse los oídos y cerrar los ojos. Lo siguiente que oyó fue un chapoteo sonoro y gotas de agua que lo salpicaron de pies a cabeza. Colin siguió tosiendo y carraspeando al mismo tiempo que abría los ojos y contemplaba atónito a la persona que estaba frente a él y sumergida en el agua salvo la cabeza, finalmente se desmayó.

***

Despertó con temblores que lo sacudían. Se sentía aterido, desorientado y lleno de un temor indefinido. Estaba convencido de que había sufrido una alucinación, pero entonces, ¿cómo había llegado hasta la gruta? ¿Por qué estaba fuera del agua y a salvo? No quería pensar porque hacerlo le provocaba un terrible dolor de cabeza. Contemplar el cadáver de un ser humano lo había desestabilizado, aunque se engañaba: la visión de la muerte lo había sumido en un estado de shock que le hacía ver cosas irreales.

«¡Tranquilízate Colin!», se dijo para recuperar la calma. Se llevó la mano al cuello y tocó la cruz del rosario para encontrar fuerzas.

Era un hecho indiscutible que no estaba solo. Que lo habían salvado por tercera vez, y revivió con perfecta claridad la imagen que había contemplado frente así mientras se ahogaba, ¡era el rostro de una niña! «Es el pánico el que me hace ver cosas que no son», reiteró convencido de que su mente le había jugado una mala pasada, no obstante, seguía obcecado en descubrir la verdad. Se tocó las ropas que seguían mojadas, y aunque todavía le temblaban las piernas, se introdujo con pasos lentos en el agua para nadar hacia el exterior de la gruta. Le costó un poco más de lo habitual salir porque se encontraba agotado. Nadó con brazadas mecánicas hasta la parte de las rocas que convergían en el embarcadero natural, y que hacían accesible la tierra firme. Tomó un ligero impulso y apoyó la rodilla derecha en el musgo. Se giró sobre sí mismo al mismo tiempo que la ropa chorreaba agua salada, y con suma tenacidad oteó el horizonte buscando el cabello negro que había visto bajo el mar. Carraspeo para encontrarse la voz, y cuando tuvo el control de nuevo sobre sus cuerdas vocales, vociferó al silencio:

—¡Sé que estás ahí! —clamó firme—. ¡Te he visto, y de nada sirve que te escondas!

A su alrededor solo había una quietud inusual. Incluso parecía

que las aves habían dejado de trinar, incluso el mar se veía como un espejo sumiso, detalle que le llamó poderosamente la atención. El agua no mostraba ni un ligero vaivén al lamer las rocas donde estaba plantado él.

—Quiero darte las gracias —continuó—, ¿me escuchas?

De pronto se quedó callado, ¿por qué motivo se dirigía al mar buscando al ser que le había salvado la vida? Porque era consciente ahora más que nunca que en la isla no había nadie salvo él mismo.

Lo que lo había salvado estaba en el agua, siempre acechando.

Un profundo escalofrío le hizo tiritar cuando evocó las palabras que había leído sobre el Leviatán en la novela, Siempre que baila el mar, y se preguntó si acaso el monstruo marino podía adoptar formas humanas. ¿Y por qué motivo no lo había engullido como al profeta Jonás? Colin se hacía un montón de preguntas de las que no obtenía respuestas. Cuando ya se daba por vencido y se giraba para marcharse, una sombra oscura bajo la superficie del agua le hizo entrecerrar los ojos, y aunque la necesidad de alejarse era inmensa, esperó en las rocas con el alma en vilo. Una cabeza emergió de la profundidad y quedó frente a él a cierta distancia. Colin jadeó por la sorpresa aunque no fue consciente de ello. Sus ojos estaban clavados en la niña que apenas se movía y que lo miraba de forma intensa.

—¿Eres el Leviatán? —preguntó contra toda lógica, pero solo obtuvo silencio a su alrededor—. Aunque la apariencia que has elegido no parece muy peligrosa —le espetó.

La niña seguía mirándolo con atención. Únicamente mantenía la cabeza fuera del agua

—¿Sabes?, me tenías muy asustado —confesó Colin sin pudor—, pero mirándote me doy cuenta de que estaba equivocado.

Colin cerró los ojos y lanzó un profundo suspiro. ¡Estaba soñando! Debía seguir inconsciente en la gruta porque le hablaba a una niña que había salido de la nada. Que nadaba frente a él apenas sin moverse. Se preguntó cuándo iba a despertar de la pesadilla que lo mantenía atrapado. Abrió los ojos y se encontró solo. La imagen ya no estaba frente a él, y entonces supo que lo había imaginado.

Ya no era capaz de distinguir lo que era real e imaginario. Llevaba tantos días aislado y solo, que su mente le jugaba malas pasadas. Cuando lo meditara en profundidad se reiría de sí mismo.

¡Hablarle a una niña pez inventada por su subconsciente!

Por cierto que era bastante bonita, y se preguntó si su cabeza le haría verla de nuevo. Colin soltó el aire que contenía y se giró dándole la espalda al mar para emprender la subida a la cueva. Estaba terriblemente cansado. Le dolía la cabeza, y sentía la urgente necesidad de acostarse para despertar cuanto antes del sueño que creía tener.

¡Veía a una sirena! Indudablemente estaba más afectado de lo que parecía, porque eso era prácticamente imposible, ¡las sirenas no existían!

CAPÍTULO 6

—Sé que estás ahí —la voz de Colin había sonado en un tono resignado.

Se encontraba sentado en una roca y con la caña de pescar entre las manos. Trataba de capturar su almuerzo, y por algún motivo inexplicable, percibió la presencia de ella.

—He aceptado que eres producto de mi imaginación, y por eso he decidido rendirme a lo inevitable: aceptar tu compañía. —El silencio a su alrededor resultó pesado—. ¿Sabes?, debo ser algo así como sonámbulo además de raro porque no logro recordar cómo salgo del agua cada vez que sufro algún percance.

La cabeza de Colin seguía fija en el horizonte, con los ojos clavados en el espeso muro de niebla que se alzaba frente a él.

—Siempre creí que los amigos imaginarios eran afines a los gusto de uno —calló un momento para respirar—, tendría que haber elegido un muchacho de mi edad, e ignoro por qué motivo mi subconsciente ha escogido a una chica, además, ¿de qué diantres se puede hablar con chicas?

Una ligera brisa alborotó el pelo rubio de Colin que había crecido considerablemente, pero él seguía enfrascado en un monólogo absurdo. Con las pupilas perdidas en el horizonte y las manos algo lasas al sujetar la caña. Había aceptado a su amigo imaginario, y pensó si otros náufragos habrían recurrido a ese truco para sobrellevar mejor la soledad y el aislamiento.

—En Lifford no tenía muchos amigos —confesó azorado—. En realidad, nunca he tenido verdaderos amigos, pero no porque no haya querido sino porque los chicos de mi edad son unos estúpidos taimados —Colin tomó aire antes de seguir hablando—. ¿Qué no sabes dónde se encuentra la bonita ciudad de Lifford? —continuó—. En el condado de Donegal. Es un lugar muy hermoso, el más bonito del mundo. Claro, dirás que no he visto muchos lugares del mundo, no obstante, si conocieras Lifford te darías cuenta que mis palabras son veraces. El litoral es muy recortado, ¿qué no sabes qué significa recortado? —hizo lo pregunta con un cierto tono de fastidio, como si le hablara a una niña pequeña—. Bueno, así suelen expresarse los marineros cuando hablan de tierra firme, y sus palabras quieren decir que tiene grandes riscos, desfiladeros y playas hermosas —tomó aire antes de continuar—. Los acantilados de Slieve League dicen que son los segundos más altos de Europa, ¿a que es sorprendente? El clima es templado y está dominado por la influencia de la Corriente del Golfo que provoca veranos frescos e inviernos fríos y húmedos. Sin embargo,

cuando te alejas de la costa comienzas a adentrarte en frondosos bosques que quitan el aliento.

Colin movió la caña con maestría, como si hubiese pescado con ella toda la vida.

—En Lifford hablamos gaélico, pero con un acento distinto al resto de Irlanda. ¿No lo sabías? Claro, ¿cómo ibas a conocer esos detalles si apenas tienes un día de existencia? Aunque vives en mi imaginación, deberías saber esos detalles.

El muchacho cruzó una pierna sobre la otra para adoptar una postura más cómoda. Escuchaba perfectamente el sonido de su voz al salir por su garganta. Los suspiros largos y espaciados que se sucedían al hablar de forma continua.

De pronto, un chapoteo suave pero constante atrajo su atención. Giró el rostro hacia su hombro izquierdo, hacia unas rocas de considerable tamaño, y entre ellas apareció la cabeza y los hombros de una niña. Tenía el pelo bruno y lo llevaba tan largo que le cubría la totalidad del torso, aunque una gran parte flotaba alrededor de ella.

—Sabía que estabas espiándome —le dijo con voz dura—. Y te informo que los amigos no se espían. No está bien.

El silencio acompañó a sus palabras. Colin entrecerró los párpados de forma especulativa. El rostro de la niña tenía forma de corazón, y los ojos eran grandes y profundos, aunque desde la distancia que los separaba no podía apreciar el color que tenían.

—Porque eres una amiga, ¿verdad? Una amiga imaginaria que me ayudará a no volverle loco.

«Qué pregunta más estúpida acabas de formular, grumete, porque te estás volviendo loco», Colin se amonestó así mismo, «¡es mi amiga imaginaria, elegida por mi subconsciente para sobrellevar esta soledad impuesta!».

—Puedes acercarte, no voy a hacerte daño —le informó con voz neutra.

La figura siguió quieta durante un rato tan largo, que Colin pensó que el tiempo había quedado en suspenso.

—Me enoja que no me respondas, pues parece que le estoy hablando a ese muro de niebla de enfrente. —Los ojos del chico se clavaron en el muro de niebla que se alzaba frente a él—. En realidad parece que le estoy hablando al Gwyn Wal pues así lo llamo.

Cuando volvió sus ojos hacia las rocas donde estaba la chica, comprobó que había desaparecido, ya no estaba observándolo medio escondida. No supo si reír o maldecir. Le parecía el amigo imaginario más inútil de todos. Aunque Colin se equivocaba, su amiga emergió del agua a escasos metros de donde estaba él pescando.

—Sigo preguntándome por qué motivo he elegido para mi amigo imaginario la apariencia de una sirena, porque estoy convencido que

no me ayudarás a sobrellevar este confinamiento. Recuerdo que una vez leí en un libro que los náufragos evitaban volverse locos hablando con amigos imaginarios e incluso objetos que encontraban.

La cabeza femenina hizo un gesto negativo apenas perceptible, pero él lo había visto perfectamente.

—Tengo que ponerte un nombre apropiado —dijo él de pronto—. ¿Me ayudas? —ella siguió en silencio. Colin suspiró con cierta impaciencia—. Se supone que tienes que contribuir a mi conversación enriqueciéndola porque si no, ¿para qué quiero un amigo imaginario?

Los ojos de ella brillaron con interés.

—¡Ah! Te extraña mi culto y variado vocabulario —Colin le ofreció una mueca de burla—. Ello es debido a que he leído mucho, aunque no sé hacerlo con soltura he de reconocerlo. Miles O'Brien siempre me animó a intentarlo para mejorar mi lectura. Cambiaba objetos por libros que luego me regalaba. En el Corcaigh tenía un baúl lleno de ellos, sin embargo, en este momento deben de estar en el fondo del mar, aunque no importa porque ahora tengo uno que habla de monstruos marinos como el Leviatán…

Un remolino en el agua hizo que la mirara más detenidamente, por ese motivo pudo observar un brillo de temor en los ojos oscuros. Apenas se le distinguían las pupilas del iris.

—Ignoraba que los amigos imaginarios también asimilaban los temores de uno —se dijo en voz baja—. ¡Sorprendente! —Colin se percató que llevaba demasiado tiempo con la caña entre las manos sin que un solo pez hubiera tragado el anzuelo—. No estarás espantándome el almuerzo, ¿verdad?

Ella parpadeó varias veces en respuesta.

Colin decidió finalmente soltar la caña y asegurarla a una roca. Estiró las piernas y se desperezó con cierta languidez.

—Ni te imaginas lo que daría por comer algo de carne —se relamió los labios en un gesto bastante elocuente—. Un estofado irlandés. —La miró mientras hablaba—. Es un plato que suele elaborarse con cordero, patatas, cebolla y perejil. Está realmente delicioso.

Él miró hacia el cielo y observó algunos pájaros que volaban en círculos.

—Confieso que me conformaría con uno de esos asados al fuego —le dijo señalando con un dedo a las aves que volaban encima de ambas cabezas—. Cuando logre salir de esta isla pienso comer carne durante un mes… ¿Qué no sabes cómo voy a salir de aquí? —él seguía hablando como si la figura que lo observaba desde una distancia prudente fuese cómplice de sus ideas—. En la barca que hay entre aquellas rocas —Le señaló el horizonte—. No puedes verla porque el Gwyn Wal no lo permite, pero sé que está ahí, esperando que idee una

forma de acercarla hasta aquí. Y lo haré en el momento que se despeje la niebla.

Colin calló de repente, como si se hubiera percatado que estaba hablando tonterías.

—Ignoro cómo lograré traerla hasta aquí, pero lo haré, ni lo dudes. Es lo único que me mantiene cuerdo. Que me centra para que no pierda la esperanza.

Colin calló un momento porque eso no era del todo cierto. La fe en Dios lo mantenía vivo.

Un instante después la cabeza de la muchacha había desaparecido bajo el agua y de su vista.

***

Durante varios días no intercambió palabras con ella que se mantenía a cierta distancia observándolo. El rostro de Colin se veía malhumorado y sus gestos al moverse eran hoscos, finalmente aceptó que ella no tenía la culpa de lo que le ocurría.

—Cada vez que estás cerca —le dijo con palabras secas—, no logró pescar nada, y lo más fácil era culparte a ti y no al cebo que utilizo para engañarlos —admitió cabizbajo.

La recriminación sonó tan absurda que Colin terminó por soltar una carcajada bastante sonora. El rostro femenino le correspondió con otra sonrisa, y él ladeó la cabeza pensativo.

—¿Comprendes lo que te digo? —preguntó aunque solo obtuvo silencio—. Haz este gesto si entiendes —a continuación él hizo un gesto afirmativo enérgico—. Ahora este otro si no me comprendes —Colin giró varias veces la cabeza de izquierda a derecha negando—. Lo has captado, ¿verdad? —la muchacha hizo un gesto tan leve con la cabeza que Colin dudó de que lo hubiera hecho.

Soltó el aire de forma impaciente. Le gustaría poder comunicarse mejor con ella, aunque cada vez que lo intentaba le parecía que se daba con la cabeza en la pared. Comenzaba a sentirse frustrado. Él se había imaginado un amigo imaginario de otra forma mucho más empática.

El rostro de Colin se alzó hacia el cielo para contemplar las aves que revoloteaban sobre su cabeza, y mientras las contemplaba, su estómago escogió ese preciso momento para rugir debido al hambre que sentía.

—Hoy tendré que conformarme con bayas y algún huevo —aceptó resignado.

Evocó, con un profundo pesar, una ocasión en el pasado cuando era un niño de la calle y se había visto obligado a mendigar para obtener un mendrugo de pan, y al no obtenerlo se vio en la necesidad de robar un par de manzanas. A pesar de la carrera que emprendió

tras el hurto, el tendero logró darle alcance, y al recordar la cantidad de golpes que recibió, apretó los labios con enojo. Ningún niño en el mundo debería pasar necesidad, todo lo contrario, era ley divina que estuvieran protegidos por unos padres amorosos que se ocuparan de proveerles todo lo necesario, pero él conocía muy bien la realidad del mundo. Las calles estaban llenas de críos harapientos y muertos de hambre.

Abandonados a su suerte y a la calamidad.

Inspiró profundamente para sacarse de encima el sentimiento compasivo que sentía. Era casi un hombre, decidía sobre su destino, y aunque ignoraba cómo daría caza a alguna ave que volaba bajo el cielo azul, lo cierto era que iba a lograrlo. Cuando sus ojos se posaron de nuevo en su amiga imaginaria advirtió que los ojos de ella rezumaban compasión, si bien se dijo que debía de estar equivocado.

¡Las imaginaciones no compartían sentimientos de angustia o de pesar!

—¿Sabes lo que me gustaría realmente? —preguntó con voz impaciente—, que ahora mismo te convirtieras en un salmón, y de un salto acabaras en mis brazos… —de nuevo estalló en carcajadas.

Colin pensó que se estaba volviendo loco. Un amigo imaginario no podía convertirse en comida por mucho que su estómago le indicara la urgencia de saciar esa necesidad. De pronto, el aire se arremolinó en torno a él, y el día se enfrió considerablemente, circunstancia que lo hizo estremecerse de pies a cabeza.

—Es la primera vez que tengo frío estando seco —confesó en un murmullo.

En el Corcaigh siempre estaba empapado.

El cielo se había oscurecido en un tono blanco muy parecido al del muro de niebla que rodeaba la isla. Colin se frotó las manos para hacerlas entrar en calor mientras seguía mirando el cielo suspendido sobre él.

—¡Huele a lluvia! —exclamó complacido—. ¿No sabes a qué huele la lluvia? —inquirió asombrado—. Bueno, no es lluvia sino una agradable humedad. Claro, dirás que la humedad no tiene olor propio y tienes razón, pero antes de llover parece que la humedad acentúa los olores de aquello que rodea —Colin calló un momento meditando en las palabras antes de pronunciarlas, como si quisiera asegurarse de su significado—. Adoro el olor de la tierra mojada, el de la hierba…

Y los azules ojos de él se tornaron oscuros como la noche. Brillaban expectativos, como si contemplaran un hermoso paisaje. Una escena preciosa.

—Será mejor que regrese a la gruta para protegerme de la lluvia que arreciará en cualquier momento.

Y sin terminar de concluir la frase, un manto de fina lluvia

comenzó a caer de forma constante y sin tregua. Colin quedó empapado por completo, aunque no se movió del lugar donde estaba sentado. Miraba la delicada figura femenina que lo observaba sin moverse, de forma intensa, inquietante. Le resultaba extraño que no se hubiera esfumado, que siguiera en el mismo lugar como si las incesantes gotas de lluvia no la molestaran en absoluto, pero el mal tiempo terminó tan rápido como había comenzado. El cielo volvió a brillar azul, y la tierra a desprender los vapores que tan buenos recuerdos le traía.

—¿Puedes olerlo?

La cabeza de ella imitó a la perfección el gesto del chico. Ambos levantaron el rostro y cerraron los ojos. Inspiraron al unísono en completa armonía. Como si Colin estuviese frente a un espejo. Un instante después, se quedó solo.

CAPÍTULO 7

Los días se sucedían gemelos entre sí, y el tiempo parecía que transcurría a la velocidad de los caracoles. Salvo coger ramas para el fuego, leer el libro de terciopelo rojo, y buscar comida para saciar su apetito, el resto de las horas se hacían interminables y llenas de aburrimiento.

Colin estaba sentado en una roca plana del embarcadero lo bastante baja para mantener un pie dentro del agua. Lo mecía de forma constante aunque sin percatarse. La caña de pescar en sus manos apenas se movía, señal inequívoca de que esa mañana tampoco pescaría nada. Había olvidado cuándo fue la última vez que logró engañar a un pez con el sedal. La brisa templada le producía morriña, y por ese motivo bostezó sonoramente. Casi estaba a punto de soltar la caña y regresar a la cueva, pero lo pensó mejor, siguió sosteniendo el instrumento de pesca mientras comenzaba a silbar una canción popular irlandesa que interrumpió unos segundos después.

—Ya sé el nombre que voy a ponerte.

Una sombra emergió de la profundad y quedó parada a unos pasos de donde se encontraba él. Desde su posición sentada podía ver con nitidez la cola de ella.

—Puesto que mi mente te ha dado forma de sirena, es justo que te llame… Serena —a sus palabras siguió un silencio al que ya estaba acostumbrado—. ¿Te gusta?

La chica no hizo ni el más leve movimiento. Seguía quieta observándolo.

—Confieso que logras ponerme bastante nervioso con ese silencio premeditado —le dijo en un tono algo seco—, aunque es posible que mi mente lo haya querido así, porque, ¿de qué habláis las chicas salvo de moda y de aguerridos príncipes de brillante armadura? —Colin alzó una ceja en actitud escéptica, como si ella hubiera rebatido su argumento—. Las pocas chicas que conocí en el orfanato de Lifford solo sabían emitir chillidos y lamentos. Lloraban por cualquier nimiedad —Colin calló un momento—. No tengo buenos recuerdos de las muchachas que conocí.

La figura emergió del agua hasta casi la cintura, y le devolvió a él una mirada dolida. Colin se percató que tenía el torso desnudo, y sin poder evitarlo, tosió nervioso mientras retiraba la vista del frágil cuerpo. Se había quedado completamente azorado.

—Ahora me doy cuenta de que no eres tan niña como creía — arguyó con cierto temblor en la voz. Como si el nerviosismo se hubiera apoderado de él—. Y no es correcto que estés desnuda en mi

presencia. Tendrás que cubrirte con algo si quieres disfrutar de mi compañía.

Serena volvió a sumergirse en el agua hasta la barbilla completamente azorada. Colin se dio perfecta cuenta que lo había entendido.

—Si fueses de verdad, podrías traerme algo para comer, y entonces serías útil.

Ahora la sirena le ofreció una sonrisa cándida, un tanto juguetona, como si le hubiera hecho gracia el juego de palabras de él.

—Lo sabes, eres consciente que cuando estás cerca ni un solo pez muerde el anzuelo, y deberías compensar el esfuerzo que hago tratando de pescar alguno.

Los ojos juveniles se alzaron al cielo y se clavaron en una de las aves que sobrevolaban la cabeza de ambos. Colin se encontró siguiendo la mirada de ella.

—Se me hace la boca agua pensando en asar uno de esos.

Serena comenzó a emitir unos sonidos de forma muy suave, aunque fue subiendo el volumen a medida que el cuerpo del grumete se relajaba.

Colin escuchó un canto armónico, algo así como la conversión de dos sonidos que emergían de la garganta de ella. Uno era grave y el otro agudo. Le parecía escuchar el sonido de un violín y el de un arpa a la vez. Su efecto sobre él era tan extraordinario que no podía pensar en nada más que en escucharla. Era un canto sobrenatural, como si estuviera cargado de tributos religiosos, mágicos y curativos. La voz de Serena parecía un medio para comunicarse con la naturaleza. Creía estar oyendo el silbido del viento, el trinar de los pájaros que la acompañaban en la melodía. Podría estar escuchando ese celestial sonido toda su vida porque era maravilloso, dulce, pleno, emotivo. Colin cerró los ojos y relajó la postura de su cuerpo hasta un punto que se sintió transportado en el tiempo y en la distancia. Al infinito universo, a las profundidades del mar, pero cuando percibió un mordisco en el pie regresó al presente de golpe. Lanzó un juramento obsceno, de esos que los marineros solían repetir a diario en alta mar.

Ella nunca se había acercado tanto a él. Estaba tan cerca que el cabello femenino le acarició el gemelo derecho.

Colin la miró con cara de espanto. Sacó el pie del agua y la contempló entre la sorpresa y el miedo en el mismo porcentaje.

—¿¡Me has mordido!? —la pregunta había sonado estúpida ante lo obvio, pero él nunca había contemplado la posibilidad de que su amiga imaginaria fuese real y con dientes afilados. Miró alternativamente su pie con la señal de la dentadura muy marcada en la piel, y el rostro suave que lo miraba con auténtica culpa.

Se debatía entre salir corriendo y gritando a pleno pulmón, o

saciar la curiosidad que la figura de ella le provocaba. ¡Era una sirena! ¡Pero una de verdad! «Un momento Colin, las sirenas no existen», se dijo para calmar los latidos de su corazón. Y entonces si ella era producto de su imaginación, ¿qué lo había mordido? Y si en verdad había sido Serena, ¿lo habría hecho para despertarlo de la ensoñación que le provocó su canto?

—¿Eres real? —preguntó en un tono de voz impregnado de incredulidad. Respeto y mucha desconfianza.

Serena le hizo un gesto afirmativo, y al mismo tiempo le ofreció una aleteo de pestañas.

—¡Por San Nicolás! —exclamó completamente superado en emociones contradictorias. Colin no sabía qué pensar o cómo actuar —. ¡No puedes ser real! ¡Eres mi amiga imaginaria!

Y entonces el rompecabezas se fue formando en su mente a medida que iba recordando detalles del naufragio.

Había caído al mar en una de las gigantes olas que golpearon el Corcaigh. Él se encontraba sujetando unas cajas en cubierta para que no terminaran en la profundidad mientras otros achicaban agua, aunque desafortunadamente fue él quien terminó precipitándose al vacío y golpeándose con el agua. Después de chocar contra el mar, le pareció que se había estrellado contra un muro, y lo envolvió la inconsciencia.

—Las sire… sirenas no existen —tartamudeó con voz queda, como si no se encontrara la voz.

La cola de ella era visible bajo el agua.

La muchacha alzó su mano derecha y la dejó suspendida para que él la tomara. Colin no lo hizo, porque la impulsividad no era uno de sus defectos.

—Debo… debo de estar soñando —argumentó sin convicción.

Serena emitió un sonido de garganta que él interpretó como de fastidio. Un momento después con la cola golpeó el agua frente a él y lo caló por completo.

Colin reaccionó al fin.

—¡Eso ha sido innecesario! —protestó ofendido—. Solamente necesito algo de tiempo para acostumbrarme a la idea de tener una amiga pez que no es imaginaria.

Serena volvió a golpear el agua y una nueva lluvia de gotas cayó sobre la cabeza del muchacho.

—¿Me has mordido entonces para despertarme y atraer mi atención sobre ti? —ella hizo un gesto afirmativo que le arrancó a él un gemido de alivio—. ¿Conocías que creía que eras producto de mi imaginación? Todavía lo sigo pensando. ¡No puedes ser real!

Cuando Serena tomó impulso para agarrarse a la roca donde estaba él sentado, nuevamente el torso femenino quedó al descubierto.

Colin giró la cabeza mientras se desabrochaba el chaleco mojado. Se lo lanzó y cayó a escasas pulgadas donde estaba ella.

—Cubre tu desnudez —le ordenó tajante.

Ella parpadeó confundida. Miró la tela que flotaba a su lado, y un instante después la sujetó con ambas manos. Observó la prenda de forma concienzuda, como si fuera la primera vez que sentía el tejido grueso entre los dedos.

Colin insistió.

—Aunque seas una sirena, no es correcto que estés con el torso desnudo —pero él no la miraba, y Serena optó por ponérselo. El escote del chaleco era bastante pronunciado pero cubría sus pequeños senos casi en la totalidad.

Golpeó con las manos en el agua para llamar la atención de él.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, y al momento chasqueó la lengua—. Mejor, ¿qué vas a hacer conmigo?

El rostro de ella se iluminó por completo, y Colin redujo los párpados a una línea, pero antes de pronunciar palabra un rugido furioso del interior de su cuerpo le hizo darse cuenta de lo hambriento que estaba. El descubrimiento de una niña pez no había mermado su apetito.

—Ahora entiendo por qué motivo no lograba pescar nada. ¡Espantas a los peces!

La sonrisa de ella se amplió todavía mas. Le señaló con el dedo un punto determinado. Colin siguió el gesto con curiosidad. Muy cerca de él había un pájaro. Lo atrapó rápido y comprobó que estaba inmóvil.

—¿Cómo…? —no pudo terminar la frase. Su mente era un hervidero de especulaciones. Tomaba y descartaba opciones a medida que se abrían paso en su cerebro—. ¿Tú has hecho esto? —Serena hizo otro gesto afirmativo muy elocuente—. ¿Cómo? —volvió a preguntar.

La mano de ella subió hasta su garganta y la acarició en un gesto muy explícito.

—¿Ese sonido que me has obsequiado momentos antes logra hacer esto? —Colin señaló con los ojos el ave muerta—. ¡Los mata!

Ella le señaló a él, y Colin terminó por aceptar.

—Por eso me has mordido.

Serena ladeó la cabeza mientras lo miraba con verdadero interés. Colin la miró a su vez y calculó que tendría unos catorce o quince años. Aunque su rostro parecía mucho más infantil los atributos de su cuerpo lo desmentía.

De improviso, un sonido similar al que él había emitido unos instantes antes atosigado por el hambre, rompió el silencio entre los dos.

—Eso no han sido mis intestinos sino los tuyos —Serena bajó los párpados avergonzada—. Así que tienes tanto apetito como yo.

Colin podría reírse si no estuviera tan famélico. Tolo le parecía absurdo o un sueño irreal.

—Tendremos que compartir el pájaro —sin pensarlo un segundo se lo lanzó—. Sujétalo hasta que consiga encender un buen fuego. No me gustaría comprobar que he errado en mi juicio y no está muerto sino vivo. Sería lamentable que saliera volando.

Serena se quedó mirando el ave que flotaba inerte frente a ella. Tenía los ojos como platos. Colin fue consciente que nunca había comido carne de ave.

—Aunque te parezca inverosímil —continuó—, se come y está muy bueno.

Y ella obedeció la afirmación de él. Tomó el pájaro entre sus manos y le dio un mordisco en el ala. Acto seguido escupió en el agua plumas y piel.

Él no podía creérselo. Parecía tonta de remate.

—Primero hay que desplumarlo —le informó con impaciencia—. Y luego ponerlo en el fuego para que se ase.

Y el tiempo transcurrió de forma mucho más productiva que días anteriores. Colin encendió un gran fogata cerca de la orilla que pronto se transformó en ascuas. Asó el ave hasta que la piel crujió bajo sus dedos. Partió un muslo y se lo ofreció a ella que estaba medio escondida en una roca muy cerca del fuego.

Miraba las llamas atónita.

—Te gustará —Serena tomó el dorado muslo con timidez e imitó a la perfección los gestos de Colin al morder la carne jugosa—. ¡Realmente delicioso! —exclamó con deleite—. Después de bayas, pequeños huevos de aves, y algunos peces, el poder masticar un poco de carne lo considero un verdadero privilegio —admitió complacido.

Serena cerró los ojos mientras mordía el alimento.

—Está rico, ¿verdad? —él no esperó una respuesta—. Entonces ya puedes cazar otro porque sigo teniendo mucha hambre —Serena iba a abrir la boca pero Colin la interrumpió—. En esta ocasión, te toca desplumarlo a ti.

PARTE CUARTA

Descubriendo las maravillas del mar

CAPÍTULO 8

Colin había leído varias veces el libro de tapas rojas y letras doradas, incluso había memorizado algunos pasajes de su interior. La descripción del Leviatán le gustaba especialmente, también los capítulos donde el náufrago narraba la experiencia traumática que supuso para él estar en el vientre de un monstruo marino, y su fuerza de voluntad para no rendirse a la desesperación. Para dar veracidad a sus palabras citaba a un siquiatra: el doctor Brendan Craig, y de cómo le había ayudado a encarar su regreso al mundo de los vivos. En la novela el autor citaba a otras criaturas inteligentes que habitaban en la profundidad acuosa, y se preguntó si acaso se refería a las sirenas.

Había terminado al fin las piezas de un juego de ajedrez, no se parecían mucho a las que había observado a menudo en el camarote del capitán del Corcaigh, pero se sentía muy satisfecho de su trabajo. Para simular las negras, la mitad de las piezas las untó de ceniza, y, aunque no tenía tablero, improvisó uno valiéndose de un trozo de madera, y con un trozo de carbón que rescató de las ascuas de un fuego casi extinto, dibujó los 64 cuadrados con firmeza y precisión. Sin embargo, la ardua tarea sobrevino después al tratar de enseñarle a ella las normas del juego, le había llevado varios días hacerlo. Serena perdía demasiado tiempo admirando cada pieza, además, se despistaba a menudo. Contemplaba las nubes que dibujaban mapas en el cielo azul, pero él no tenía nada mejor en qué emplear el tiempo, salvo tratar de enseñarle a jugar.

Serena ya no había vuelto a cantar en su presencia, no obstante, cada mañana le traía un par de pájaros que él asaba con mucho cuidado cuando el día había avanzado lo suficiente. Juntos se deleitaban en saborearlos. Colin también había cogido algunos huevos y bayas que ella se negó a probar. Se conformaba con la escasa aunque rica carne de ave.

Ella siempre llevaba puesto su chaleco, al menos cuando estaba en su presencia, y ese gesto le complacía. En una ocasión, mientras la veía devorar un ala crujiente, se preguntó si tendría familia o sería una huérfana como él. Y de pronto le pareció extraño que fuera la única sirena que veía en los alrededores. Quizás, había otras, y se preguntó dónde estarían en ese preciso momento ¿Contemplándolos quizás en la distancia? Lo dudaba.

Serena lo salpicó de agua y él regresó al presente con una mueca que podía interpretarse de sumo fastidio, era él quien se había despistado pensando en otros asuntos que no eran el juego del ajedrez.

—Jaque… —dijo moviendo el alfil y dejando encerrada a la dama

pintada de ceniza negra. Serena intentó mover la torre, pero Colin le señaló con el dedo que entonces dejaba expuesto al rey. Lo siguiente que vio Colin fueron las piezas del ajedrez flotando en el mar. Serena las había derribado con enojo—. No sabes perder —le espetó burlón.

Ella golpeó el agua con la cola, y Colin quedó empapado de pies a cabeza.

—Reitero, eres una pésima jugadora.

Serena se alejó un tanto de él y le extendió la mano en una invitación. El muchacho la miró sorprendido. ¿Pretendía que se lanzara al mar? No le apetecía en absoluto.

—Nado todos los días para coger agua fresca de la gruta —le dijo en voz baja—, no me apetece mojarme de nuevo ahora.

Ella alzó una ceja en un interrogante que él no correspondió. No obstante, recogió las piezas de madera del agua y se las ofreció.

—Ignoro lo que hay allá abajo —le dijo él señalándole el agua mientras recogía de las manos femeninas las piezas de ajedrez—, y no estoy dispuesto a comprobarlo. —Serena hizo una pirueta completa delante de él aunque no lo impresionó en absoluto—. Sí, ya sé que estás pensando—, continuó—. Te he enseñado a comer carne de ave, a jugar al ajedrez, y crees que tú podrías enseñarme a hacer piruetas en el agua.

La cara de Serena se iluminó al comprobar que él había comprendido lo que trataba de decirle.

—Pero estaría en clara desventaja con respecto a ti porque eres una niña pez —Serena golpeó el agua con la cola para mojarlo, y Colin la miró con sobrado enojo—. Si vuelves a hacer eso, no bajaré a las rocas nunca más para conversar contigo.

La advertencia provocó el efecto deseado. Serena se mantuvo quieta, aunque sin dejar de mirarlo.

—Soy un ser humano que ha estado a punto de ahogarse en tres ocasiones —ella seguía con los ojos el movimiento de los labios—, y no voy a propiciar una cuarta.

Las rocas de esa parte de la isla, eran bastantes bajas y planas, uno podría estar sentado sobre ellas y al mismo tiempo tener los pies dentro del agua, por ese motivo le gustaba tanto ese lugar en particular, tan cerca del embarcadero y de la gruta. Podría zambullirse si problemas, y sin tocar las rocas del fondo. Colin vio en al agua una pieza del ajedrez que Serena no había recogido momentos antes. Se inclinó lo suficiente para alcanzarla pero no se percató que Serena se había hundido por completo bajo su peso y desaparecido de su vista. Un momento después ella emergió del agua con un fuerte impulso, y le echó los brazos al cuello, el peso lo desequilibró y comenzó a inclinarse hacia delante. Cayó al mar sin remedio.

Cuando sacó la cabeza del agua, la miró de forma reprobadora.

—¡Llevo los zapatos puestos!

Un momento después, Serena se zambulló por completo y él sintió que se los quitaba y los lanzaba hacia la superficie de las rocas.

En los días que habían transcurrido desde que descubriera que era una auténtica sirena, Colin los había empleado en tratar de conocerla, aunque intuía que ella sabía muchos más detalles sobre él. Percibía que estaba en clara desventaja.

—No es agradable nadar con la ropa —protestó con energía—. Y no me apetecía mojarme, para que lo sepas. —Él hizo el amago de sujetarse a la roca para tomar impulso y abandonar el agua—. Y no, no soy malhumorado ni gruñón….

Una exclamación reverberó en el interior del pecho juvenil. Se giró hacia ella y la miró con los ojos abiertos de par en par y las aletas de la nariz dilatadas. Serena apenas se movía pero no se hundía hacia el fondo, lo hacia de forma mecánica y ajena a la hecatombe que había supuesto para Colin descubrir la conexión mental entre ambos.

¡Se comunicaban entre sí! Él podía visualizar los pensamientos de ella.

—¡Sé lo que piensas! —dijo admirado sin salir de su asombro—. ¿Cómo lo haces? —Serena estaba delante él y lo miraba con gesto serio—. ¿Eres bruja además de pez? —preguntó atónito.

La chica se alejó unos pasos porque las palabras le habían molestado. Con la cola golpeó el agua y Colin sufrió un vaivén que lo lanzó hacia las rocas.

—No tienes sentido del humor —le dijo de forma hosca—. ¡Que soy yo el que no tiene sentido del humor! Dime, ¿acaso sabes lo que significa esa palabra? —inquirió en un tono pedante.

Serena parpadeó una sola vez con mirada tan triste, que Colin lamentó sus palabras aunque no las retiró ¿Por qué la tristeza que observaba en los ojos de ella le producía semejante desazón?

—¿Quieres hablarme de ti? —preguntó extrañado. Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras extendía un brazo para que él la tomara de la mano—. ¿Pretendes enseñarme tu mundo? —Colin recibió otro gesto afirmativo—. ¡Pero yo no puedo respirar bajo el agua!

Y entonces Serena le mostró una sonrisa enorme. Colin pensó que con ella había iluminado el día.

—Soy un hombre desconfiado por naturaleza —confesó. Ambos seguían en el mar, pero él no daba muestras de querer salir del agua. Movía los pies y las manos con energía para seguir manteniéndose a flote—. ¿¡Qué soy un niño!? —bramó ofendido hasta la médula. Indudablemente ella sabía como provocarlo—. Tengo diecisiete años, y no, no soy cobarde. ¿Quieres que te lo demuestre?

Tras un momento de vacilación cogió la mano que ella le ofrecía.

Imitó el gesto de Serena de cerrar la boca y contener el aliento. Ella tiró de él con fuerza y Colin abrió la boca para protestar.

—Está bien, aguantaré la respiración todo lo que pueda.

Instantes después percibió que el agua lo cubría por completo, y aunque el deseo de cerrar los ojos era inmenso, no lo hizo y así descubrió una maravilla que lo iba dejando anonadado. Un mundo fascinante que se desplegaba ante él. Un reino con sus propios colores, leyes y belleza. Los arrecifes de coral formaban una grandiosa arquitectura edificada por unos diminutos y primitivos animales. Parecían colonias ramificadas unas entre otras de esqueleto duro, aunque muchas con el extremo blando y de diferente tamaño. Se maravilló al contemplar el coral rojo, el azul, y algunos abanicos de mar conocidos como corales negros. Eran muy raros. Siempre había creído, como la mayoría de los marineros del Corcaigh, que los corales pertenecían a aguas más cálidas como las del trópico, si bien descubrirlos tan cerca de Irlanda lo dejó perplejo. También descubrió infinidad de peces que no se apartaban al paso de ellos, todo lo contrario, algunos parecía que los seguían. La sal le escocía, pero Colin se negó a cerrar los ojos y privarse de tanta belleza, aunque se quedaba sin aire. Serena al percibirlo, le insufló en los labios aliento que a él le pareció de vida, y de nuevo tuvo los pulmones llenos para soportar unos momentos más antes de salir a la superficie a respirar.

Y así, nadando asidos de la mano, con el agua acariciando cada tramo de piel, descubrió los secretos y las maravillas de la profundidad del mar. Colin ignoraba que la distancia hasta la superficie no era muy grande, no obstante, pudo valorar la inmensa belleza que estaba oculta para los mortales. Era un muchacho privilegiado, porque, gracias a la ayuda de Serena, había podido conocer un mundo completamente ajeno y muy hermoso.

Un reino de ensueño.

***

La miraba de forma fija. Serena estaba apoyada en una roca plana con los brazos cruzados sobre la barbilla y la parte inferior en el mar. Llevaba el chaleco de Colin y el espeso cabello oscuro recogido con corales. Él trataba de tallar una sirena en un trozo de madera que el mar había vomitado sobre la costa días atrás. También había recogido cuerdas hechas con esparto, unas fibras obtenidas de diversas plantas silvestres propias de España. Y por eso imaginó que el barco naufragado y del que él recibía restos, debía ser español. Pero Colin se sentía entusiasmado, las cuerdas eran firmes y él podría utilizarlas para muchos menesteres, como la escalada. Todavía había puntos en la isla que no había podido explorar.

La muchacha seguía con los ojos el movimiento de sus manos, y

en un descuido, la hoja afilada mordió la piel produciéndole un corte profundo de la que empezó a manar bastante sangre. Él se apresuró a quitarse el pañuelo que llevaba atado al cuello, se acercó al agua para lavarse la herida. Ella quedó a unas pulgadas del él. Colin se inclinó sobre el agua y metió la mano en el mar para tratar de contener la hemorragia, desde su posición inclinada podía ver con perfecta claridad la cola que ella movía con languidez.

—Estoy algo mareado —reconoció con voz muy baja.

Serena tomó la mano de él y miró el largo y profundo corte. La sal del mar había logrado detener la sangre. Colin miró hacia el cielo a la vez que parpadeaba y tragaba saliva. Nunca lo había incomodado la visión de la sangre, salvo que nunca había contemplado la suya propia. Respiró profundamente para contener una arcada, y lo siguiente que sintió fue un mordisco. Miró atónito a la muchacha que continuaba con sus afilados dientes clavados en su mano.

—Pero que diantres… —Colin no continuó la frase. Estaba pasmado.

Serena soltó la presa, y al momento comenzó a hipar, aunque ningún sonido salió de su garganta.

—¡Me has mordido! —estaba espantado y dolido.

Y recordó con perfecta claridad otra ocasión en la que le mordió el pie. Su mente especulaba a toda velocidad. Tomaba y descartaba opciones. Ella lo había salvado. Ella lo había mordido. Ella le había llevado aves para comer… «no continúes por ese pensamiento Colin, o llegarás a una conclusión precipitada», se dijo para tranquilizarse.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó con un hilo de voz.

Serena se alejó de la roca donde estaba apoyada. Se había quedado a escasa distancia de él, si bien protegida y rodeada por el agua.

—¿Qué no puedes evitarlo? —gritó con voz extremadamente alta, aunque se respondido así mismo—. ¡Serena! —calló un momento todavía atizado por la incredulidad que sentía por lo que había sucedido—, ¡los amigos no se atacan! —explicó—. ¡Se protegen!

Ella se separó todavía más. Tenía los oscuros ojos brillantes, y a él le parecieron llenos de lágrimas, aunque no las derramó en su presencia.

Colin seguía contemplándola entre la confusión y el enfado. Llegando a razonamientos que jamás se podría haber planteado. Y recodó perfectamente el cadáver que había descubierto bajo la barca. ¿Las sirenas devoraban humanos? «¡No puede ser cierto lo que pienso!». Exclamó lleno de horror. Retrocedió con verdadero miedo.

Los ojos de Colin eran pozos de angustia y desesperación, ahora entendía mucho más el contenido del libro Siempre que baila el mar. Estaba preso, no en el interior del Leviatán, cierto, pero estaba preso

en una isla e iba a servir de alimento.

—¡Piensas devorarme! Como al hombre que encontré bajo la barca, ¿no es cierto?

Serena inclinó la cabeza incapaz de sostenerle la mirada, no obstante, negó con un único gesto que resultó bastante elocuente.

—¡Mientes! —exclamó Colin sin creerla y retrocediendo todavía más para alejarse—. No bajaré a las rocas nunca más —reveló—, al menos hasta que pueda escapar de aquí.

Un segundo después, Colin echó a correr y ya no paró. Tenía que huir y esconderse.

PARTE QUINTA

El significado de la palabra amistad

CAPÍTULO 9

Desde hacía varios días el muchacho no bajaba a visitarla. Seguía esperando su regreso apoyada en la roca plana, pero, su esfuerzo resultaba vano. Se dijo que los humanos eran seres sumamente complejos, e que intuía muy dentro de sí que el muchacho que había salvado era diferente. Lo había visto en sus ojos, en el esfuerzo que realizaba en el barco antes de caer por la borda.

En aquel momento su curiosidad era mayor que su hambre y decidió salvarlo para analizarlo y comprenderlo.

No tenía la menor intención de morderlo, no obstante, apenas controlaba su instinto cuando tenía hambre, y siempre estaba hambrienta. Cuando el mar derrotó con sus olas al barco que surcaba las aguas con rumbo desconocido, ella sintió enormes deseos de conocer cómo eran los humanos. Desde la distancia lo había visto luchar contra las aguas que agitaban la nave para hundirla. Las sirenas siempre se aprovechaban de los naufragios, se alimentaban de humanos. Ella apenas era una principiante, y el alimento que le tocaba ese día, había despertado sus intentos por conocer, indagar. Por ese motivo, había decidido mantenerlo con vida: para observarlo y aprender de él. Salvo que ahora le tenía miedo, y no le faltaba razón.

Desde el principio, cuando despertó en el interior de la gruta donde ella lo había llevado, lo contempló llena de interés. Observándolo en la distancia. Incluso lo había salvado en dos ocasiones más de perecer ahogado, pero no había podido evitar morderlo porque estaba en su naturaleza. Los humanos se comían a los peces, ellas se comían a los humanos, era un justo intercambio, entonces, ¿por qué motivo había sentido tanto temor al mirarla? Podía percibir su estado de ánimo. Conocía sus pensamientos, y le supuso una verdadera sorpresa percibir el miedo y el rechazo que sentía hacia ella.

No obstante, lo añoraba. Era un ser extraño que le había enseñado mucho más de lo que podía imaginarse. Había recorrido la totalidad de la isla intentado ver dónde estaba él y lo que hacía. No obstante, a su alrededor solo había silencio y quietud. Una rara calma que la ponía nerviosa, porque si sus hermanas descubrían que lo conservaba vivo, entonces el muchacho correría verdadero peligro, y ella no podría protegerlo.

Miró la cantidad de objetos que le traía cada día para llamar su atención, pero seguían en las rocas formando una pila bastante llamativa aunque inservible. Se tocó la pulsera de perlas azules que adornaban su muñeca, era su tesoro más preciado, sin embargo, no

dudaría en ofrendárselo si lograba con ello de nuevo su amistad.

«Amistad, qué palabra más extraña», se dijo. El muchacho le había hablado en innumerables ocasiones de esa cualidad, y aunque trataba de entenderlo, no lo conseguía del todo. «Me dijo que los amigos se protegen», continuó en silencio, «yo soy su amiga porque lo he protegido, entonces, ¿por qué motivo no viene a mi lado?».

Le gustaba el nombre que le había dado, Serena, mucho más que su propio nombre, Blárkúlu que además le resultaría imposible de pronunciar. También extrañaba el raro juego de piezas de madera que le había enseñado a mover, así como la risa que emitía la garganta de él. ¡Ella envidiaba esa capacidad extraordinaria! Su boca únicamente era capaz de emitir sonidos que lograban adormecer a los seres sin importar que fuesen humanos o animales, Sin embargo, era incapaz de formular frases que dieran sentido a los pensamientos. Lo había intentado, pero, sin un resultado positivo.

Hablar era una capacidad humana que ella jamás podría desarrollar.

Serena comenzó a emitir unos suaves sonidos que fueron aumentando a medida que desgranaba su tristeza por la ausencia de su amigo. El ser humano ignoraba que muchos animales oían una gama de frecuencias mucho más amplia de la que escuchaban ellos. Los sonidos que emitían las gargantas de las sirenas vibraban a una frecuencia muy alta, los humanos no eran capaces de detectarla si ellas no querían. Sí lo hacían los delfines y las ballenas. El mundo animal acuático se comunicaba entre ellos sin que los humanos se percataran.

El canto de Serena era armónico, muy parecido a la unión perfecta entre un instrumento de cuerda y otro de aire. Un sonido era más agudo que el otro, pero de una belleza exquisita, tanto, que varios delfines la acompañaron en su tonada. Cantaban con ella haciendo piruetas y jugando entre sí, pero el muchacho a quien iba dirigido tan precioso sonido, se encontraba en el interior de la gruta, urdiendo una forma de escapar de la isla y regresar a la civilización.

Colin era consciente que debía dejar su confinamiento y recuperar la barca para marcharse de la isla, pero, la sensación alerta y la angustia que sentía por lo desconocido, se unía la incertidumbre de no saber cómo hacerlo, ni cuándo. Se creía a salvo en el interior de la cueva, y en los últimos días se había alimentado únicamente de bayas y huevos, no obstante, el recelo superaba su hambre, y al tener poca actividad, su cuerpo había utilizado menos energía y la necesidad de alimento había menguado de forma considerable. En las ocasiones que había salido al exterior, la había escuchado, el sonido de ella era inconfundible, y desde el borde del acantilado, la había contemplado en las piedras del embarcadero, apoyada en la roca y esperando su

presencia. No obstante, él no era un hombre temerario por naturaleza, ni era propenso a los impulsos irracionales, tenía muy claro que quería sobrevivir, y para hacerlo, necesitaba mantener la cabeza fría. Sopesar las alternativas, y las diferentes opciones.

En los días que había estado recluido y alejado de ella, había leído las cartas que rescató del mar, y, al abrir los sobres, se dio cuenta que no eran misivas dirigidas a otra persona como había imaginado, eran cartas de navegación con anotaciones claras que perseguían un objetivo concreto. Al comprobar las marcas y los números con las anotaciones que contenía el diario, descubrió que todo señalaba a un punto determinado, bien donde estaba él o muy cerca. El dueño de los objetos era el mismo capitán Paul Marshall, y Colin comprendió que el señor Marshall había descubierto a las sirenas, y las había perseguido hasta acorralarlas y descubrir su morada para dejar constancia del lugar donde vivían para darles caza. También había adivinado que el cadáver que había encontrado bajo la barca era el señor Marshall, e imaginó cómo habría muerto. ¡Lo habían devorado las sirenas!

Sin embargo, ella no era así, trataba de convencerse. No era mala porque le había salvado la vida, aunque descubrir su verdadera naturaleza, le producía desconfianza.

Su mente evocaba la presencia femenina una y otra vez. Con ella había aprendido a maravillarse por las profundidades que había contemplado del mar. Había desarrollado un instinto fraternal como nunca antes en su vida porque Serena era una niña que, en determinados momentos, mostraba en sus ojos oscuros como carbones una mirada de pérdida que le producía ansiedad. En los días que habían pasado juntos, había reído, también enojado y descubierto una capacidad de comprensión hacia todo lo que lo rodeaba, inimaginable.

Ahora mismo la escuchaba, y el sonido le penetraba en el alma de una forma que no tenía explicación. Lo incitaba a descender de las alturas para llegar hasta a su lado y dejarse caer vencido. «No volveré a confiar en ti, Serena», se dijo determinante. «No volveré a ofrecerte la oportunidad para que me devores como al señor Marshall», argumentó para sí mismo. Y el sonido seguía metiéndosele en la sangre. Ofuscando su cerebro y aletargando su corazón. Se sentó sobre la hierba y se dispuso a escucharla sin ser consciente que iba perdiendo la noción del tiempo.

Colin pensó en su hogar, el Corcaigh, en la posada BlackThorn donde solía pasar los descansos antes de volver a embarcar. Evocó los ricos y sabrosos estofados de cazador de la señora Mirren que tanto le gustaban. Añoró la tina de madera llena de agua caliente y de suave espuma blanca. El olor a brezo de las sábanas donde recostaba los huesos tras arduas jornadas de trabajo… De pronto, un sonido

estridente y que casi le perfora los tímpanos, lo despertó del letargo que sentía. Colin parpadeó varias veces para enfocar la visión porque no recordaba donde estaba ni qué hacía. Tragó la espesa saliva que se le formó en el cielo de la boca y se reincorporó como un resorte de su posición recostada.

¡Era el sonido de Serena! ¿Qué había ocurrido? La alarma y la precaución hicieron presa de él en el mismo porcentaje, y aunque su temor era justificado, el sentimiento de empatía que sentía, le hizo decidirse a bajar.

Cuando llegó al embarcadero, no había rastro de ella. Observó la lejanía poniéndose la mano como visera, pero no la veía por ningún sitio. Ni tan siquiera un ligero chapoteo que lo alertase. Subió por la pendiente donde se encontraba la gruta para mirar por el otro lado, hacia las enormes rocas, pero tampoco fue capaz de visualizar nada. Regresó sobre sus pasos hacia el montón de objetos que estaban apilados en una roca plana, la que Serena utilizaba para apoyarse y mirarlo mientras él tallaba trozos de madera. Vaciló en el primer paso, sin embargo, la necesidad de saber, le superó. Se acercó lentamente examinando a simple vista el contenido, y lo que vio lo dejó perplejo. Se puso en cuclillas frente al pequeño tesoro, y sus dedos escarbaron entre los objetos. Contempló una peineta de oro y brillantes. Un collar de esmeraldas. Una cuchara de plata con el mango doblado. Un espejo de latón que había conocido tiempos mejores, no obstante, sus ojos se dirigieron hacia una pulsera de perlas azules del mismo color del cielo al atardecer. ¡Era la pulsera de Serena! La tomó entre sus dedos y las analizó. Las esferas azules eran perfectas en tamaño y en color, él nunca había visto perlas de esa tonalidad, brillaban con un nácar diferente que casi parecía cristal, y supo que era una joya valiosa y única. ¿Por qué motivo la había dejado ella sobre la piedra? Colin también vio los corales con los que se sujetaba el pelo en ocasiones, y entrecerró los ojos extrañado. Miró hacia su derecha y detectó un pequeño rastro de sangre. Al inclinarse sobre la piedra se dio perfecta cuenta que había más, y tan roja, que sintió un escalofrío en la base de la nuca. ¿Era la sangre de Serena? Se alzó todo lo alto que era y corrió entre las rocas tratando de encontrarla, ¡debía de estar herida para sangrar tanto!

Su corazón cabalgó sin freno ni control. La imaginaba tirada en las rocas, con el cuerpo malherido, y la angustia hizo presa de él que sintió en los ojos que las lágrimas le quemaban.

—¡Serena!... ¿Dónde estás? —el silencio siguió a su pregunta, pero no detuvo la carrera loca que había emprendido.

¡Necesitaba encontrarla! Cerciorarse de que estaba bien, pero, la caída de la noche y el descenso de temperatura, enfrió sus músculos y agotó su cuerpo. Colin cesó en su carrera para recuperar el aliento

aunque se negaba a regresar a la cueva. No saber qué había sido de ella, lo dejaba sumido en un estado de nerviosismo.

«¿Qué te ha ocurrido, pequeña?», se preguntó con verdadera angustia. «¿Dónde diantres estás?».

Colin recuperó la respiración, pero no el sosiego. Con el corazón lleno de pesar, regresó a la cueva, era noche cerrada y no veía absolutamente nada. Sopesó seguir caminando, pero, desistió. Al día siguiente emprendería de nuevo la búsqueda. Iba a encontrarla. Tenía que ayudarla. Y con ese último pensamiento se recostó entre las ramas, y se durmió. Pero el descanso no llegó durante la larga noche, y sí las pesadillas que lo habían acosado en su infancia, cuando era un niño abandonado y despreciado por los adultos.

Sufrió sobresaltos. Tiriteras, como si el malherido fuese él, y de golpe, Colin despertó. Estaba empapado en un sudor frío, y le dolía terriblemente la cadera izquierda. Se la tocó pero no percibió nada roto, y entonces, ¿por qué motivo sentía el daño en el interior de su cuerpo? Se puso de lado, y una exclamación aguda salió de su garganta porque le dolía terriblemente.

«¿Qué me sucede?», se preguntó atónito. Se levantó cojeando y con las manos entumecidas. Estiró los dedos tratando de restablecer la circulación, pero los sentía hinchados y torpes. Al girarse sobre sí mismo lanzó una gemido violento. Sentía la cadera como si se la hubieran despellejado en salmuera. Se bajó los pantalones y se miró la piel bajo la luz del fuego que todavía ardía en el centro de la cavidad.

«Algo me ha picado», se dijo, pero con los dedos no lograba localizar el punto inflamado que le indicaría el lugar de la piel donde encontraría la picadura. «Tendré que esperar a mañana, si antes no me mata el veneno». Colin volvió a recostarse entre las ramas que hacían de colchón, y aunque no pudo conciliar de nuevo el sueño, contó las horas, los minutos e incluso los segundos hasta que la luz del día emergió por el horizonte.

Tenía una misión que realizar: localizar a Serena, y por San Nicolás que iba a encontrarla.

CAPÍTULO 10

La desesperación iba en aumento.

Llevaba varios días rastreando la parte de la isla que era accesible a pie, aunque sin resultados. Y Colin lamentó los días que se había mantenido separado de ella. «No puedo temer lo que me produce inquietud y un sentimiento de protección. No puedo perder lo que tanto me importa». Colin veía a Serena como se veía a él mismo en el pasado: solo, perdido y abandonado. Había terminado por aceptar que ella no buscaba su muerte. «No se come lo que se salva tres veces, ¿verdad Colin?», inquirió enojado consigo mismo. «Prometo cuidarte, Serena, te entrego mi palabra que te protegeré de los que quieren hacerte daño».

Paró sus pasos de golpe y meditó en el último pensamiento que lo había asaltado. Aunque no podía asegurarlo, intuía que pretendían hacerle daño. Había escuchado su grito de ayuda, aunque lo había ignorado.

«¿Dónde estás amiga?», volvió a preguntarse. «No desistas Colin, la encontrarás».

Después de horas de búsqueda infructuosa, Colin regresó al embarcadero natural porque necesitaba meditar en el aluvión de sentimientos encontrados que sentía. Se había esfumado el temor que sentía a que le hiciera daño, y sin embargo, un sentimiento de aflicción intenso y perturbador, lo embargaba por completo. Se descalzó para meter los pies en el mar, mientras ofrecía un ruego a San Nicolás, patrón de los marineros irlandeses, para que ella apareciera de nuevo.

—Prometo no enfadarme contigo… —musitó apenas en un susurro.

La pila de objetos femeninos seguían en la misma piedra donde los había dejado ella, salvo la pulsera de esferas azules que llevaba Colin en su muñeca izquierda. No le importaría que se perdiera el resto de objetos, pero sí la pulsera. Había alcanzado para él un símbolo personal de unión entre ambos.

Cuando el sol comenzaba a ocultarse tras la cortina de niebla, Colin oyó un peculiar chapoteo que le resultó conocido, y de pronto frente a él emergiendo del agua, la cabeza de Serena se hizo visible. Ninguno de los dos rompió el silencio. Ninguno de los dos apartó las pupilas el uno del otro. Ninguno de los dos fue consciente de la mirada que intercambiaron: uno lleno de preocupación, la otra de inquietud.

—Creí que estabas malherida —la voz de Colin sonó dolida

aunque aliviada.

Serena se apartó un tanto porque no sabía a qué atenerse con él, su tono la había desconcertado. Respiró profundamente y lo miró sin un parpadeo.

—¿Te hiciste daño? —preguntó ansioso—. ¿Cómo? ¿Dónde?

Ella nadó de forma muy suave a su encuentro y apoyó las manos en la roca plana. Tomó impulso hacia arriba y le mostró la enorme herida que tenía en la parte izquierda, donde comenzaría la cadera si la tuviera.

Colin vio el profundo corte, y el corazón le saltó dentro del pecho.

—¿Cómo te has hecho algo así?

Los ojos brillantes de Serena no se apartaban del rostro juvenil que la miraban atónito.

—¿Saliste a tierra a buscarme? —inquirió pasmado—. Serena, ¿por qué…? —no pudo continuar de lo asombrado que estaba. No obstante, necesitaba hacerle una pregunta de forma imperiosa—. Si sales del agua, ¿mueres? —preguntó quedo.

Ella le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Colin trataba de comprender, y entonces se fijó en los hombros femeninos que tenían unas marcas muy significativas, ¡parecían mordiscos!

—¿¡Quién te hizo algo así!? —Serena se tapó los hombros con las manos al ser consciente de la mirada de él. Y se alejó hacia otra roca para poner distancia entre ambos. Colin no se lo reprochó—. ¿Estás tratando de decirme que tu herida es el resultado de salir a tierra a buscarme? ¡Por San Nicolás! —estaba atónito a medida que los pensamientos de ella formaban las imágenes en su mente—. ¿Qué comenzaste a perder tu cola?

Necesitaba reorganizar los pensamientos. Serena se comunicaba mentalmente pero no ordenaba las frases y le llegaban caóticas. ¿Podía una sirena perder la cola? Y lo más importante, ¿sobreviviría si la perdía? Ella ya le había dicho que no.

—Habla despacio… —le aconsejó, pero al momento soltó una risotada. Ella no hablaba, al menos, no con la boca—. Sentías angustia por mí, y decidiste arriesgarte buscándome en tierra firme —Serena le hizo un gesto afirmativo bastante elocuente con la cabeza.

Colin inspiró profundamente. Percibía el estado de ánimo de ella. Los sentimientos que la recorrían porque eran los mismos que sentía él. Una imperiosa necesidad de afecto y compañía. Miedo, y preocupación.

—¿Qué sucedería si perdieras tu cola? —quiso saber sumamente interesado—. ¿Qué ya no podrías regresar al mar y… y…? —parpadeó asombrado al obtener la respuesta a sus preguntas—. Morirías —remarcó estupefacto.

No podía apartar los ojos del rostro casi infantil que lo miraba de

hito en hito. Se mantenía apartada quizás por temor, quizás porque se sentía culpable por haberle mordido días atrás.

—No tengas miedo, Serena, nunca te haré daño —le confesó sincero.

Le parecía inaudito que un ser tan especial como ella sintiera temor, y todavía más que él lo percibiera con notable claridad cuando se sentía en clara desventaja, aunque no se lo dijo.

—He prometido protegerte —las pupilas de ella se contrajeron como si hubieran recibido un fogonazo de luz—. ¿Aquí estamos a salvo? —preguntó interesado—. A salvo, ¿de quién? Mejor, ¿de qué?

Mas Serena ya no le respondió. Colin trataba de indagar, sonsacarle información, sin embargo, resultó inútil. El rostro de ella se iluminó cuando le mostró la pila de objetos que había dejado para él.

—¿Por qué lo hiciste? —inquirió muy interesado—. ¿Es tu forma de hacer las paces? Serena, ¡te juro que no logro entenderte! —Colin calló un momento—. Claro que sentía miedo de ti. Te recuerdo que me mordiste, ¿o lo has olvidado? —entonces él le gastó una broma—. No ignoro que soy un bocado exquisito para el paladar… —apuntó con un tono pedante que logró que ella lo salpicara de agua.

Serena dejó la roca en la que estaba resguardada y se acercó de forma muy suave hacia donde estaba sentado, y ofreciéndole una sonrisa dulce y encantadora.

—Eres la hermana pequeña que ningún chico querría tener ¿lo sabes? —admitió de pronto, aunque con los ojos brillantes de humor —. No obstante, he aceptado irremisiblemente que serás la mía —los ojos femeninos lo miraron tan profundamente que Colin se sintió nervioso y tuvo que carraspear para aclararse la voz—. Por supuesto que puedes ser mi hermana pequeña, yo nunca te mentiría —arguyó convencido—. ¿Qué necesito una cola para ser tu hermano? —cerró la boca abruptamente porque no se esperaba una respuesta así—. No pienso responder a esa provocación insolente —si bien la sonrisa de la boca de Colin desmentía la sequedad de su tono.

Colin no se tomó la conclusión lógica de ella de forma ofensiva. Claro que no tenía cola de pez como ella, sin embargo, si un vulgar marinero hubiese escuchado esa afirmación, habría entendido otra cosa y le habría respondido de forma mucho más contundente y grosera. La chica que lo miraba de forma tan cándida era un ser muy especial, aunque no fuese del todo humana. Lo había salvado de morir ahogado, lo había provisto de alimentos para que subsistiera, y valoró que temerle carecía de sentido.

Al fin lo comprendía.

—Debo admitir que tienes sentido del humor —ante lo obvio, Serena alzó una ceja negra en un perfecto arco—. Quiero devolverte tu pulsera —Colin hizo varios intentos de sacársela de la mano, pero

ella se lo impidió con las suyas—. ¿Dices que es un regalo para mí? ¿Un reconocimiento porque ahora soy tu hermano? —estaba bastante sorprendido—. No lo merezco, de veras que no —Serena le puso un dedo en los labios al mismo tiempo que le ofrecía un gesto negativo con la cabeza—. Está bien —admitió—, como tu hermano mayor aceptó el regalo que me ofreces.

Serena entrecerró los ojos y giró la cabeza hacia el muro de niebla blanca. Como si hubiese escuchado algo que escapara a los oídos de Colin.

—¿Qué pasa? —preguntó ansioso—. ¿Tienes que irte? ¿Por qué?

Pero ella ya no dijo nada más. Lo miró larga y profundamente. Como si hubiese descubierto en él algo que la sorprendía sobremanera. Colin ignoraba que era un sentimiento pleno de confianza y unión.

—¿Qué hay tras el muro de niebla? —preguntó con preocupación en la voz.

Serena se desplazó hacia atrás. El deslizamiento de ella era tan suave que él apenas se percató de que se alejaba, cuando fue consciente, se apresuró a decirle...

—No te vayas. ¡Dime de qué tienes miedo! —sin embargo, Serena había bloqueado las imágenes con las que se comunicaba con él—. Te protegeré.

Esa afirmación le arrancó a ella un amplia sonrisa, y de nuevo Colin pensó que había iluminado el cielo con ella.

—Te esperaré aquí mañana.

Serena se giró y le dio la espalda. Se sumergió con rapidez y desapareció de la vista de Colin.

CAPÍTULO 11

La mañana transcurrió lenta y aburrida. Los días sin la presencia de Serena resultaban monótonos y rutinarios. Colin movió la caña de pescar aun siendo consciente que no habría ningún pez en los alrededores que mordieran el anzuelo, sin embargo, lo tranquilizaba estar sentado en la roca lisa y con un pie metido en el agua fría. Su vista se clavaba constantemente en el espeso muro de niebla que rodeaba la isla. Lo atraía. Le hacía adentrarse en infinidad de cuestiones, como por ejemplo, por qué motivo la niebla no se disipaba en las horas cálidas y soleadas del día. Únicamente en una ocasión, la niebla había estado lo suficientemente lejos como para que él descubriera la barca encallada en las rocas que se encontraban frente a la costa, pero de un tiempo a esta parte parecía que la espesa bruma había aumentado hasta el punto que parecía que avanzaba hacia la isla y que la iba a cubrir por completo cuando la alcanzase.

Lo engulliría por completo como si estuviera envuelta en un sudario.

Colin pensó que si en algún momento la niebla se aligeraba, él trataría de traer la barca a tierra. Era su vía de escape. Su salvación, y cada día que amanecía aumentaba su esperanza de que la niebla se hubiera disipado al fin.

«¿Dónde está?», se preguntó mirando el horizonte con los ojos entrecerrados. «¡Maldita sea que no veo nada desde aquí!». Lo intentaba, sin embargo, a lo lejos todo era un muro blanco que en ocasiones parecía gris, y aunque creía saber el lugar donde estaba varada la barca, tratar de recuperarla era poco menos que un suicidio. «La espera merecerá la pena», se dijo en un intento de darse ánimos. «Ella podría traerla, es una sirena y el mar es parte de su mundo», la posibilidad lo dejó mareado por las expectativas. ¿Cómo no se le había ocurrido esa opción? Él no tenía alternativa de traer la barca porque no podía guiarse entre la niebla para encontrarla, pero Serena sí. Lanzó un suspiro largo y profundo porque veía el momento de su liberación mucho más real y cercano.

«Ven pronto, muchacha, tengo que comunicarte muchos planes y me desespera no saber cuándo aparecerás de nuevo». Trataba de comunicarse con ella mediante el pensamiento, si bien su esfuerzo resultó vano. Durante todo el día Serena no apareció en la isla. Y cuando la tarde comenzó a morir al mismo tiempo que su ánimo, Colin regresó a la gruta lleno de interrogantes. Encrucijadas, y medias posibilidades, aunque con una férrea determinación: la huida.

***

Días después Serena apareció de repente en el embarcadero. Colin se encontraba recogiendo restos que el mar lanzaba contra las rocas. Trozos de madera, algas secas y conchas de moluscos. En un principio no advirtió la presencia pues siguió en la tarea de encontrar objetos que le sirvieran para reparar la barca. Estaba obsesionado en buscar un resto de madera lo suficientemente largo y ancho para que le sirviera de remo, no obstante, los trozos que recogía eran demasiado pequeños, solo servían para encender fuego, no para usarlos en bogar.

Los ojos de Colin la descubrieron y paró sus pasos de golpe. La observó de forma detenida, con un brillo penetrante. Ella se encontraba resguardada al amparo de una roca lo suficientemente grande como para ocultarla casi por completo.

—¿Te escondes de mí, pequeña?

Había pronunciado las palabras en un tono muy suave. La muchacha se acercó un poco más, pero de forma mucho más lenta que en otras ocasiones. Colin no la perdía de vista. La repentina timidez de ella le producía enorme curiosidad, también algo de aprensión.

—Te esperé durante varios días, e ignoraba qué sucedía para que no vinieras a verme.

Serena se hundió en mar hasta que la barbilla quedó a ras del agua. Parpadeó ligeramente y apartó la mirada de la figura de Colin. Él entrecerró los párpados hasta convertirlos en dos rendijas negras. Llevaba las manos llenas de maderas y algas. Sin previo aviso las dejó caer al suelo y avanzó un par de pasos hasta que sus pies quedaron al borde de la roca dentada.

—¿Por qué no me hablas? —preguntó con el estómago agitado y el corazón lleno de interrogantes.

Serena le señaló un punto y los ojos de Colin siguieron el movimiento. Encima de una roca plana había varios pájaros muertos.

—¿Tienes hambre? —inquirió apremiante. Serena le hizo un gesto afirmativo aunque muy tímido—. Yo también estoy famélico.

Sin dejar de mirarla Colin dirigió sus pasos hacia el lugar donde estaban situados los pájaros, se inclinó sobre ellos y los tomó con una mano. Había un total de cuatro y de diferentes tamaños. Regresó sobre si mismo y recogió las maderas que había dejado caer momentos antes.

—Iremos al embarcadero, allí es más fácil encender un fuego al resguardo de la gruta.

Serena lo siguió obediente apenas sin hacer ruido. Colin se preguntaba a menudo cómo podía moverse con esa quietud en los movimientos. El agua apenas se agitaba al paso de ella, no se escuchaba ni un leve chapoteo. Sabía que lo seguía porque había aprendido a reconocer su olor tan particular. De repente, paró sus pasos y se giró un tercio. Clavó sus pupilas negras en la figura que se

mantenía unos pasos por detrás y la observó como si la viera por primera vez.

—Cuando apareces logras que el mar huela diferente —le informó sorprendido, como si hubiera descubierto algo increíble.

Podía parecer una apreciación absurda, pero no. Cuando ella no estaba, el mar olía a pescado, pero ahora que estaba aquí, cerca de él, el aroma que respiraba era como si hubiera aprisionado en la tela de una vela gastada, agua, sal y arena caliente. Colin suspiró durante un momento. Siempre había dado por hecho que el olor a mar era un olor sencillo, pero ahora se me daba cuenta que era un olor grande y singular. Y la presencia de Serena le producía una saludable sensación de bienestar que le resultaba inexplicable.

Colin se giró de nuevo y comenzó a caminar con pasos rápidos y decididos. Al llegar junto al embarcadero bajó la pendiente con varios saltos medidos, y quedó parado cerca de la entrada de la gruta, el mejor lugar para encender un fuego. Serena se mantenía en quietud observándolo con atención. Durante la siguiente hora, él encendió un fuego que se hizo brasas muy pronto. Mientras tanto, peló las aves y las destripó con el puñal que siempre llevaba atado al cinturón. Dispuso las rocas en alto para que la carne de ave se asara bien sin que llegara a quemarse, y mientras aguardaba, metió los pies en el agua muy cerca de ella.

—Serena —comenzó—, ¿recuerdas el lugar donde encontré la barca encallada y el cadáver del hombre?

La muchacha hizo un asentimiento de cabeza y con el dedo le señaló un punto en el horizonte. Colin siguió el gesto de ella con los ojos.

—¿Podrías traerla para mí?

Un silencio pesado se instaló entre ambos. Él no apartaba la vista del rostro femenino, ni Serena apartaba sus ojos oscuros de la figura tensa que la miraba con atención.

—Pienso repararla y llenarla de provisiones para marcharme de aquí.

Tras decir las palabras, el tiempo comenzó a transcurrir lento y pesado. Como si el reloj hubiese perdido las manecillas que apuntaban las horas.

—¿Por qué quiero marcharme? —preguntó atónito—. Porque deseo regresar con los míos.

Los ojos de Serena se oscurecieron todavía más.

—Es cierto, no tengo más familia que tú: una niña pez.

Serena movió la cola por debajo del agua, la impulsó hacia arriba y lo mojó de pies a cabeza, afortunadamente las brasas donde se asaba la carne de ave estaban algo retiradas y no sufrieron el enojo que las palabras de Colin habían suscitado en ella.

—Detesto cuando haces eso —respondió mientras se limpiaba las gotas de agua y sal del rostro y el pelo.

Serena se impulsó hacia él y quedó a escasas pulgadas.

—No puedo vivir siempre aquí, perdido en esta isla —le dijo de pronto con voz queda—. Deseo regresar con mi gente, y tú puedes ayudarme a lograrlo.

Ella emitió un sonido que a Colin se le antojó un gemido, y la miró con profunda tristeza. Mostrando en el brillo de sus pupilas una desesperación como nunca había sentido. ¡Quería regresar!

Serena inclinó el rostro que se había tornado pálido como la cera.

—Necesito la barca, pero no soy capaz de orientarme para llegar hasta ella —Colin calló un momento—, el maldito muro de niebla me impide la visión, también la objetividad.

Serena giró el rostro hacia el lugar que él miraba con hondo desprecio: el muro de niebla. Una niebla que lo mantenía a salvo de sus hermanas depredadoras. Su olor tan apetitoso quedaba oculto, así como su voz. Nadie salvo ella conocía que Colin estaba en la isla, su isla.

—¿Traerás la barca hasta mí? —quiso saber sumamente esperanzado.

Finalmente Serena le hizo un gesto afirmativo. Colin se sintió el muchacho más afortunado del mundo. Su confinamiento llegaba a su fin.

—Creo que la carne ya está asada, ¿notas el aroma que desprende?

Ambos alzaron el rostro al unísono e inspiraron profundamente. Él soltó un gruñido de placer, y ella trató de imitarlo aunque sin conseguirlo.

—Si huele bien, sabrá mejor.

Acto seguido se dirigió hacia las ascuas rojas. Apartó las aves con cuidado tratando de no quemarse. En una madera plana y fina puso un par y se las ofreció a ella con una gran sonrisa en los labios. Serena las tomó entre sus manos al mismo tiempo que acercaba la nariz para aspirar el penetrante y delicioso olor.

Los siguientes minutos los dedicaron a devorar la carne jugosa y crujiente.

Serena miraba de hito en hito a Colin que chupaba un hueso del muslo hasta dejarlo completamente limpio. Los dedos los tenía llenos de grasa y se los relamió con inusitado placer. Ella lo observó con suma atención y lo imitó un instante después. Los huesos fueron a parar junto al hoyo que había cavado Colin para enterrar las vísceras y las plumas como tantas otras ocasiones.

—¿Te apetece jugar al ajedrez? —Serena hizo un gesto negativo con la cabeza bastante significativo—. No, no quiero nadar esta noche

—le respondió él con voz aguda.

El muchacho cerró los ojos durante un momento. Como si meditara en algo transcendental. Estaba saciado, tranquilo. La presencia de ella apaciguaba su espíritu.

—¿Eres feliz Serena? —preguntó de repente.

Ella comenzó a moverse en un ligero vaivén, con los ojos entrecerrados y los labios apretados, como si pensará qué palabras ofrecerle y sin decidirse por ninguna. Él percibió el ligero movimiento del agua y sonrió todavía más.

—Parece que el mar baila contigo —susurró quedo—. Me gusta escucharlo.

Oyó un ligero chapoteo y sintió las gotas de agua cuando descendieron por sus mejillas. Abrió los ojos sorprendido, pero ella ya no estaba junto a él. Había desaparecido bajo el agua sin despedirse. Colin pensó que era una sirena bastante rara, y con unos modales que dejaban mucho que desear… soltó una carcajada por sus pensamientos. Las sirenas no tenían modales, eran peces, y los peces solo nadaban, nadaban, y dormían. ¿O no?

«Serena es diferente», se dijo convencido. «Es un ser extraordinario y único», continuó hablando consigo mismo. «Es tu amiga grumete, y más te vale que no lo olvides».

Colin emprendió la subida a la cueva sin dejar de pensar en Serena, aunque antes apagó las ascuas que todavía ardían, y enterró con piedras los restos de la comida que habían ingerido. Se sentía feliz y conforme consigo mismo. Ella pensaba ayudarlo a recuperar la barca. Pronto podría marcharse y regresar con su gente. Con el resto de marineros que conocía en los diferentes puertos de Irlanda.

Tenía que regresar, y lo haría muy pronto.

PARTE SEXTA

Una nueva esperanza

CAPÍTULO 12

Cuando en la mañana temprano bajó de nuevo al embarcadero se llevó una grata sorpresa. La barca estaba varada en la orilla donde el mar la mecía con un constante movimiento. Serena estaba apoyada en la roca plana y lo miraba con un brillo de satisfacción en las pupilas que lo enterneció.

—¡La has traído! —la emoción lo embargaba. La examinó de forma concienzuda tratando de verificar si estaba rota—. Buscaré un palo que me sirva para usarlo como remo, y mientras tanto repararé la grieta que tiene.

Serena dejó su punto de apoyo y nadó hasta quedar muy cerca de la orilla.

—Tengo que darle la vuelta —le dijo él con voz seria.

Colin todavía recordaba el susto que pasó cuando descubrió el cadáver bajo la henchida madera. Casi se ahoga al descubrirlo. Se puso en cuclillas y trató de darle la vuelta, pero no se decidió. Temía encontrarse de nuevo el cadáver.

—¿Qué dices? —preguntó asombrado y sin dejar de mirarla. La muchacha lo miraba con tristeza en sus ojos—. ¿Crees que debo enterrarlo como las plumas y huesos de la cena de ayer? ¿Eso quiere decir que el muerto sigue bajo la barca?

Ella no le respondió. Siguió en silencio observando la reacción de él.

—No, no tengo miedo porque los muertos no pueden hacerme daño, aunque reconozco que no resultó una visión agradable. Pienso que estás en lo cierto en lo de ser enterrado.

Colin se pasó la mañana cavando un hoyo lo suficientemente grande como para enterrar el cuerpo, o lo que quedaba de él. Cuando terminó de cavar regresó a la orilla del embarcadero y asió la barca por un extremo para tratar de darle la vuelta, pero no lo consiguió. Le fallaban las fuerzas.

—¿Me ayudas? —pidió sin ambages.

Serena agarró el extremo y entre ambos lograron poner la barca del derecho, no obstante, no había ningún muerto bajo ella. Colin miró el interior extrañado, y entonces clavó los ojos en Serena. Ella le señaló un lugar determinado de las rocas, él siguió con los ojos el gesto y divisó el cadáver.

Tragó la saliva que se le había tornado espesa y amarga.

—Es una labor desagradable, pero cuanto antes la realice, mejor.

Colin se dirigió hacia el lugar donde estaba el cadáver, y cuando Serena hizo amago de seguirlo, él le hizo un gesto con la cabeza para

que se detuviera. Siguió en su avance, aunque con paso lento, como si le costase un horror llegar hasta el lugar. A medida que se acercaba, el olor fue intensificándose hasta resultar desagradable. Cuando los restos fueron visibles a sus ojos, Colin se fijó que los huesos no tenían carne sobre ellos. Lo habían devorado por completo. El muerto estaba totalmente irreconocible, no quedaba nada salvo una cadena de oro y una medalla que llevaba colgada al cuello. Con los jirones de una camisa que había destrozado, agarró al cadáver por los hombros y lo depositó en un tablón de madera lo suficientemente grande como para poder arrastrar el cuerpo hasta el hoyo. Sin carne sobre los huesos, el muerto pesaba muy poco y le resultó fácil transportarlo. Y lo hizo ofreciendo una plegaria sincera y emotiva. Una oración nacida de lo profundo de su corazón. Con prisa volcó la madera para que el cuerpo rodara hasta el hoyo, aunque una vez dentro, Colin se apresuró a quitarle la cadena que todavía llevaba en el cuello y la dejó en un montículo de tierra. Instantes después comenzó a tirar la tierra dentro del agujero ayudándose con una madera mucho más pequeña. Cuando terminó, tenía el cuerpo empapado en sudor y una sensación desagradable en la boca del estómago.

Era el primer muerto que veía, y rezó para que fuera el último.

Cuando regresó junto a Serena tenía palpitaciones en las sienes, y se sentía sucio y maloliente. Inspiró profundamente mientras se quitaba la camisa del cuerpo y la arrojaba hacia un lado. A la camisa le siguieron los zapatos y los calcetines. Colin se quedó únicamente con el pantalón que estaba roto hasta la altura de las rodillas.

—Necesito quitarme el pestilente olor de la muerte.

De un salto se zambulló en el agua fría. Instantes después, Serena estaba junto a él. Ambas cabezas casi pegadas la una a la otra.

—Nademos juntos, Serena, quiero olvidar lo que he hecho hace un momento. No quiero evocar lo cerca que he estado de la muerte.

Ella lo cogió de la mano y tiró de él fuerte hacia abajo. Segundos después recorrían las aguas muy cerca de las rocas y donde la profundidad no era muy grande.

Bajo las maravillas del mar, Colin se olvidó del hombre muerto. De su naufragio, y del muro de niebla que ya no representaba un obstáculo sino una puerta hacia la libertad.

***

Reparar la barca le llevó menos tiempo del que había imaginado, no así encontrar una madera lo suficiente larga y robusta como para remar con ella. Había colocado el cofre pequeño y las cajas que contenían el catalejo, la caña y resto de enseres que había, dentro del arcón bajo el tablón de madera que servía de asiento. Dejó las botas de goma que no había podido romper por la punta, y el resto de ropa

que no le servía. Dejó a la vista una camisa larga de dormir con volantes en los puños, aunque no sabría decir por qué motivo. Envolvió los retratos, las cartas, el diario y el libro en una chaqueta de lana gruesa. Tenía que impedir que se mojaran si el mar se encrespaba o se desataba una tormenta. El mayor obstáculo se le presentó con el agua porque no tenía recipiente para conservarla dentro del bote. El tonel era demasiado grande y pesado para incluirlo en su partida, aunque Colin dejó de pensar en ello, buscaría un medio para hacerlo.

Serena lo miraba desde una distancia prudente. Veía todos los preparativos que realizaba, y con cada movimiento de él, parecía que ella se escondía un poco más. No quería que se marchara, no obstante, era consciente que debía aceptarlo. Eran seres distintos, cada cual tenía que vivir en su mundo, y aunque a ella le gustaría que Colin siguiera en la isla, por su seguridad era mucho mejor que se marchara. Cada día que pasaba el peligro aumentaba para él porque sus hermanas estaban hambrientas. Hacía semanas que ningún barco surcaba las aguas donde habitaban, y el hambre resultaba terrible, tanto, que muchas de ellas se habían aventurado hasta la costa buscando alimento, alguna no había regresado. Por ese motivo era consciente que Colin debía marcharse, era su único amigo, y debía protegerlo.

—Estás muy callada —la voz llegó entre brumas.

Serena andaba perdida en pensamientos de abandono y dolor. La partida de Colin se había convertido para ella en un momento terrible.

—Regresaré a buscarte —le dijo de pronto aunque sin pensar muy bien en el significado de sus palabras—. ¿Dices que no volveré a verte? ¿Por qué piensas así? —preguntó bastante incrédulo—. Eso es porque no conoces muy bien al grumete Colin O'Donoghue.

Serena sonrió el entusiasmo con el que Colin le hablaba. Inspiró profundamente y lo miró con ojos soñadores. Él regresaba a un mundo que siempre le había interesado. Donde los humanos se desplazaban de un lugar a otro en hermosos carruajes tirados por bellísimos caballos. Ella los conocía porque los había visto una vez en un barco que terminó por hundirse, y mientras se deslizaba hacia la profundidad del mar, los perfectos y lindos animales relincharon y se movieron hasta que expiraron. Ella había intentado agarrar a uno, pero pesaba demasiado y no pudo hacer nada por salvarlo.

—Tus ojos están tristes —Colin no había dejado de observarla—. ¿Qué sucede? —preguntó con un timbre de ansiedad en la voz.

Ella le mostró una sonrisa tímida. Colin entrecerró los ojos todavía más. Algo le ocurría porque su silencio le resultaba inesperado.

—¿Qué te hable de mi mundo? —contestó con otra pregunta.

Serena nadó hasta quedarse muy cerca de él. Tomó la mano firme

y la apretó entre las suyas. Colin miró los dedos entrelazados y le ofreció una sonrisa amplia y genuina.

—He visitado países lejanos en el Corcaigh, pero ninguno de ellos se parece a Irlanda —calló un momento antes de continuar—. Aunque tiene una gran variedad de tonalidades, el que predomina es el verde: verde esmeralda, ¿lo sabías? —ella seguía en silencio—. Tiene unos preciosos acantilados, y sus aguas son transparentes cuando te acercas a la costa. Las playas son de arena blanca, parecen un manto dorado que invita a recostarse en ellas y a cerrar los ojos —Colin suspiró con profunda melancolía, como si los recuerdos le produjeran una sensación de desapego y tristeza—. Sus ríos serpentean por zonas bellísimas, y fluyen desde las montañas hasta el mar. Transcurren por paisajes de belleza singular y salpicados por bonitas aldeas llenas de color. Toda Irlanda sobresale por la belleza de sus paisajes. Por el verde de sus praderas, por sus valles y montes…

Las palabras de Colin cesaron de repente, como si evocarlas le produjera un malestar infinito. Serena parpadeó varias veces porque el sonido de la voz del muchacho la había transportado a un mundo mágico. Maravilloso. Un mundo prohibido para ella.

—Pronto me marcharé —dijo de pronto él.

Miró sorpresivamente hacia atrás, hacia el lugar que los ojos de Colin miraban fijamente. Él observó que las nubes en el cielo se habían intensificado. El muro de niebla parecía mucho más espeso e impenetrable, y una ligera brisa comenzó a agitar el mar.

Cuando la miró de nuevo se preocupó.

—¿Qué te sucede? —Colin vio la alarma en los ojos de Serena, y el temblor de sus manos. Manos que todavía sujetaba entre las suyas —. ¿De qué tienes miedo?

Pero ella mantenía la comunicación cerrada, y Colin se percató que de esa particularidad hacía varios días. Había estado tan concentrado en su marcha que no se había percatado de la ausencia de pensamientos entre ambos.

Serena trató de soltarse.

—No, espera —dijo él con un murmullo—. Dime de qué tienes miedo.

Pero la brisa se había tornado en un aire muy fuerte que movía las nubes del cielo en derredor. La temperatura descendió varios grados, y el mar comenzó a agitarse y a golpear las rocas con un siseo largo.

—¡Serena!

Al fin se había soltado de la sujeción de las manos de él. Nadó hacia atrás sin dejar de mirarlo.

Los ojos de ella parecían dos estanques llenos de miedo. Colin se alzó todo lo alto que era sin dejar de mirarla atónito. El miedo en el

rostro juvenil era palpable, y se preguntó qué lo provocaba.

—¡Vuelve! —pero ella no lo escuchaba.

Con un fuerte impulso se adentró en las profundidades marinas, y tras unos segundos, Colin fue incapaz de seguirle el rastro.

A sus pupilas asomó un brillo de preocupación. Era incapaz de comprender qué ocurría, y lo más preocupantes, ¿por qué motivo había mostrado Serena esa mirada aterrada? Lo ignoraba, aunque pensaba averiguarlo.

PARTE SÉPTIMA

Enfrentarse a la muerte

CAPÍTULO 13

Colin no estaba preparado para la borrasca que se desató a continuación.

Sabía que una tormenta perfecta, en términos marinos prácticos, era una en la que las embarcaciones que se veían atrapadas por ella, difícilmente salían bien libradas, normalmente se iban a pique. Y lo que azotó a la isla no era una tormenta sin importancia. El viento comenzó a soplar con fuerza inusitada y movía el mar hasta estrellarlo contra las rocas. Las olas comenzaron a alcanzar una altura peligrosa. Era un suicidio mantenerse en la orilla. Temió por la barca cargada que, en cada embate del mar, pensó que terminaría volcada. La había atado a una roca grande, pero ahora era consciente de que no había sido una buena idea. Colin tenía que arrastrarla hacia el interior para que las olas no la adentraran en sentido contrario, es decir, hacia el mar.

Hacerlo resultó muy duro. El fuerte viento lo desequilibraba de continuó y lo lanzaba al suelo. Se arrodilló para hacer de cortavientos y empujó fuerte y decidido hacia sí, hasta que logró arrastrarla varios metros cuesta arriba donde las olas no llegaban todavía. Con las manos puestas en los ojos a modo de protección, comenzó la subida hacia la cueva para resguardarse. El viento se volvió tan duro, que avanzar suponía un gran esfuerzo porque ante él se alzaba como una muralla. El fuerte temporal empujaba las olas hacia los acantilados formando grandes franjas de espuma que siseaban.

Llegó a la cueva, y al adentrarse hacia el interior, respiró tranquilo. Se acercó al fuego encendido donde las llamas titilaban movidas por la brisa que se colaba entre las diversas cavidades. Colin se puso sobre los hombros una capa negra para contener el calor de su cuerpo. Le parecía increíble lo rápido que había cambiado el tiempo, y supo que Serena lo había percibido, por ese motivo se había marchado tan rápido y sin decirle nada. Fuera, en el exterior, Colin podía escuchar los arbustos y la maleza que se movían y golpeaban entre ellas formando un sonido desapacible. Parecía como si el cielo se quejara. Oyó el sonido de un trueno que retumbó en la lejanía, después otro mucho más cerca. Colin se abrazó las rodillas y descansó el rostro entre ellas. No tenía miedo, pero le gustaría no estar a solas en la oscura cueva.

No supo el tiempo que estuvo escuchando la tormenta acurrucado frente al fuego. Podían ser horas como días, y de pronto oyó el sonido de Serena que lo llamaba. Percibió su angustia, su dolor, y supo que algo grave le ocurría. Se abrochó la capa en torno así y decidido salió

al exterior donde el aire lo golpeó con furia. Al bajar por el acantilado, observó las olas gruesas que rompían contra las rocas. El aire lo empujaba, pero él estaba decido a encontrar a su amiga… Ayudarla.

La escuchaba, pero no podía acercarse hasta el embarcadero porque las olas eran demasiado grandes y pesadas. Caminó en círculos pero la velocidad del viento le impedía fijar la vista más que un par de segundos. Parpadeó constantemente porque se le resecaba la retina y le escocía.

—Serena, ¿dónde estás? —grito a pleno pulmón.

La llamó de forma constante al mismo tiempo que caminaba de un lugar hacia otro. El aire le llevaba el sonido de ella, pero se sentía desorientado.

—Guíame muchacha, canta para mí.

El viento soplaba tan fuerte que parecía que el sonido salía del interior de la tierra, que crujía en protesta. Las olas cada vez golpeaban más lejos. De pronto la vio tirada en el suelo y recostada en la tierra dura, muy cerca de la pared que comenzaba la subida hacia la cueva. Colin había pasado al lado de ella cuando descendió, pero sus ojos no la habían visto. Con pasos inseguros se acercó hasta el lugar y se arrodilló a su lado.

—Estás loca, ¿lo sabes? —ella gemía con desconsuelo, aunque en medio de su dolor le mostró orgullosa un remo de madera que sujetaba con la mano—. ¿Cómo lo has logrado? —preguntó atónito.

Serena se dobló sobre sí misma en un gesto de auténtica agonía.

—¡Qué te sucede! —exclamó asustado.

Estaba perdido. Ignoraba qué le provocaba semejante sufrimiento. El viento los golpeaba con fuerza, por ese motivo Colin decidió sentarse a su lado.

—Si pudiera alzarte te llevaría hasta la cueva, pero temo que pesas demasiado.

Los ojos del chico se clavaron en la larga cola de ella. Nunca la había visto tan cerca como en ese momento, tenía adherida a la piel ramas, tierra y hojas.

—Lo intentaré —Colin pasó uno de sus brazos por las axilas de ella, y la otra justo por la mitad de la cola, pero al tratar de alzarla, fue como si tratara de levantar una rueda de molino. Cayó sentado con ella encima—. ¡Pesas demasiado!

Ella se retorció entre sus brazos al mismo tiempo que sollozaba de forma amarga.

—¡No sé qué te ocurre, o cómo puedo ayudarte! —Colin comenzaba a estar realmente asustado.

De pronto la soltó y al hacerlo parte de la piel de la cola se le quedó pegada a las manos. La viscosidad le hizo parpadear atónito.

—¡Oh Dios mío! —supo al ver sus manos que ella estaba

perdiendo la cola—. ¿Por qué? —preguntó sin saber qué hacer o cómo actuar—. ¡No puedes morir! —bramó lleno de horror.

Ella se retorcía de dolor. Gemía con sonidos agudos y tan profundos que le provocaron un escalofrío en el corazón.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirió angustiado—. ¿Por qué motivo has salido del agua para traerme el remo? ¡Yo podía esperar un poco más!

Serena se mordió los labios hasta el punto de hacerse sangre. Y de pronto Colin se dio cuenta de los arañazos y mordiscos que tenía en los brazos y en la totalidad del cuerpo. La magnitud de lo que significaba lo dejó de piedra.

¡Ella le salvaba la vida de nuevo!

—Me buscan ¿verdad? Saben que estoy aquí. —El miedo se apoderó de él, no obstante, ese sentimiento no le restó valor a sus palabras—. Por eso me has traído el remo exponiéndote a la muerte, porque deseas que huya.

Serena le hablaba, pero era tanto su dolor que le creaba una confusión mental.

—No pienso dejarte aquí para que mueras —le dijo de pronto—. ¡Te devolveré al mar!

Serena lo sujetó por el brazo y le hizo un gesto negativo con la cabeza. Colin sopesó todas las alternativas. La barca se encontraba más cerca de ellos que el agua, y al estar situada cuesta abajo, sería más fácil para él empujarla con ella dentro.

—No te abandonaré aquí —aseveró convencido.

Un segundo después corrió como alma que lleva el diablo hacia la barca a pesar de que el viento lo golpeaba con fuerza. Tenía que vendarle la cola para que no perdiera la piel. Regresó instantes después con el camisón largo y varios lienzos que había hecho con los restos de una vela que el mar le había llevado días atrás.

—¡Ayúdame, pequeña! —pero ella estaba inmersa en un sufrimiento de muerte. Se retorcía sobre sí misma mientras emitía gemidos sonoros y terribles—. Lo lamento tanto —los ojos de Colin se llenaron de lágrimas. Lagrimas que se deslizaron sin control por sus mejillas.

Jamás había contemplado un dolor tan grande. Serena retorcía las manos de tal forma que él pensó que terminaría por despellejárselas.

—Te taparé con el camisón, es lo suficientemente largo como para cubrir parte de la cola —acto seguido se lo metió por la cabeza apartándole el largo cabello.

Se lo abotonó con torpeza, y a continuación le cubrió el resto de la cola con los lienzos. Los ató con fibras vegetales de forma precaria porque no podía perder más tiempo.

—Tienes que ayudarme —le pidió a voz en grito—. Necesito que

te impulses como cuando haces una pirueta en el agua.

Serena emitió un chillido horrible cuando él la arrastró entre la tierra y las piedras.

—No puedo hacerlo sin tu ayuda —Colin lloraba de impotencia.

Era tanta la angustia que sentía por Serena que se sentía desangelado. Ella manoteó con fuerza para separarlo, si bien Colin no se lo permitió.

—Te llevaré al mar aunque sea lo último que haga —prometió firme.

La sujetó por los hombros y continuó arrastrándola, no obstante, Serena pesaba demasiado.

—¡Maldita sea, niña! ¡Ayúdame! —gritó con voz dura.

Un grito horrible y que casi le perfora los tímpanos hizo que la soltara de golpe. Colin quedó sentado sobre sí mismo contemplándola estupefacto. Los lienzos estaban manchados de sangre. Durante el arrastre, restos de piel y escamas habían quedado esparcidos sobre la tierra.

—Te curarás, pequeña. El mar te curará —le dijo para convencerla.

Colin no se daba cuenta, pero ella sí lo ayudaba en medio de su tremendo dolor. Movía la cola para apoyarse en ella y avanzar, aunque al hacerlo perdía más piel todavía. Llegar hasta la barca supuso un esfuerzo agotador. Ella apenas emitía sonidos, y Colin supo que estaba a punto de sufrir un desmayo.

—Un esfuerzo más y pronto podrás curarte.

La sujetó por las axilas y la aupó sin resultados satisfactorios. Era demasiado pesada.

—Vamos, pequeña, apoya la cola en el suelo para que pueda alzarte.

Colin sudaba profusamente, y apenas se percataba que el aire había dejado de soplar, el mar ya no golpeaba las rocas. Estaba completamente concentrado en subirla a la barca para devolverla al lugar de donde procedía. Creía sinceramente que el mar podría sanarla.

Al tercer intento logró alzarla lo suficiente como para introducir la mitad del cuerpo en la barca, sin embargo, al deslizarla hacia el interior, la cola golpeó el canto de la madera de forma brusca y se partió la aleta en su totalidad. Piel, cartílagos y grasa de aspecto gelatinoso cayeron al suelo con un sonido desagradable. El grito desgarrador de Serena le produjo un sobresalto en el pecho. Ella sufría de forma intensa, pero él no podía hacer nada para evitarle semejante agonía. Colin la tapó con los lienzos lo mejor que pudo mientras la acomodaba. Cuando creyó que lo tenía todo controlado, recordó el remo que había quedado olvidado. Regresó por él y entonces fue

cuando se percató que no había recogido víveres, no obstante, no se paró demasiado tiempo a meditar en ello.

Serena se moría y él tenía que devolverla al mar lo antes posible.

Marchó de nuevo hacia la barca, y metiendo el remo en el interior, comenzó a empujarla por la popa. Respiraba con dificultad pero el embarcadero se encontraba al final de la cuesta. Poco a poco la madera comenzó a deslizarse por sí misma, cuando faltó un paso para caer por su propio peso al agua, Colin se metió dentro con un salto. Cayó a escasas pulgadas de Serena que seguía retorciéndose y gimiendo con una aflicción extrema.

—Aguanta un poco más, ya casi hemos llegado —murmuró con voz entrecortada.

Colin posicionó el remo y comenzó a bogar, una vez a estribor, otra a babor. El aire ya no era tan fuerte, pero las olas movían la barca de forma amenazadora, aunque estaba empeñado en salvarla. Cuando el muro de niebla quedó frente a él, Serena recobró parte de la inquietud de momentos antes. Lo sujetó del brazo y le hizo un gesto negativo con la cabeza. Tenía los ojos rojos y los labios ensangrentados.

—¿Me matarán? Lo sé —admitió el muchacho con nerviosismo—, pero tengo que salvarte.

Colin siguió bogando con fuerza, con el único objetivo de atravesar la pared de niebla.

—¡Tenemos que cruzarla! —se debatía consigo mismo porque Serena lo instaba a regresar—. Sé que no puedo lanzarte al mar porque pesas demasiado, pero zarandearé la barca hasta volcarla cuando hayamos cruzado la niebla y estemos en mar abierto.

Los brazos de él se tensaban con cada remada, pero no desistía en su empeño de llevarla lo más lejos posible de la isla, y entonces la niebla apareció frente a él, espesa, fría. Cuando la barca se adentró en su interior, Colin creyó que remaba entre nubes, y de pronto chillidos espeluznantes se oyeron por todos lados. El chinchorro comenzó a agitarse con violencia de izquierda a derecha y él dejó de remar por instinto. No lograba ver nada salvo niebla y agua. Apenas se veía así mismo.

—¡No sé hacia dónde tengo que ir! —susurró con verdadera angustia.

El sonido de su voz sonó quebrado y seco. Algo rozó el remo que sostenía y por puro instinto lo sacó del agua. El miedo comenzó a martillearle en el pecho, pero logró mantener la calma. La respiración se le fue acelerando. Una sombra negra saltó por encima de su cabeza. Serena chilló con todas sus fuerzas, y el caos se desató de pronto. La barca era zarandeada de izquierda a derecha con tanta fuerza que Colin temió que la volcaran.

Estaba paralizado, con el pulso desbocado. Sentía la respiración entrecortada, y el miedo le salía por cada poro del cuerpo. En medio de su catástasis paralizadora, observó que decenas de manos trataban de tocar a Serena y le producían arañazos y heridas. Ella se alzó un poco, y sacando el brazo de la barca comenzó a golpear el agua mientras emitía unos sonidos que parecían chirridos. Creyó que iba a quedarse sordo. El sonido intenso le pareció horrible. De pronto, algo lo arañó por la espalda y Colin maldijo con violencia. No sabía a lo que se enfrentaba, pero no podía quedarse quieto. Se alzó de su posición arrodillada y miró hacia el agua de babor y luego la de estribor intentado ver qué los estaba atacando. Levantó el remó y lo mantuvo en alto, pero algo golpeó la barca y la hizo zozobrar con violencia hasta tal punto que Colin cayó sobre Serena con fuerza. Ella lanzó un gemido de dolor tan agudo que el estómago de Colin se encogió, la muchacha se giró hacia él con el rostro contraído por el tormento. Tenía los brazos llenos de arañazos que sangraban.

—¡Dime qué puedo hacer! —exclamó con voz aguda—. ¿Me buscan a mí? ¿Si salto te dejarán tranquila?

Serena negó mientras seguía golpeando el agua con ambas manos. Colin la imitó. Asió el remo con fuerza y comenzó a golpear el agua muy cerca de ella. Un segundo después, algo saltó de la profundidad hasta su altura, cuando Colin observo los ojos negros y los dientes afilados dio un paso hacia atrás con tan mala suerte que tropezó de nuevo con Serena. Cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza con el tablón de madera que servía de asiento. El dolor resultó tan agudo e insoportable que por un instante temió haberse roto el cuello. El remo voló hacia el agua y se hundió un instante después.

¡Lo había perdido!

Serena lo vio tirado en el suelo de madera, de pronto inspiró profundamente y lanzó un chillido tan agudo y penetrante, que crujió la barca con un latigazo estruendoso. Colin creyó que algo había estallado delante de él, como el fogonazo de un cañón. Instantes después, perdió la conciencia.

***

Un sonido torturado lo devolvió al presente.

Le dolía terriblemente el cuello, y cuando trató de levantarse, gimió con pesar. Colin parpadeó varias veces tratando de enfocar la vista, y lo que vio a continuación lo dejó perplejo. Serena iba tirando las cartas de navegación que él había rescatado semanas atrás del baúl que el mar le había llevado. ¿Por qué diantres lo hacía? Al mirarlas cuando caían al agua, fue consciente que se hundían sin explicación alguna, como si las atraparan desde abajo.

—¡No! —exclamó de forma violenta—. ¡Suéltalas! —Colin sujetó

la mano de Serena para impedírselo.

Ella aulló de dolor. No hablaba, pero el sonido que salía de su garganta era muy significativo: mostraba un suplicio extremo. Serena tiró la última carta, y a la última carta le siguió el diario, y después el libro Siempre que baila el mar.

La espesa niebla seguía envolviéndolos por completo.

El viento había amainado, y el agua bajo ellos parecía un espejo tintado en blanco. Se fijó en las vendas que cubrían parte de la cola de Serena: estaban empapadas en sangre y en restos gelatinosos. Ella se masajeaba la zona hacía arriba y hacia abajo, y en cada pasada por su cuerpo las manos se llevaban parte de la piel que todavía le quedaba. Él supo que trataba de calmar el incesante y agudo dolor que debía sentir, pero sin conseguirlo. Colin se mantuvo quieto, contemplando en silencio la muerte anunciada de ella, y sin percatarse que sus propios hombros habían comenzado a agitarse por sollozos bruscos.

Serena se moría, y él no podía hacer nada.

—¡No! ¡No hagas eso! —las manos de Colin sujetaron las femeninas y se las llevó al pecho para detenerlas—. ¡Te haces daño!

Los ojos de ella cuando lo miraron mostraban un tormento extremo.

—¡Qué puedo hacer! —preguntó lleno de congoja, sin embargo, solo obtuvo silencio.

Colin actuó con un sentimiento de cariño nacido de lo profundo de su alma. Se arrodilló junto a ella y la abrazó con inusitada fuerza. La mantuvo pegada a su pecho hasta que el cuerpo de ella se fue relajando entre sus brazos, y fue abandonándose a su destino. Él supo que había caído inconsciente, y por ese gesto de misericordia, ofreció una oración de gracias.

Serena iba al encuentro de la muerte, pero al menos ya no sufriría en su recorrido porque el olvido se había apiadado de ella. Y Colin lloró como nunca en su vida. Lloró tanto y de tal forma que no se percató cuando su cuerpo se quedó sin agua, pero él seguía llorando en seco y murmurando plegarias que no concluía.

Siguió abrazándola durante mucho tiempo. Se ocultó el sol y volvió a salir sobre sus cabezas. En el chinchorro no tenían agua ni víveres. La barca iba hacia la deriva sin remo, pero a él nada le importaba. Serena no moriría sola y abandonada como él había temido.

Él la acompañaría en el último viaje.

PARTE OCTAVA

Siempre hay esperanza

CAPÍTULO 14

Colin abrió los ojos y los clavó en el cielo azul que se veía completamente despejado sobre él. Sintió la madera de la barca bajo su espalda, y supo que él también había perdido la conciencia aunque ignoraba cuándo o en qué momento. Sus brazos seguían rodeando el cuerpo de Serena, y cuando trató de moverlos, no le respondieron. Los tenía completamente entumecidos. Se lamió los labios agrietados por la falta de agua, y un quejido salió de su garganta al hacerlo.

¡La sed que sentía era abrasadora! ¡Le quemaba en los intestinos!

Tenía la boca completamente seca de saliva, hizo amago de tragar, pero le resultó imposible. Cerró los ojos para abandonarse al desfallecimiento, aunque antes de perder de nuevo el conocimiento, evocó los hermosos paisajes de su amada Irlanda. De sus verdes valles llenos de pastos, y en los caudalosos ríos que serpenteaban pueblos y aldeas.

«Qué triste perecer así, grumete», se dijo así mismo. «Aunque moriré en el mar como un auténtico marinero», finalizó con una media sonrisa.

Colin ansiaba levantarse y comprobar si Serena respiraba todavía, pero no tenía fuerzas para intentarlo. Cerró los ojos de nuevo y percibió el leve movimiento del mar bajo la madera del chinchorro. La mecía de manera suave, de la misma forma que acunaría una madre a su hijo querido. «Estoy desvariando», se dijo al mismo tiempo que abría los párpados. Clavó sus pupilas en un ave que sobrevolaba la barca, e imaginó que se trataba de un buitre que esperaba paciente para abalanzarse sobre ellos y devorarlos. «Además veo visiones».

Allí, recostado en la suave madera y con el cuerpo de su amiga en los brazos, el tiempo transcurrió lento y agónico. Ni una sola nube rompía la armonía del cielo azul. Ni una ligera brisa suave, de esas que de día solían soplar desde el interior del mar hacia la costa, barría el silencio pesado. Y esa circunspección a su alrededor, inexplicablemente, lo cubrió de paz. «¿Estoy muerto, Señor?». Colin se dirigía a Dios confiando en recibir una respuesta, pero solo había calma. Cerró los ojos de nuevo y se abandonó a su suerte.

Mucho tiempo después escuchó murmullos lejanos. Unas voces que gritaban preguntando, y otras que respondían en el mismo tono. Trató de abrir los párpados, pero le pesaban como si fueran escudos de hierro. Percibió un movimiento brusco, y el ruido de maderas que chocan entre sí. Tras un instante sintió una leve presión en los hombros, como si trataran de moverlo en un sentido y después en otro. La agitación le provocó un dolor agudo en los músculos de los

brazos que le hizo crujir los dientes de forma involuntaria. Lanzó un gemido ahogado apenas audible porque tenía las cuerdas vocales inflamadas por la sed. Ignoraba qué sucedía porque todo en torno a él era borroso. Durante un momento vio el cielo, luego agua y después oscuridad. Parecía que lo alzaban y después lo dejaban caer hacia el abismo. Trató de sujetarse a algo, pero sus dedos abrazaron el vacío. Pensó en Serena que ya no estaba entre sus brazos y se preguntó dónde estaba, lo más apremiante, qué había sucedido con ella.

«¿Estoy con Dios? ¿Me recibirá en su seno?», se preguntó confuso.

La mente de Colin era incapaz de hilvanar un pensamiento lógico o un razonamiento coherente. El movimiento brusco en vaivén le revolvió el estómago. Un estómago vacío de alimento. «No quiero vomitar, no delante del Señor», se dijo en un arranque irracional. Un instante después cayó de nuevo en la inconsciencia.

Colin ignoraba que durante días habían navegado a la deriva, pero su destino no era morir en un chinchorro abandonado sin provisiones ni remo. Un galeón mercante se había cruzado en la trayectoria de la barca y los había rescatado de una muerte segura.

***

Le dolía todo el cuerpo. Se sentía brutalmente apaleado, como si le hubiera atropellado un carruaje. Abrió los ojos con mucha lentitud y los fijó en el techo de madera. Una tenue luz amarilla inundaba la estancia, y durante un momento se preguntó dónde estaba. «Esto no puede ser el cielo Colin O'Donoghue», se dijo confundido.

—¡Al fin despiertas muchacho! —una voz grave penetró en su cerebro provocándole una sacudida—. Ya pensábamos que eras un holgazán sin remedio.

Una mano grande y fuerte le alzó ligeramente la cabeza y le colocó en los labios un vaso de agua. Colin bebió con fruición, pero antes de que pudiera saciarse del todo, el hombre retiró el vaso de su boca.

—Has tenido una suerte de mil diablos —continuó la voz de forma alegre—, y eres un muchacho fuerte. Pronto estarás como nuevo.

Colin carraspeó varias veces tratando de aclararse la voz. Le costó un suplicio, aunque lo logró.

—¿Dónde… dónde estoy? —la voz sonó como un graznido horrible.

—En el Ollainnis —le respondió el hombre—. Un galeón con muchas anécdotas que contar.

Colin fijó la vista en la cara picada de viruela y en la sonrisa jocosa del hombre que estaba inclinado hacia él. Por su aspecto dedujo que se trataba de un hombre curtido en el mar, aunque no iba

vestido como un marinero.

—¿Es un galeón de guerra? —se aventuró a preguntar.

La cabeza del hombre hizo un gesto negativo.

—Un mercante —le aclaró—, que va de regreso a Dublín.

La esperanza estalló en el pecho de Colin, mas de pronto se sintió avergonzado porque no había preguntado por ella, y el motivo no era otro sino retrasar el máximo tiempo posible la noticia de su muerte.

—¿Serena…? —lo intentó con voz entrecortada.

—¡Ah! Pues la muchacha no es tan fuerte como tú, aunque el doctor está haciendo un buen trabajo.

¡Vivía! El corazón se le desbocó dentro del pecho y casi se le sale por la boca.

—Pero está muy malherida —continuó el hombre—, el doctor no cree que pueda salvarle las piernas porque las quemaduras son muy graves.

—¿Piernas? ¿Quemaduras? —inquirió asustado.

Él no recordaba ningún fuego, y Serena no tenía piernas. Debía de hablar de otra persona. La ansiedad se apoderó de él.

—Pobre muchacha —continuó el hombre sin percatarse del caos emocional que sufría Colin al escucharlo—. Debe dolerle mucho porque nunca he visto unas quemaduras tan graves y extensas. No tiene piel en la carne.

Colin necesitaba verla. Cerciorarse de que estaba bien. Hizo acopio de valor y se reincorporó en el lecho. El marinero le puso la mano en el torso para detenerlo.

—¿Dónde crees que vas, grumete? —él lo miró asombrado, ¿cómo sabía que era grumete?

Al ver la cara de confusión del muchacho, el marinero le sonrió más ampliamente.

—Espero que no te moleste que te llame grumete, pero así nos referimos en el mar a los muchachos que tienen más o menos tu edad.

Colin respiró aliviado.

—Tengo que ir a verla.

Y el hombre no se lo impidió. Puso las manos en jarras y las cejas en arco mientras lo veía levantarse del lecho de forma insegura.

—Estás muy débil —aseveró—, y te vas a caer de bruces en el primer paso que des.

Colin ya lo sabía. Le temblaban las piernas por la falta de alimento. Sentía el estómago revuelto y la cabeza llena de ideas confusas, pero tenía que ver a Serena. Era imperativo para él conocer que estaba bien.

—Eres un cabezota. Está bien, te acompañaré —rezongó.

De pronto y sin previo aviso el hombre rudo lo aupó con suma agilidad y salió con él en brazos por el pasillo interior de la nave.

Colin se percató entonces que llevaba un camisón blanco de dormir y los pies desnudos.

—Pesas menos que una doncella, grumete. Tendremos que poner carne en esos huesos.

No se rió por la observación del marinero por pura terquedad. Colin era plenamente consciente que estaba en los huesos, pero ello era debido a estar semanas subsistiendo en una isla a base de bayas, huevos de ave y algún que otro pájaro. Seguía vivo de milagro.

—¿Es usted el capitán del navío? —preguntó con más seguridad.

El hombre estalló en carcajadas.

—Ya me gustaría —le respondió jocoso—. Soy marinero como mi padre, y mi abuelo anteriormente, además de ayudante del doctor porque tengo buen estómago para contemplar amputaciones, y colaborar en coser heridas.

Colin entrecerró los ojos al escuchar las palabras del marinero. Un barco que llevaba a bordo un doctor y un científico no era un barco mercante común, pero no dijo nada sobre sus elucubraciones. Los brazos del marinero eran fuertes, lo sujetaban apenas sin esfuerzo, y lo llevaron directamente hacia el alcázar, que era la parte de la cubierta superior que estaba situada entre el palo mayor y la popa y comprendía la parte del castillo de popa que llegaba hasta la toldilla: una cubierta que se extendía desde el palo de mesana hasta el coronamiento de popa. Colin sabían que bajo la toldilla se instalaban las dependencias del capitán y donde estaban ubicados también los camarotes de los oficiales de mayor rango. El alcázar y la toldilla constituían el centro neurálgico del navío. Lo miraba todo con gran interés. El Ollainnis era un buque muy grande que bien podría servir para la guerra.

El marinero no llamó a la puerta cerrada, no hizo falta porque por ella salía un hombre con una jofaina y un paño ensangrentado. Se hizo a un lado para permitirles la entrada.

—Hagerthy —dijo el hombre—, el muchacho debe guardar reposo, pensé que lo había dejado claro.

La voz había sonado autoritaria.

—Señor Doyle créame que lo he intentado, pero este muchacho es muy testarudo.

Colin observó al señor Doyle y dedujo que se trataba del doctor que había mencionado el marinero llamado Hagerthy momentos antes, sin embargo, sus ojos se dirigieron de forma ávida hacia el lecho donde se encontraba Serena con los ojos cerrados. Hagerthy lo sentó en el mullido colchón mientras se enfrascaba en una conversación con el doctor.

El rostro se Serena parecía tranquilo, sin las profundas arrugas de sufrimiento que él había contemplado días atrás. Ya no tenía los labios

heridos, y las marcas de los brazos sanaban rápido. Colin se preguntó por qué motivo no estaba muerta. Deslizó las pupilas por la delicada figura tapada con un lienzo grueso, y al observar el bulto de lo que quedaba de cola, un estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza. ¿Qué habría pensado el doctor al verla? ¿Guardaría el secreto de lo que era? ¿La devolvería al mar si la salvaba? ¿Por qué había mencionado el marinero unas quemaduras? Colin necesitaba saber, y en un acto instintivo agarró el tejido blanco y lo lanzó hacia atrás con energía. Al ver la parte inferior del cuerpo de Serena lanzó un gemido ahogado. ¡Tenía piernas! Bueno, tenía piernas pero sin piel en ellas.

Verlas le produjo una arcada involuntaria.

—No es una visión muy agradable —dijo de pronto el doctor que mantenía la mano extendida hacia él en señal de saludo. Colin la tomó por inercia y la estrechó—. Las quemaduras son muy graves, pero mantenerlas vendadas sería contraproducente.

—¿Cómo…? —indudablemente Colin se refería al hecho de que ella tuviera piernas y no cola, pero el doctor entendió que el muchacho se refería a la gravedad de las heridas.

—Sufre quemaduras de tercer grado —Colin no entendía de grados de quemaduras ni nada parecido—. Las quemaduras han afectado todas las capas de la piel y los tejidos subyacentes como músculos, nervios, tendones y vasos sanguíneos, incluso temo que hayan podido llegar hasta el hueso —el doctor calló un momento antes de continuar su explicación que parecía devastadora—. Este tipo de quemadura es consecuencia de estar en contacto prolongado con el fuego. Imagino el horror que debisteis pasar cuando se incendió vuestra nave.

Colin seguía mirando el aspecto de las piernas de Serena, la carne parecía cartón además de estar completamente secas.

—¿Es doloroso? —preguntó con voz temblorosa.

—La mantengo sedada con opio hasta que el dolor le resulte más tolerable, aunque para ello falta tiempo todavía —explicó el doctor—. Y le aplico la curación que menciona el manual de Edward Kentish, imagino que no sabes a qué manual me refiero.

Él no podía apartar los ojos de las piernas de Serena. ¿Qué había pasado con su cola? ¿Por qué el doctor hablaba de un barco incendiado? No comprendía nada, si bien seguía mirándola absorto casi sin pestañear.

—Señor Marshall —escuchó, y Colin creyó que el doctor le hablaban a otra persona, no obstante, cuando se percató que los dos pares de ojos estaban clavados en él se puso a la defensiva, ¿por qué motivo lo llamaban Marshall y no O'Donoghue—. Si lo desea, le haremos entrega del cofre y los retratos de sus padres que custodia el capitán en su camarote.

Colin parpadeó solo una vez, y a continuación comprendió que el doctor del barco Ollainnis creía que era hijo de Paul Marshall, el hombre que él había enterrado en la isla y de quien conservaba sus objetos personales.

Contra todo pronóstico no corrigió la apreciación equivocada.

CAPÍTULO 15

Colin se mantenía en un silencio sospechoso, y mientras tanto se alimentaba de forma abundante. Mantuvo su boca silenciada a las explicaciones que el capitán y el doctor esperaban con inusitada paciencia. Ambos hombres achacaban su silencio al trauma que había sufrido en el naufragio y al horror de perder a sus padres, pero él ignoraba si el señor Marshall estaba casado, si tenía hijos o parientes, tan solo era consciente que esa suposición le permitía un poco de tiempo para elaborar una explicación plausible sobre él y Serena.

Había descubierto, por boca de una gran mayoría de marineros, que el Ollainnis pesaba unas 500 toneladas, y que llevaba a bordo un total de ciento veinticinco hombres, entre ellos 90 marineros, 15 oficiales, 20 grumetes, y el resto hombres de mar. Él vestía ropas de grumete, prestadas por uno de los muchachos que trabajaban en el galeón. Parecía que había pasado una eternidad desde que él ocupó un cargo similar en el Corcaigh.

La mente de Colin regresó a ella y al milagro de que siguiera con vida.

¡Serena tenía piernas! Esa certeza le causaba incertidumbre. La sirena se había convertido en humana, pero, ¿por qué? ¿Cómo? ¿Dónde estaban esas piernas antes de la cola? Colin era un muchacho inteligente por eso callaba. Si revelaba que en realidad ella era un ser con capacidades mágicas, podrían tomarlo por loco, mucho peor, podría desatar una búsqueda a gran escala para encontrar más sirenas. Muchos hombres habían escrito sobre ellas, las habían pintado y dedicado poemas adoptándolas como musas, y por alguna extraña razón, supo que Paul Marshall las buscaba, porque en algún momento de su existencia debió tropezarse con ellas, quizás sobreviviendo a un naufragio similar al suyo. Si esa información trascendía, el caos se desataría en el mar y los hombres no descansarían hasta dar con ellas y matarlas. Por eso Marshall tenía las cartas de navegación. El diario y el libro Siempre que baila el mar. ¿Porque las buscaba? Y entonces, ¿por qué motivo Serena había destruido los documentos que había logrado reunir Marshall? Colin no tenía modo de conocer que Serena había pactado con ellas: las pruebas que había reunido Marshall a cambio de la vida de ambos. Confiaba que le daría una explicación en el momento que se recuperara. Le mostraría el motivo para el cambio que había sufrido: de niña pez, a niña humana. «Es magia», se dijo. «Las sirenas poseen el poder para transformarse en humanas», continuó dubitativo.

Desde la barandilla del barco veía el horizonte del mar mientras

la brisa marina le revolvía el ensortijado pelo rubio. Frente a él no tenía un muro de niebla insondable como cuando se encontraba confinado en la isla. Veía solo horizonte y cielo azul. Tan ensimismado estaba pensando en todo lo sucedido, que no escuchó los pasos del doctor Doyle hasta que estuvo a su lado.

—Tu hermana se encuentra despierta —Colin se sobresaltó al escucharlo.

—¿Puedo verla? —preguntó con esperanzada.

El doctor hizo un gesto afirmativo e invitó a Colin a seguirlo. Los pasos que lo separaban del camarote donde se encontraba, se le antojaron millas. El corazón comenzó a latirte apresurado, y un sudor frío le bañó la palma de las manos. Las secó al pasarlas por la tela de sus pantalones. La actividad en el barco era frenética. Rudos marineros de aspecto hosco iban y venían por el pasillo estribor de la nave llevando enseres y cuerdas. Otros conversaban de forma tranquila ajenos a la actividad del resto, como si hubieran terminado sus quehaceres diarios.

Cuando el doctor Doyle lo precedió por el interior del barco, Colin meditaba en todo lo que le había acontecido desde que embarcó en el Corcaigh con rumbo a Islandia. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados, e ignoraba qué haría cuando llegasen a Dublín.

El doctor se detuvo en la puerta cerrada y le cedió el paso. Colin se mantuvo a la defensiva, como si no supiera lo que se esperaba de él.

—Es una muchacha muy valiente —dijo de pronto Doyle.

Colin suspiró y empujó la gruesa puerta que dividía el camarote del pasillo. El doctor lo seguía de cerca. Cuando sus ojos se clavaron en la figura sentada en el lecho que miraba atónita sus piernas, paró sus pasos de golpe. Parecía que se había quedado clavado al suelo de madera. No obstante, la trémula sonrisa que le mostró ella cuando alzó el rostro hacia él, lo decidió a seguir avanzando. Colin llegó hasta el lecho y se sentó en el borde. Serena hizo un intentó leve de pasar la palma de la mano por la extremidad, pero en el último momento se contuvo.

—Hoy parece que están mejor —comentó el doctor con cautela.

Colin giró el rostro para mirarlo y parpadeó vacilante, un instante después volvió el rostro hacia ella.

—¿Te duele? —preguntó.

Serena le hizo un gesto negativo apenas perceptible.

—El opio que le administro calma notablemente el dolor que las heridas le causan.

Serena volvió a clavar sus pupilas en esa parte de su cuerpo que no había visto antes. Miraba sus piernas como si fueren seres de otro mundo, como si no fuera ella sino otra chica la que estuviera en el

lecho.

El doctor se sentó en una silla de madera que estaba un tanto alejada de la cama. Colin percibió el movimiento por el rabillo del ojo.

—Tu hermana se recuperará —afirmó rotundo, con ese tono que adoptan los médicos cuando saben que lo tienen todo controlado—. Le quedará unas cicatrices bastante feas, pero no perderá las piernas.

Colin pensó que no podía perder las piernas porque acababa de encontrarlas, y un fogonazo de luz penetró en su cerebro a la velocidad del rayo. ¡Siempre había tenido piernas, solo que estaban ocultas en el interior de la cola! No obstante, calló y siguió en silencio.

—¿Cómo se llama tu hermana? —preguntó el médico—. Ella no puede decírmelo porque tiene las cuerdas vocales muy afectadas. Imagino que por la ingente cantidad de humo del incendio que debió respirar —el doctor calló un instante pensativo—, admito que me preocupa que resulte irreversible.

Poco a poco el rompecabezas iba formándose en el cerebro de Colin. El doctor encontraba explicación médica para el aspecto de las piernas de ella y la ausencia de voz. Estaban teniendo una suerte tremenda porque si descubrían que era un ser que pertenecía al mar... ¡no quería ni imaginarlo!

—Serena… —comenzó—, Serena Marshall.

Colin razonó que si todos creían que eran hijos de Paul Marshall, buscarían a sus familiares y no los encerrarían en orfanatos, y mientras tanto ellos podían obtener un tiempo precioso para que Serena se curara definitivamente.

Juntos emprenderían la huida hacia las colonias, hacia América.

—Conocí a vuestro padre hace algunos años —reveló el doctor. Colin tragó saliva de repente. Era una coincidencia que no se esperaba —. Cuando vuestra madre Margaret cayó enferma de gravedad, pero vosotros todavía no habíais nacido. Enfermó poco tiempo después de casarse con vuestro padre. Afortunadamente sanó muy bien.

Colin seguía mirando a Serena intentando componer una respuesta creíble. Ahora se daba cuenta que mentir sobre el parentesco con Marshall no había sido una buena idea, no obstante, él ignoraba que Paul Marshall sí había tenido dos hijos que habían perecido en un naufragio junto a su mujer varios años atrás. Todos murieron salvo él que durante semanas había sobrevivido en un islote pequeño muy cerca de Islandia. Lo que allí había descubierto, lo había registrado en un diario y varios mapas, salvo que él era demasiado joven en inexperto para comprenderlo. Y desde entonces el hombre había dedicado su vida a encontrar aquello que ningún ser humano conocía: las sirenas.

—Cuando lleguemos a Dublín le enviaré un telegrama a vuestro tío avisándole de la nueva —Colin contuvo la respiración—. Lord

Thomas Marshall estará encantado de recuperar a su familia.

Serena miró a Colin con las pupilas llenas de confusión.

—Ahora os dejaré a solas para que podáis hablar con tranquilidad y sin interrupciones. Si necesitáis algo estaré en la cubierta de popa.

La salida del doctor sumió el camarote en un silencio pesado y que por momentos se tornaba incómodo. Colin se sentía de pronto como un animal acorralado, aunque no se movió del lecho de Serena.

—Estamos en un buen lío —admitió de pronto con el rostro lleno de preocupación. Había sido poco previsor al mantener la mentira sobre su parentesco con Marshall. Serena clavó sus ojos en él mientras lo tomaba de la mano para infundirle ánimos—. Thomas Marshall sabrá que no somos hijos de su hermano muerto, y como impostores seguramente nos encerraran en la cárcel —aventuró de forma aciaga.

Colin pensaba a toda velocidad. Tenían que huir nada más desembarcar en Dublín, pero no disponían de libras para hacerlo. Conseguir dos pasajes con rumbo a las colonias iba a resultar imposible, y esconderse en Irlanda, inútil.

—Tengo que conseguir dinero —calló de repente como si recordara algo muy importante y que no había tenido en cuenta: el cofre con las joyas que tenía a buen recaudo el capitán del Ollainnis.

Con la venta de ellas podrían comenzar una nueva vida en otro país.

—Quizás nos estamos precipitando —murmuró pensativo e incluyéndola en sus elucubraciones.

Colin pensó que vender unas joyas tan caras podría levantar las sospechas del comprador…

—Necesito pensar y tú no me estás ayudando mucho que digamos.

Serena le apretó la mano con cariño y Colin clavó los ojos en ella.

—Tienes piernas Serena, sin embargo, me cuesta entender cómo o por qué ha sucedido.

Ella trató de moverlas, pero no pudo. Las veía frente así como algo extraño y deforme. Los dedos estaban pegados entre sí como si realmente se hubiera quemado la piel.

—Me dijiste que si perdías la cola morirías —le recordó aunque no como un reproche.

Colin seguía meditando en la forma de escapar de la mentira que podría conducirlo a la cárcel, y a Serena a un orfelinato.

—Sí, ahora están bastante feas —reconoció. Ella se comunicaba con él muy deprisa, tanto que Colin apenas podía retener la sucesión de imágenes dentro de su cabeza—. Pero bajo una vaporosa falda no se notarán.

Colin de pronto sonrió al recordar la respuesta de Serena cada vez que se enojaba: utilizaba la cola para mojarlo.

—Estás viva, Serena, es lo único que importa —le respondió con voz tierna—. Cuando creí que estabas muerta sufrí muchísimo. Me alegro que tengas piernas, porque podremos huir mucho mejor que si tuvieras una cola de pez.

Colin dejó de mirar las piernas de Serena y clavó las pupilas en las femeninas.

—He tenido que mentir por los dos, ¿verdad que lo comprendes? —ella le hizo un gesto afirmativo bastante elocuente—. Si hubiese revelado nuestra verdadera identidad, que somos huérfanos, nos separarían, y no podría volver a verte ni protegerte.

Serena bajó los ojos porque entendía el dilema en el que se había debatido Colin para mantener la mentira sobre el origen de ambos.

—Ahora tengo que elaborar un plan que nos ayude a escapar una vez hayamos desembarcado en Dublín.

Los ojos de Serena eran dos pozos insondables.

—Sé que no puedes mover las piernas, aunque se curarán —razonó aunque de forma vacilante—. Podremos esperar un tiempo hasta la llegada de Lord Marshall. Lograrás recuperarte y entonces podremos partir hacia Nueva York. Aunque me temo que tendremos que hacerlo desde el puerto de Londres —pensar en la ciudad bulliciosa de Londres le producía un escalofrío intenso en los huesos.

Mas la mente de Colin era un hervidero de especulaciones. Tomaba y descartaba opciones a toda velocidad.

—Miles O'Brien sabría dónde vender las joyas del cofre que recuperé en la isla, ¿recuerdas? —preguntó quedo—. Necesito venderlas para obtener el dinero para pagar dos pasajes, aunque no sé cómo hacerlo o a quién recurrir.

La angustia rezumaba por la voz de Colin. Primero debía recuperar el cofre. Segundo custodiarlo hasta llegar a puerto, y tercero vender las joyas sin levantar sospechas.

—Tengo que hablar con el capitán —decidió a toda prisa.

Serena lo soltó de la mano porque veía a Colin excesivamente preocupado por ambos.

—Indagaré sobre Paul Marshall y su familia. Trataré de conocer todos los detalles que nos sean útiles, y pensaré en una forma de salir de este atolladero cuanto antes.

De pronto, Colin se levantó del lecho y comenzó a caminar de forma pensativa por el camarote hasta que un ruido conocido detuvo sus pasos. Era el estómago de Serena.

—¿Qué no has comido nada? —inquirió sorprendido. Serena le hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Estabas inconsciente, por ese motivo no te han dado de comer, pero eso es algo que pienso solucionar ahora mismo.

Colin salió por la puerta como alma que lleva el diablo. Serena se

quedó sola mirando el hueco de la puerta vacía, sin embargo, antes de que pasara mucho tiempo, Hagerthy apareció con una enorme bandeja. Colin y el doctor lo seguían a pocos pasos. Que la paciente tuviese ganas de comer era un síntoma indiscutible de mejoría.

El robusto marinero depositó con cuidado la bandeja a un lado del lecho y cuando Serena contempló el contenido miró escandalizada a Colin. ¡No había pájaro ni huevos ni bayas! Alimentos que ella conocía porque los había visto comer a él.

—Es un filete de vaca, te gustará —le informó él con los ojos chispeantes al comprender la debacle de ella.

Serena no esperó que se sentara a su lado. Tomó el grueso filete y lo devoró en cuestión de segundos. Hagerthy y el doctor la miraron atónitos.

—Creo necesario ir a por otro par de filetes —dijo Hagerthy con voz risueña—. Presumo que la damisela está más hambrienta de lo que imaginábamos.

Mas Serena no tocó las patatas cocidas ni las judías hervidas. Tampoco la gruesa rebanada de pan untada con mantequilla. Esperó con paciencia los siguientes filetes y los devoró con las mismas ansias que había devorado el primero.

Colin pensó que Serena bien podría comerse una vaca entera.

CAPÍTULO 16

Colin había descubierto muchos detalles interesantes sobre la vida de Paul Marshall, no solo del doctor Doyle, también de algunos conocidos que viajaban en el barco. A la vista de los resultados pensó que la ciudad de Dublín debía de ser un lugar pequeño porque todo el mundo parecía conocerse. El doctor le había explicado, sin sospechar del repentino interés que demostraba él, que lord Thomas había desaprobado el matrimonio de su hermano menor con una mujer de ascendencia americana. El trato entre ambos hermanos desde entonces había sido cada vez más frío y distante. Doyle le informó también que Paul Marshall había renunciado a su herencia por amor, y que nunca había perdonado del todo la postura de su hermano mayor con respecto a sus sentimientos, y por ese motivo había terminado por abandonar Inglaterra e instalarse en la ciudad de Dublín de donde era oriundo el abuelo materno de Margaret. Colin había sospechado desde el principio que Marshall no era irlandés sino inglés, y las palabras del doctor lo confirmaban, aunque con esa repentina información creyó que obtenía cierta ventaja. Si ambos hermanos se habían mantenido distanciados, era muy posible que lord Thomas no conociera a los hijos naturales de Paul Marshall que perecieron en un naufragio.

También supo del interés desmedido que había demostrado Paul Marshall por el mar. Doyle creía que era un soñador que buscaba un tesoro incalculable, no obstante, Colin conocía la verdad: buscaba a las sirenas que moraban cerca de las islas Feroes.

El doctor había perdido todo contacto con Marshall muchos años y desconocía que los hijos y la mujer de Paul habían perecido en un naufragio. Marshall había puesto tanta distancia e indiferencia entre todo lo que conocía, que nadie sabía a ciencia cierta qué era de su vida. Solamente conocían que había comprado un barco y que se dedicaba a recorrer la costa de Noruega, Islandia y Escocia sin descanso. El doctor también le habló de un colega que había tratado a Marshall, Brendan Craig, cuando sufrió una depresión tras regresar de uno de sus largos viajes. Colin descubrió que el tal Brendan Craig vivía muy cerca de donde tenía su residencia el doctor Doyle, a pocas millas de la ciudad de Dublín. Pensó que todo era un cúmulo de buenas noticias. Ese hombre le atraía especialmente porque conocía por boca de Paul Marshall al Leviatán. El monstruo marino por excelencia y que lo tenía completamente hechizado. Él sentía inmensa curiosidad por conocer, indagar, si bien mantuvo silencio para no alertar al doctor Doyle sobre sus pensamientos.

—Cuando lleguemos a Dublín nos instalaremos en mi residencia

de Wicklow hasta que lord Marshall pueda venir a buscaros. Tardará un tiempo, pero confío que aceptéis la hospitalidad que os ofrezco sin reservas.

El muchacho se quedó de pronto pensativo. Eso podía darles un tiempo para que Serena se recuperara del todo, y reunir suficiente dinero para abandonar Inglaterra. Antes de que lord Marshall pudiera enfrentarlos, ambos huirían rumbo a América.

—Mi hermana y yo aceptamos su generosa hospitalidad —le dijo Colin con voz solemne—. Muchas gracias.

Todo podía salir bien. Solo tenía que asegurar los pasos antes de darlos.

***

Cuando llegaron al puerto de Dublín, la hermosa villa se abrió ante sus ojos de una forma que no tenía explicación. Colin no había visto nunca una ciudad tan grande y espectacular. Lifford en comparación era muy pequeña y fría, pero Dublín le quitó la respiración por un momento. Sabía por Miles O'Brien, porque lo decía a menudo, que era una de las ciudades más antiguas de Europa, aunque a sus ojos apareció como una ciudad joven, bulliciosa, aunque tenía ese encanto de ciudad pequeña que acoge al visitante.

—Bastante impresionante, ¿verdad? —dijo el doctor Doyle cuando lo oyó exclamar—, pero que no te engañe su aspecto porque es una ciudad hospitalaria, tranquila y muy agradable.

Colin no lo dudaba en absoluto. Estaba maravillado. Allí, plantado en el pasillo estribor de la nave, el bullicio del puerto no se parecía en nada a lo que había visto antes.

—Me gusta perderme entre sus calles y redescubrir el encanto y la magia de sus rincones y sus gentes —Colin absorbía la información como si su cerebro fuese una esponja seca.

Sus ojos no se despegaban de las personas que iban y venían de un lugar hacia otro. De pronto, una trifulca en un lugar apartado del puerto le llamó poderosamente la atención.

—No importa lo que veas ni lo que oigas —siguió el doctor—, los dublineses son amables, simpáticos y famosos por su crac —apostilló con humor.

Colin sonrió de pronto. El doctor debía referirse indudablemente al inagotable optimismo de los irlandeses en general.

—Conocerás que para los habitantes de Dublín el vaso siempre está medio lleno… de Guinness a ser posible —remató el doctor con humor.

Colin rió la broma del doctor, aunque de improviso su rostro se tornó sumamente serio. Un grupo de cuatro marineros traían la camilla donde estaba recostada Serena. Parecía dormida, sin embargo

tenía en el rostro un rastro de temor y comprendió por qué: todo era nuevo y peligroso para ella.

—Gracias por ofrecernos su hogar —reiteró Colin—, el hospital sería un paso atrás para Serena —concluyó con voz cansada.

Doyle miró al muchacho con el entrecejo fruncido. A pesar de su corta edad había mostrado una madurez inusual. Un sentido de la responsabilidad descomunal y que le producía mucha admiración. Se había enfrentado a la pérdida de sus padres con sumo valor, y protegía a su hermana de una forma que le inspiraba una profunda ternura.

—Serena mejora de forma notable —informó—, sería absurdo recluirla en un centro donde se encontraría sola. Los cuidados que requiere ahora son menos intensos, y en Browns House, mi hogar, tengo una asistenta que fue enfermera en su juventud. La señora Phoenix estará encantada de ocuparse de lady Marshall mientras mejora. Además, deseo seguir su recuperación paso a paso, algo que sería imposible si estuviera internada en el hospital sir Patrick Dun.

Colin estaba completamente de acuerdo con el doctor Doyle, si bien ignoraba que la mejora de Serena era motivo de especulación para el doctor. Nunca en su vida de profesión había observado una recuperación tan asombrosa y rápida. Serena era una paciente digna para estudiar, y en su casa de Wicklow podría hacerlo sin la interrupción y curiosidad de otros colegas.

—Tiene mi palabra de que le pagaremos todos los gastos que generen nuestra estancia en Browns House —le dijo el chico con un tono de voz que reflejaba fidelidad.

Doyle alborotó el pelo rubio del muchacho a pesar de que casi alcanzaba su misma estatura.

—Me siento responsable de vosotros —admitió el doctor.

Esas palabras le produjeron un vuelco en el corazón a Colin porque no estaba acostumbrado a causar ese efecto en las personas que conocía. Miró detenidamente el rostro del hombre maduro al mismo tiempo que le ofrecía una suave sonrisa.

—¿No tiene familia señor Doyle? —le preguntó con sumo interés.

Doyle contempló a los marineros que bajaban por la planchada de hierro la camilla sobre la que iba recostada Serena. El carruaje, propiedad suya, esperaba un poco apartado de la zona de desembarco para no molestar al resto de pasajeros que se afanaban buscando un carruaje de alquiler.

—Mi mujer murió en un accidente —confesó con voz dura—. Estaba embarazada de tres meses, salvo que no lo sabía.

Colin enmudeció. Los ojos del doctor se habían ensombrecido de repente ante los recuerdos. Y él lamentó haberlos provocado. Ahora entendía las arrugas de sufrimiento que había observado en el rostro

de él.

—Lamento mi imprudencia —le ofreció, pero Doyle ya no respondió.

Le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. El grueso de los pasajeros había desembarcado ya, y Serena esperaba dentro del carruaje. A Colin le extrañó el escaso equipaje del doctor.

—Estoy deseando tomar una taza de té preparado por la señora Phoenix. Hace unas pastas de mantequilla deliciosas.

Colin siguió los pasos del doctor, pero antes de llegar al comienzo de la planchada, varios de los marineros hicieron fila para despedirse, entre ellos el señor Hagerthy y el capitán. Ambos hombres se estrecharon la mano con fuerza y se unieron después en un emotivo abrazo. Estaba asombrado porque nunca había contemplado tal muestra de afecto entre dos hombres.

¿Por qué todo le parecía tan inusual? Porque se había criado entre hombres duros y con el carácter agriado por el arduo trabajo.

—Confío que te unas pronto a nosotros, Doyle —la voz del capitán era grave, con un matiz áspero que no era premeditado.

El doctor le palmeó la espalda varias veces.

—Antes de lo que imaginas —respondió con sencillez.

—Cuida a nuestros pequeños polizones —apuntó con un humor inesperado y que a Colin le resultó sorpresivo.

Apenas había tenido tratos con el capitán del Ollainnis salvo la vez que le había pedido los objetos que custodiaba en su camarote, pero Doyle no lo había dejado solo en ninguna ocasión, y por ese motivo se sentía sumamente agradecido. El doctor era un hombre admirable, como el padre que le hubiera gustado tener.

—Lo echaré de menos, doctor —las palabras graves de Hagerthy lograron que Colin lo mirara fijamente.

El rudo marinero estrechaba con fuerza la mano del doctor, y Colin se percató de lo querido y admirado que era el médico entre la tripulación.

—Nos veremos pronto Hagerthy. Cuida esa espalda y no olvides tomar el tónico que te recomendé.

Hagerthy afirmó con un gesto brusco. Finalmente el doctor y él abandonaron la nave y se dirigieron hacia el carruaje que esperaba de forma paciente. Cuando ambos se adentraron en su interior, Serena estaba recostada sobre un cojín aterciopelado. Tenía una manta fina cubriendo la parte inferior de su cuerpo. Colin se la colocó con cuidado sobre el regazo para que no se deslizara hacia el suelo. A un golpe del bastón de Doyle el carruaje se puso en marcha, y durante un tiempo ninguno de los dos habló, se limitaron a observar el paisaje por la ventanilla.

Entre las exuberantes colinas se encontraba Wicklow. Estaba

situado al sur de Dublín. Lo que más llamó la atención de Colin fue las innumerables cañadas, así como las hermosas cascadas y lagos transparentes que se sucedían a lo largo del recorrido.

—El jardín de Irlanda —apuntó el doctor al ver la sorpresa en los ojos del muchacho.

El pueblo estaba arropado por infinitos matices. Su espectacular paisaje proporcionaba un fondo perfecto para perderse entre sus prados y bosques. El carruaje dejó el pueblo y tomó una ruta hacia el sur bordeando el mar. Sobre una colina alfombrada de verde, destacaba una enorme casa de piedra marrón, estaba bastante alejada del pueblo. Tenía unas espectaculares vistas sobre la playa que dormía a sus pies. Era de aspecto sólido y muy confortable. Cuando el carruaje se detuvo en la puerta, varios sirvientes salieron a recibirlos, dos de ellos, Colin imaginó que serían el mayordomo y el mozo de cuadra, sacaron a Serena con sumo cuidado y la llevaron al interior de la casa sin despertarla. Él ignoraba que el doctor le había dado una dosis mayor de opio para que no se resintiera por el viaje.

Los ojos de Colin lo observaban todo con asombro. La casa era muy grande y se alzaba orgullosa en sus dos plantas. Cuando ambos pusieron un pie en el interior, Colin se percató del enorme salón con un gran ventanal que estaba orientado hacia la playa y los acantilados. La vista era majestuosa. En la planta baja, además de albergar la cocina pequeña con despensa, había también dos alcobas con estudio. Una biblioteca con una enorme chimenea como la del salón principal. Una sala de lectura, y un lavadero.

Un discreto porche a modo de mirador, cubría la entrada trasera donde se apilaba ordenadamente leña cortada, además había un pequeño jardín con huerto plantado de vegetales. La segunda planta tenía una parte abuhardillada, el resto de dormitorios y los baños, además de una alcoba tipo estudio. Colin pensó que nunca había visto una casa tan grande, pero estaba encantado.

Todo a su alrededor mostraba serenidad.

La decoración era sencilla, cálida y acogedora. Los muebles que la adornaban eran de madera maciza y olían a cera. Colin clavó los ojos en un viejo y enorme piano. Él nunca había escuchado la música del piano porque toda su vida la había pasado en el mar, y se sintió atraído por sus teclas de ébano y marfil que brillaban bajo la araña del techo. Miró el amplio y cómodo sofá que invitaba a la relajación, estaba bien acompañado de un gran sillón de piel marrón, y la gran chimenea de piedra que por su aspecto parecía más antigua que la propia casa. Todas las ventanas estaban vestidas de visillos blancos bordados con hilos de plata.

—Bienvenido a Browns House —dijo el doctor con mirada brillante. Había sido consciente de todas y cada una de las emociones

que se habían reflejado el rostro del muchacho.

Colin pensó que por primera vez en su vida se sentía bien recibido en un lugar, y azorado en gran medida bajó los ojos y aceptó la variación de circunstancias.

PARTE NOVENA

Un nuevo comienzo

CAPÍTULO 17

La alcoba de Colin era la más fastuosa que había visto nunca. Habituado como estaba a espacios pequeños y con olor a salobre, dormir en el mullido colchón de plumas y arropado por mantas que olían a lavanda, era como despertar en el paraíso. En la noche pasada apenas había cenado, y por ese motivo se despertó hambriento. Se frotó los ojos con los puños cerrados para despertar del sueño que creía estar viviendo.

«Eres un impostor Colin O'Donoghue», se dijo con cierta dureza. «No te mereces la hospitalidad del doctor», continuó de forma dura. Sin embargo, era consciente que mantener la mentira era necesario por Serena y por él hasta que huyeran.

Se vistió deprisa con ropa que le había prestado uno de los mozos de cuadra. Aunque ambos tenían casi la misma estatura, Colin tenía las espaldas más anchas. El arduo trabajo en alta mar convertía a los niños en hombres. Se ajustó el cinturón del pantalón y se abrochó los botones de la camisa. Se colocó el chaleco verde y se puso la chaqueta de lana marrón. Así vestido parecía un caballero, ¡se sentía un caballero! Salió de la alcoba lleno de optimismo. Bajó las escaleras deprisa y entró al comedor con rapidez. Doyle ya estaba sentado a la cabecera de la mesa leyendo el periódico. Bajó las hojas para fijar su vista en él, y le sonrió de medio lado a modo de saludo.

—¡Buenos días, señor Doyle!

Colin cayó en la cuenta que no conocía el nombre de pila del doctor.

—Buenos días, Colin —respondió amable—. Confío que hayas dormido bien.

Dormir bien era un eufemismo pensó él. Había descansado como nunca antes. Tenía los músculos relajados y la mente despierta.

—La estancia que me ha destinado es maravillosa —respondió con sinceridad—. Toda la casa es preciosa.

Doyle amplió la sonrisa al mismo tiempo que el mayordomo traía una bandeja tapada. Al descubrirla el aroma a tocino frito y a huevos revueltos le provocó una exclamación de placer. Se llenó el plato sin pensar, como el muchacho joven y hambriento que era.

—Serena ha descansado muy bien —informó el doctor.

Colin paró el tenedor a medio camino de la boca. Por un momento se había olvidado de ella. «No me he olvidado de ella, es que estoy demasiado hambriento», se dijo en un arranque lógico.

—Nunca he visto a una muchacha devorar un desayuno como ella —el doctor recordaba perfectamente la vez que la vio comer en el

barco.

Colin masticó el tocino de forma muy lenta, a pesar del ansia que tenía de darse un atracón.

—No le gustan los huevos ni la verdura —le comunicó al doctor abiertamente—. En cambio adora la carne de ave.

Doyle dejó el periódico a un lado y aceptó el café que el mayordomo le traía. Untó un cruasán con mantequilla y se lo llevó a la boca. Masticó lentamente, como el hombre educado que era.

—¿Siempre ha mostrado preferencia por la carne? —preguntó interesado.

Colin creyó que no hacía mal confesando parte de la verdad.

—Sí —admitió sin dejar de masticar los huevos.

No le había mentido. El tiempo que la conocía siempre la había visto comer carne.

—La señora Phoenix pronto le subirá el desayuno —le informó.

—Me gustaría subírselo yo —respondió rápido—. Así comprobaré por mí mismo cómo ha pasado la noche, y no es que desconfíe señor Doyle, pero llevo mucho tiempo ocupándome de ella.

Tenía que lograr que Serena comiera algo más que carne, o Doyle comenzaría a sospechar que algo raro ocurría.

El doctor le hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Colin devoró el desayuno, y se levantó rápido cuando escuchó a la señora Phoenix subir el primer escalón hacia la planta superior. Ella no protestó cuando él le comunicó que deseaba llevar la bandeja a su hermana.

Serena estaba sentada en la cama. Vestida con un camisón blanco parecía un ángel. El cabello lo tenía algo enmarañado y en los ojos advirtió una cierta tristeza que le causó preocupación. Dejó la bandeja en la mesilla de noche y le puso un cojín tras la espalda.

—¿Has dormido bien? —ella hizo un gesto negativo—. ¿Te duelen las piernas? —preguntó a continuación.

Al escuchar el fuerte suspiro femenino, Colin se sentó al borde del lecho para mirarla con atención. Tenía grandes ojeras bajo los bonitos ojos verdes… parpadeó confundido. Serena tenía los ojos negros. Siempre los había tenido negros y no verdes como ahora. Pero no, al observarlos detenidamente le pareció que estaba mirando dos espejos que reflejaban el mar. Imaginó que la luz que entraba a raudales por los cristales era la culpable de provocarle esa impresión.

—Tengo que decirte algo importante —ella lo escuchaba de forma atenta—. No puedes comer solo carne porque despertarás las sospechas del doctor y de la señora Phoenix.

Un silencio prolongado siguió a las palabras de Colin. Éste la miró perplejo durante un momento. Instantes después miró hacia la puerta para comprobar que estaba cerrada y que realmente estaban solos en la alcoba.

—Los humanos comen verdura, pescado y fruta además de carne —le informó.

La expresión de Serena resultó muy elocuente.

—Está bien, deja de protestar —arguyó paciente—. Me comeré lo que no quieras para que parezca que sí te lo has comido.

Colin tomó de la bandeja la rebanada de pan untada con mantequilla y mermelada. La devoró en cuestión de segundos. Se tomó el zumo de frutas y le dejó los riñones en salsa, la pechuga asada y el tocino frito.

—El doctor ya sabe que prefieres la carne, pero debes tratar de comer algo más o comenzará a sospechar que antes de piernas tenías cola de pez.

La mirada reprobadora de Serena le arrancó una sonrisa, y él supo lo que pasaba por la cabeza de ella.

—Ahora no estás en el mar ni tienes la cola para mojarme —continuó jocoso pero sin dejar de mirarla—, y no sabes cuánto me alegro.

Serena se lamió los dedos porque los tenía empapados en el jugo de la carne.

—Tienes que comenzar a usar los cubiertos —le aconsejó muy paciente—. Te enseñaré.

Sin embargo, antes de hacerlo, unos suaves toques en la puerta desvió su atención. Colin soltó el tenedor y el cuchillo en la bandeja y giró la cabeza. Doyle ya cruzaba el umbral hacia el interior de la alcoba. El muchacho se levantó con rapidez para dejarle sitio al doctor al ser consciente de que iba a examinarla.

Doyle levantó la colcha que tapaba la parte inferior del cuerpo de Serena, y con ojo crítico examinó ambas piernas.

—¡Asombroso! —Colin inclinó el cuerpo para mirarlas con la misma atención que le dispensaba el médico—. Parece un milagro.

Y era cierto. El aspecto de la carne ya no era acartonado ni seco, aunque mostraba grandes hematomas de un rojo bastante intenso.

—Asombroso —repitió Colin con voz emocionada—. Casi están curadas.

El rostro de Doyle era una máscara impasible. Examinaba las piernas con sumo interés mientras especulaba por la rapidez que habían sanado. Tomó el pulso de la muñeca de Serena, y clavó sus ojos oscuros en la piel pálida del rostro de ella.

—Tiene mal aspecto —dijo de pronto.

El corazón de Colin saltó en el interior de su pecho porque él había advertido lo mismo momentos antes. La piel de Serena se veía pálida, y su espectacular melena negra, había perdido parte del brillo. Él no entendía el motivo, y siguió observándola con ojo crítico meditando en cada palabra que decía el doctor.

—Le prepararé un tónico vigorizante, y además le daremos aceite de hígado de bacalao.

El rostro de Serena mostró el horror que las palabras del doctor le provocaban. ¡Hígado de bacalao!

—Vomita cada vez que toma aceite de bacalao —apuntó Colin veloz.

Doyle lo miró algo escéptico.

—¿Lo tomaba a menudo? —preguntó con evidente curiosidad.

Colin tragó aire de forma abrupta. La mentira le había salido espontánea, pero ya no podía retirarla.

—Serena siempre ha sido una niña algo enfermiza —y con esas palabras confiaba que el médico diera por satisfecha su curiosidad.

El aceite de hígado de bacalao despertaba en él unos recuerdos horribles. Miles O'Brien le había obligado a tomarlo cuando lo recogió de la calle cuando apenas era un niño y tenía más piel que carne en los huesos. Ante su tozudez para tomarlo de forma voluntaria porque le parecía asqueroso, le explicó con infinita paciencia que era un remedio efectivo usado cientos de años atrás en los pueblos pesqueros del norte para combatir las enfermedades y dar vigorosidad a los niños enclenques. Miles le había relatado que los pescadores desechaban las entrañas de los peces, con ellas alimentaban a otros animales, y con el tiempo notaron que algunos animales combatían mejor las enfermedades y mejoraba su aspecto físico, por ese motivo se lo daban a los niños enfermos. Sin embargo, él aborrecía el sabor y olor del aceite de hígado de bacalao.

—Prepararé un tónico vigorizante.

Colin le mostró al doctor una sonrisa a cambio. Gracias a la explicación que le había dado Serena no tendría que tomar el dichoso aceite que tanto detestaba él.

—¿Qué te parece si te levantamos —le preguntó el médico a Serena.

Iba a protestar con energía, si bien la mirada de júbilo de Serena lo detuvo. ¡Ella quería levantarse! ¡Ansiaba andar! ¿Cómo no se le había ocurrido? Tenía unas piernas nuevas y deseaba probarlas. En ocasiones se sentía un poco estúpido.

Colin se hizo a un lado con la mirada expectante.

Doyle le movió las piernas con mucho cuidado y las dejó colgando en el lateral del lecho. Le puso una mano en la espalda e hizo presión para que ella se moviera.

—No hay motivo para pensar que no puedas sostenerte por ti misma. Las quemaduras están cicatrizando muy bien.

El muchacho presentía que iba a suceder algo importante, aunque ignoraba qué.

—¿Puedes decirle al señor Ewan que lo necesitamos? —le dijo el

doctor a Colin.

Ewan era el mayordomo de Brown House, pero Colin no quería salir de la alcoba, no quería dejarlos solos y perderse el primer paso de ella.

Anhelaba incluso más que ella observar si las piernas la sostenían.

—¡Vamos, Colin! No tenemos todo el día.

Reticente abandonó la estancia y bajó las escaleras a toda velocidad. Encontró al mayordomo colocando la plata del desayuno en su lugar correspondiente. Cuando ambos subieron de nuevo al dormitorio se encontraron con Serena tirada en el suelo, recibía ayuda y consuelo del doctor que la calmaba con palabras suaves mientras ella lloraba e hipaba al mismo tiempo.

—¿¡Qué ha ocurrido!? —gritó Colin sin medir el tono de voz.

—Las piernas están más dañadas de lo que imaginaba —respondió el doctor de forma cauta.

Ewan ayudó al doctor a llevar a Serena de nuevo al lecho.

Colin tenía los ojos abiertos de par en par. Doyle desconocía que Serena nunca había usado las piernas, y por ese motivo no podía andar con ellas, aunque no podía decírselo, no sin descubrirse.

Serena se recostó en el colchón y enterró la cara en la almohada como apartándose de todo. Colin nunca la había visto tan falta de vitalidad y de energía.

Doyle le daba instrucciones al mayordomo, pero él no escuchaba las palabras, a sus oídos eran como frases extrañas que no tenían sentido.

—Dejémosla descansar —dijo el doctor mientras corría las cortinas del lecho.

Ewan tomó la bandeja del desayuno vacía y salió por la puerta en silencio. Colin no podía apartar los ojos del lecho donde reposaba Serena sin mirarlo. Era como si estuviera enojada con él, y se preguntó el motivo.

—Tu hermana debe reposar para recuperarse del todo —las palabras del doctor le llegaron entre brumas.

Necesitaba saber qué le ocurría, pero Serena había cortado toda comunicación con él. Se mantenía en un silencio que le resultó agobiante. Él se acercó al lecho, le subió la fina colcha hasta los hombros y se puso en cuclillas frente a ella.

—Vendré más tarde para ver cómo te encuentras —le dijo en un susurro—. Duerme, recobra fuerzas. Después hablaremos.

Colin salió de la alcoba en silencio seguido por el doctor. La imagen de Serena lo había dejado muy preocupado. No parecía la misma.

CAPÍTULO 18

En los días siguientes el aspecto de Serena no mejoró en absoluto, todo lo contrario. Tenía la piel cada vez más pálida. Parecía ajada. Apenas tenía fuerzas para comer ni para hacer nada que no fuera dormir y abandonarse.

El doctor le suministraba agua con una cuchara ante la pasibilidad de ella de tomarla por sí misma. Doyle había consultado con otros médicos de la comarca el insólito caso. Lo único bueno de todo era que las piernas de ella estaba prácticamente curadas. Habían sanado de una forma que no tenía explicación lógica ni médica. El señor Doyle leía mucho y repasaba gruesos tomos de medicina que tenía en su biblioteca intentado encontrar una respuesta al respecto, aunque sin hallarla.

Colin había hecho indagaciones en el pueblo de Wicklow sobre la existencia de cambistas. Necesitaba vender o empeñar algunas de las joyas para poder comprar dos pasajes con rumbo a Londres, y después a Nueva York, si bien no lo pudo conseguir.

Una tarde se aventuró a viajar hasta la ciudad de Dublín porque la distancia no era excesiva para recorrerla caminando. Colin creyó que si se daba prisa podría estar de regreso en Wicklow a última hora de la tarde, no obstante se equivocó por completo. El tiempo empeoró y él tardó mucho más de lo que imaginaba en regresar. El doctor Doyle había organizado una partida para buscarlo con gentes del pueblo que habían accedido a dejar sus obligaciones para salir en su busca. Él se sintió molesto consigo mismo cuando lo localizaron empapado y agotado a dos millas de distancia del pueblo. La mirada del doctor resultó dura, pero no le pidió ninguna explicación al respecto, él tampoco se la ofreció.

Ahora, sentado de nuevo en el lecho de Serena, la miraba con interés y preocupación. Ella no mejoraba, todo lo contrario, empeoraba a cada instante. Colin tomó la mano femenina y la retuvo entre las suyas. El tacto era áspero y seco, como si en vez de sostener la mano de una chica sostuviera la de una anciana.

—¿Qué te pasa? —preguntó angustiado—. ¿Cómo puedo ayudarte.

Pero ella seguía en silencio a la vez que respiraba con dificultad. Tenía la frente fruncida de forma constante y el pelo enmarañado. La señora Phoenix la bañaba a diario y le desenredaba los cabellos, pero éstos parecían yesca reseca por el sol.

—¡Háblame, Serena! ¡Dime qué puedo hacer para que mejores!

El calor en la estancia resultaba excesivo. Colin se sentía

incómodo porque apenas podía respirar con normalidad sin sentir que se ahogaba.

—Abriré la ventana para que entre un poco de aire fresco.

Corrió las cortinas con brusquedad y se quedó durante un momento observando el horizonte. El cielo, de un gris plomizo, anunciaba tormenta, y a lo lejos se podía escuchar el comienzo de un trueno que aumentaba en intensidad a medida que se acercaban las nubes hacia la casa. Accionó el picaporte, abrió las hojas y al hacerlo, una ligera brisa suave, de esas que de día soplan desde el interior del mar hacia la costa, inundó la estancia y los acarició por completo. Colin escuchó el gemido de ella y se giró de golpe. Serena tenía la boca abierta, como si tratara de tragar todo el aire que había entrado a la alcoba.

—Mucho mejor, ¿verdad?

Caminó despacio hacia el lecho y la miró con atención.

—No soportas estar encerrada, lo sé —le dijo con voz modulada para que ella no advirtiera lo preocupado que estaba—. Cógete a mi cuello, te llevaré hasta la ventana.

Colin deslizó la colcha hacia atrás. La sujetó entre sus brazos y la llevó hasta el enorme ventanal. La brisa seguía entrando a raudales y les alborotaba el cabello. Se quedó de pie frente al mar que comenzaba a golpear las rocas de la costa.

—Es una vista espectacular. Me quita el aliento.

La sostenía apenas sin esfuerzo y se dio cuenta de lo poco que pesaba. Había perdido mucho peso, y ese detalle lo llenó de profundo pesar.

—Mira el mar qué furioso está —le dijo en un susurro quedo tratando de animarla.

Parecía que a cada instante que pasaba, el mar se embravecía todavía más. Lamía las rocas como si lanzara una protesta. Las olas rompían entre sí formando un cuadro de espuma blanca hasta convertirse después en nada.

—Si no fuera porque suena absurdo, diría que está celoso. Está celoso porque estás conmigo y no con él.

Colin se percató que ella tenía los ojos cerrados y los labios abiertos, como si bebiera del viento y se deleitara en ello, y de nuevo clavó los ojos en el agua.

—Si fuese un trovador diría que el mar está bailando para ti —afirmó con sincero cariño—. Para que mejores.

Sus ojos azules se clavaron en la lejanía, allí donde las nubes se mezclaban con el horizonte dibujando un mapa de tonos grises.

—Dime, ¿cómo puedo ayudarte? —reiteró sin dejar de mirar el mar con respeto—. ¿Qué te ocurre, Serena?

Pero la muchacha seguía en silencio con los ojos cerrados.

La puerta de la alcoba se abrió de golpe, sin embargo Colin no se giró. Seguía con ella en brazos mirando el constante movimiento del mar.

—Apártala de la ventana —ordenó el doctor con voz seria—. Está demasiado débil y puede pillar una pulmonía —advirtió con sequedad, pero sin que su tono sonara perentorio.

Siguió de pie con ella en brazos, y sin apartar la vista.

—La estancia estaba demasiado caliente —le dijo—, apenas podía respirar, aunque ya está mucho mejor.

Doyle trató de quitársela de los brazos pero Colin no se lo permitió. Se giró con ella y regresó a la cama. La depositó con mucha suavidad en el lecho y la arropó con ternura.

—Cada día que pasa está más enferma —aseveró compungido—, e ignoro por qué.

El doctor le tomó el pulso y observó que el rostro de la muchacha estaba levemente sonrojado. La tocó pero no percibió fiebre.

—Apenas prueba bocado —le dijo a Colin—. Si sigue así tendré que sedarla y administrarle suero para alimentarla. —El silencio entre los dos resultó demasiado elocuente y tenso—. He pensado ingresarla. En el hospital sir Patrick Dun estará bien atendida hasta que descubra qué le sucede.

—¿Cuándo piensa hacerlo? —preguntó él con un hilo de voz.

Ingresar a Serena en el hospital desbarataba todos sus planes de huida, aunque lo más importante en esos momentos era que sanara por completo.

—Mañana a primera hora vendrá un carruaje ambulancia. Ya lo tengo todo previsto.

El doctor Doyle cerró las hojas de las ventanas, las aseguró y corrió la pesada cortina. De pronto en el interior de la alcoba Colin sintió que de nuevo le faltaba el oxígeno. Era como si lo hubieran encerrado en un ataúd sellado.

—La señora Phoenix le ha preparado una sopa de pollo y verdura que le sentará muy bien. Tenemos que obligarla a comer.

Colin lo dudó seriamente. Serena solo comía carne, y por eso dudaba que la sopa le gustara, aunque calló. Había tantas cosas que no podía decir que se moría de la necesidad de hacerlo.

—Yo se la daré —se ofreció, y como si la señora Phoenix los hubiera escuchado, apareció repentinamente trayendo una bandeja que dejó sobre el tocador.

—Está bien —admitió Doyle—, ayúdala con la cena, y cuando regrese de Dublín cuéntame qué tal ha ido todo.

—¿Se marcha? —preguntó interesado.

El doctor le hizo un gesto afirmativo.

—He de consultar algo de suma importancia con un colega de

profesión, pero estaré de regreso para la cena.

El doctor y la señora Phoenix abandonaron la estancia con sigilo. Colin inspiró profundamente y tomó la bandeja entre las manos. La dejó en la mesilla y tomó el cuenco con la cuchara. También la servilleta de hilo que dejó muy cerca del pecho de ella.

—Tienes que comer —la animó de pronto.

Colin metió la cuchara dentro del cuenco y tomó un poco de caldo, sopló para enfriarlo y lo llevó hasta los labios de ella.

—Si no comes morirás —comenzó con voz muy suave—, y casi te pierdo una vez, no pienso pasar por la misma angustia dos veces.

Pero Serena no respondía a los intentos que hacía él. Seguía con los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Colín probó el caldo para saber si le faltaba sabor, si quemaba, pero estaba tibio y sabía bien.

—Vamos, inténtalo. Toma un poco de sopa para que repongas fuerzas.

Todo su esfuerzo resultó inútil.

Colin observó que ella tenía los labios agrietados, como cuando estuvieron a la deriva antes de ser rescatados. Miró la ventana y un instante después la miró a ella. Giró de nuevo su cabeza hacia la ventana cerrada, y de nuevo hacia el rostro femenino. La frente de ella estaba marcada por las arrugas, parecía que soportaba un dolor inhumano, además respiraba con fruición, como si le faltara el aire. Colin pensó que la piel de ella parecía deshidratada, estaba demasiado reseca. Dejó la bandeja en la mesita y avanzó hacia la ventana. Corrió de nuevo la cortina y abrió las hojas de cristal de par en par, la brisa fría penetro en el interior de la alcoba causándole un escalofrío. Miró a Serena y la observó que bebía literalmente el aire que el mar le traía. Parpadeó atónito sin dejar de mirarla. Con cada entrada de aire húmedo, ella respiraba más profundamente. Miró la jarra de agua que ella no había probado en días salvo las pequeñas cantidades que el doctor la había obligado a tragar, y de pronto tuvo una fuerte corazonada.

«¿Cómo no se me ha ocurrido antes?», se preguntó pasmado. «¡Creo que lo entiendo!».

Tomó la jarra de cristal entre las manos y salió de la alcoba como alma que lleva el diablo. Bajó las escaleras a una velocidad alarmante, cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de que daba acceso a la calle. Cuando salió al exterior, una ráfaga de aire frío y húmedo le golpeó el rostro, pero apenas se dio cuenta, tampoco de la lluvia que comenzaba a caer y a empaparlo. Colin se dirigió colina abajo, dejó el camino que llevaba a la casa, y bajó hasta la playa de arena. Corrió en dirección hacia las rocas donde el mar golpeaba con fuerza. Durante el recorrido vació la jarra de agua y al llegar a las rocas se arrodilló para llenarla. Una ola lo mojó de pies a cabeza, pero lo había logrado, la jarra

estaba llena. Se alzó de forma ágil y regresó a la casa con cuidado de no derramar el agua salada.

La señora Phoenix y el mayordomo lo esperaban en la puerta con un paraguas abierto. Ambos lo miraban sorprendidos, aunque él estaba demasiado ocupado en pensamientos encontrados para percatarse de ello, o para que le importase. Subió las escaleras con cuidado y llegó a la alcoba con el corazón palpitándole en las sienes. El agua de lluvia le escurría por el rostro e iba dejando un rastro por donde avanzaba. Su meta, su objetivo: Serena.

Llegó al aparador y dejó la jarra, tomó el vaso de cristal que reposaba en la misma bandeja y lo llenó hasta la mitad. Caminó hacia el lecho sin apenas parpadear por la expectativa. Se sentó en el borde del colchón que se hundió bajo su peso, agarró la cabeza de ella para alzársela un poco para que bebiera con comodidad, vertió un poco de agua de mar en los labios entreabiertos aunque no ocurrió nada. Serena seguía con los ojos cerrados ajena a todo, pero Colin no se iba a dar por vencido tan fácilmente. Volvió a acercar el cristal y a presionarlo de forma suave para incitarla a beber. Tras unos instantes, Serena abrió la boca y tragó un poco de líquido. Un segundo después se lo tomó todo con una ansiedad que lo desconcertó.

Colin soltó un suspiro largo y profundo de alivio.

Volvió a llenar el vaso y a acercárselo, Serena se lo bebió sedienta, instantes después abrió los ojos.

—¡Me has dado un susto de muerte! —exclamó con la emoción saliendo por cada poro de su cuerpo—. No me di cuenta que apenas bebías agua dulce —le explicó—. ¿Cómo ibas a hacerlo? —preguntó de forma retórica mientras se dirigía hacia el aparador para depositar el vaso junto a la jarra de agua.

Colin fue consciente que se había dejado la ventana abierta. El aire rancio del interior de la alcoba se había disipado, y mientras observaba la ventana una sirvienta trajo un cubo y un trapo con el que empezó a secar el rastro de agua que él había dejado por la casa, incluso había mojado el lecho donde estaba Serena acostada.

Él volvió su robusto cuerpo hacia ella.

—Estás débil, pero te repondrás —afirmó con una convicción inamovible.

La doncella había terminado de secar los restos de agua, y sin decir nada los dejó de nuevo a solas.

Colin puso las manos en jarras y la miró de forma penetrante. La preciosa muchacha que contemplaba era una sirena que había vivido toda su vida en el mar, se había alimentado de él, ¿cómo había obviado algo tan importante? Los seres del mar morían en agua dulce.

—Lo siento, tenía que haberlo imaginado —se excusó sincero.

Ella le mostró una sonrisa tímida aunque cándida.

—Nunca más volverás a pasar sed, lo juro.

Colin pensó que cuando huyeran tendrían que establecerse cerca del mar. Serena lo necesitaba para subsistir.

Ella trató de reincorporarse para pedirle más líquido de vida, pero le fallaron las fuerzas. Se encontraba demasiado agotada.

—¿Te gustaría un enorme chuletón de vaca para cenar? —la muchacha hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Entonces serán dos chuletones.

CAPÍTULO 19

Serena mejoraba a pasos agigantados.

El doctor Doyle no encontraba una explicación razonable para tan sorprendente recuperación. Cada vez estaba más inmerso en sus libros de medicina intentado encontrar una revelación que le aclarase las ideas, aunque sin encontrarla. Colin estaba empeñado en hacerla caminar, y cada mañana dedicaba varias horas a tratar de fortalecer las piernas de ella con ejercicios que él mismo le había explicado cómo debía efectuarlos, el muchacho también utilizaba juegos para hacerla participar de forma voluntaria y complaciente. Serena ya daba algunos pasos bastantes inseguros, sin embargo, su tesón y fortaleza no disminuía ni un ápice, tampoco el entusiasmo de Colin que la miraba cada día más fascinado.

Doyle terminó de leer la misiva que sostenía entre sus manos. Lord Thomas Marshall llegaría en breve para conocer a sus sobrinos y llevarlos con él a Inglaterra. Esta circunstancia lo apenaba bastante porque ambos hermanos se habían ganado un lugar en su corazón. Nunca había visto unos jóvenes tan agradecidos y sencillos. Eran hijos de un gran señor, sobrinos de un par del reino de Inglaterra, sin embargo, se comportaban entre sí y el resto del servicio como si fuesen los más humildes chiquillos. Alejados de toda vanidad y orgullo. Eran los hijos que todo hombre desearía tener… incluso él mismo.

Doyle soltó un suspiro acerbo y dobló la carta para meterla de nuevo en el sobre. Unos toques suaves en la puerta llamaron su atención. Era el mayordomo anunciando una visita inesperada.

—El señor O'Sullivan ruega que lo reciba —el mayordomo le pasó una tarjeta de visita.

Doyle entrecerró los ojos al escuchar el nombre. Robin O'Sullivan era un joyero muy conocido. Tenía una pequeña tienda de objetos antiguos, así como una de las mejores joyerías de Dublín muy cerca de Liam Mellows Bridge, el puente que cruzaba el río Liffey. Se preguntó que hacía en Brown House a esa hora inusual de la mañana.

—Bien, lo recibiré —respondió conciso.

El mayordomo hizo un gesto solemne y cerró la puerta de la biblioteca tras de sí. Momentos después la hoja de madera volvió a abrirse para dar paso al señor O 'Sullivan. Ambos hombres se estrecharon la mano con respeto, Doyle lo invitó a tomar asiento tras el escritorio de caoba frente a él.

—Disculpe, señor Doyle, mi visita inesperada.

El doctor hizo un gesto a modo de aceptación.

—Reconozco que su visita me resulta un tanto extraña —admitió sin apartar los ojos del rostro enjuto de O 'Sullivan—. Si bien le doy la bienvenida a mi hogar.

Los ojos oscuros de O'Sullivan mostraron azoro.

—Mi visita tiene un motivo determinado —le dijo—, mostrarle una joya que el joven Marshall vendió en mi taller por valor de quinientas libras.

La exclamación salió por la boca del doctor sin poder detenerla. ¡Quinientas libras! Eso era una suma de dinero desorbitada.

O'Sullivan sacó un pequeño estuche y le mostró el contenido: un anillo de rubíes. Las piedras brillaban como si hubieran sido talladas con ascuas al rojo vivo. Doyle por un momento pareció confuso. A simple vista la joya era una reliquia muy costosa. ¿Por qué motivo había decidido Colin venderla? Mejor, ¿para qué necesitaba el dinero? Su tío pronto vendría a buscarlo.

—Según las anotaciones que he podido obtener de un libro sobre joyas antiguas perdidas. El anillo es muy valioso. Por el engarzado de las piedras y las rosas talladas, indudablemente es de origen español. Según el manual, de la casa ducal de Ulloa.

Doyle redujo los ojos a una línea porque él no era ducho en títulos nobiliarios y menos extranjeros.

—El título regresó a la corona en el año 1150 cuando el navío Santa Cruz, propiedad de los duques de Ulloa —continuó el comerciante con voz firme—, naufragó frente a las costas de Noruega sin dejar herederos.

Doyle tomó aire y lo soltó a continuación. Robin O'Sullivan era un hombre con una reputación incuestionable. Conocía su profesión a la perfección, y por ese motivo no cuestionó sus palabras sobre el valor de la joya. Aunque le parecía inaudito que Colin poseyera una joya tan valiosa. ¿Cómo había llegado a sus manos? ¿Qué le ocultaba en esas escapadas a primera hora de la madrugada?

—El anillo podría alcanzar si se subastara la sorprendente cifra de diez mil libras esterlinas. —Doyle silbó asombrado—, pero soy un hombre honrado señor Doyle, y por ese motivo he venido para informarle sobre las acciones del pupilo que tiene bajo su custodia.

El doctor miraba alternativamente el rostro del joyero y de la joya. No podía estar más atónito.

—Le daré lo que ha pagado por ella —ofreció de forma honorable.

Tras la oferta, O'Sullivan negó reiteradamente.

—En modo alguno —expresó de viva voz—. Deseo entregársela personalmente a lord Marshall. Así obtendré la oportunidad de mantener una conversación con él.

Doyle lo miró extrañado. ¿Por qué motivo deseaba mantener una

conversación con el tío de los muchachos?

—Estoy muy interesado en conocer si posee más joyas como ésta.

—De tenerlas, lord Marshall no se desprenderá de ellas —le advirtió.

O'Sullivan era consciente de ello, pero estaba muy interesado.

—No pretendo comprarlas, simplemente tasarlas. Lo consideraría un gran honor. La fama de algunas de ellas ha transcendido la frontera inglesa.

Doyle seguía especulando sobre la conversación que mantenían.

—Lord Marshall llegará a Wicklow a finales de esta semana. Daré una recepción en Brown House en su honor, me gustaría que asistiera.

O'Sullivan se mostró encantado. Doyle acababa de ofrecerle la oportunidad que estaba esperando.

—Con gusto acepto la invitación —dijo el joyero—. Y ahora le ofrezco mi despedida que será breve hasta que nos volvamos a ver.

Doyle aceptó la mano que le ofrecía antes de tirar de la campanilla para llamar al mayordomo que lo acompañó hasta la salida. De nuevo el doctor se quedó a solas y en silencio.

El muchacho le ocultaba algo importante se dijo Doyle, porque le parecía inaudito que tratara de deshacerse de una joya tan costosa. El mismo lord Marshall podría montar en cólera cuando lo supiera, pero él debía tratar de indagar el motivo por el que Colin buscaba dinero.

Volvió a llamar al mayordomo, y cuando éste apareció silencioso por la puerta, le pidió que buscara al joven y lo llevara a la biblioteca. Tenía que hablar de forma urgente con él, pero ello fue imposible porque a la casa llegó una nueva visita, la de un colega experto en problemas que tenían que ver con afonías, pérdida de habla y de oído. A Doyle le preocupaba mucho la mudez de Serena, por ese motivo necesitaba una segunda opinión de alguien competente en el diagnóstico.

La visita le llevó toda la tarde, si bien su colega había accedido a permanecer en Brown House para tratar a Serena. Doyle lo dispuso todo para que lo hiciera a primera hora de la mañana, cuando Colin daba sus acostumbrados paseos que duraban varias horas. Aunque ahora entendía el por qué. Iba hasta Dublín para vender las joyas que contenía el cofre que el capitán le había entregado poco antes de desembarcar.

El doctor se preparó para enfrentarlo antes de que saliera por la puerta.

***

Colin había logrado vender el anillo, pero necesitaba más dinero. Los dos pasajes costaban un total de cuatrocientas libras, sin contar el trayecto hasta Londres. Tenía pensado vender el camafeo de oro con

las incrustaciones de marfil. Esperaba conseguir al menos trescientas libras. Había indagado sobre los barcos que partían desde Dublín hacia la ciudad londinense, también los barcos que zarpaban con rumbo a Nueva York, y para sorpresa suya, el Liberty salía dentro de una semana. Casi lo tenía todo listo. Serena ya podía desplazarse por sí misma, aunque se cansaba muy rápido, pero huirían de la casa el mismo día que salía el barco hacia Londres. Lo harían de madrugada, y una vez en el pueblo de Wicklow, alquilarían un carruaje hasta Dublín. Allí solo tenían que esconderse durante unas horas para que ninguna persona se percatara de ellos dos y pudiera dar la alarma.

Sin embargo vender el camafeo le suponía un viacrucis porque la mayoría de joyeros le habían ofrecido una respuesta negativa. Colin pensó entonces en los cambistas, con ellos podría tener alguna oportunidad, aunque se arriesgaba mucho.

El silencio en la casa resultó premonitorio porque apenas alcanzó el vestíbulo, el doctor salió por la puerta de la biblioteca cortándole el paso. Él lamentó esa variación de acontecimientos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo de pronto.

La voz había sonado áspera. Colin cuadró los hombros y lo siguió al interior de la estancia. Ignoraba qué hacía el señor Doyle levantado a esa hora de la madrugada, aunque no pensaba preguntárselo.

El doctor tomó asiento tras su enorme escritorio, le extendió una mano para invitarlo a que hiciera lo mismo, Colin obedeció sin pronunciar palabra. Instantes después, Doyle abrió uno de los cajones y sacó un objeto envuelto en un pañuelo de seda gris. Al abrirlo observó el anillo de rubíes que él había vendido en Dublín. Por un momento no supo qué hacer o cómo actuar. Parpadeó nervioso y se recostó en el respaldo de la silla como si buscara una posición más cómoda.

—¿Reconoces la joya? —preguntó el doctor de forma directa.

Colin inspiró profundamente y guardo silencio. Tenía que pensar muy bien la respuesta para no alertarlo o despertar sus sospechas.

—Sí —admitió conciso—, la vendí días atrás a un joyero que tiene su establecimiento en Liam Mellows Bridge.

Doyle soltó el aliento, al menos el muchacho no había mentido.

—Es una pieza muy valiosa —le informó sin dejar de mirarlo. Trataba de encontrar en el rostro juvenil una muestra de culpabilidad, pero no la encontró.

—Una vez muerto Paul Marshall, las joyas tienen poco valor —alegó con voz controlada.

Doyle entrecerró los ojos cauto. La respuesta había sido del todo inesperada.

—No es correcto vender a hurtadillas las joyas de la familia —le espetó con voz seca. Le había molestado que se refiriera a su padre

como un desconocido—. Tu tío podría tener una opinión muy diferente, y estaría en su derecho de mostrarse enojado al conocer lo que tratas de hacer.

Colin arqueó la espalda porque las palabras del doctor le habían parecido acusatorias. ¿Qué sospechaba él? ¿Tendría algún indicio de lo que tenía planeado?

—Soy responsable de vosotros, y por eso tendré que rendir cuentas a vuestro familiar cuando reclame aquello que no se hundió con el barco que capitaneaba vuestro padre.

El muchacho apretó los labios porque el doctor tenía razón en sus conjeturas. Lo que contenía el cofre no le pertenecía aunque sirviera para una buena causa.

—Por ese motivo debo prohibirte que trates de vender alguna reliquia más de la familia.

—Necesito el dinero —confesó aturdido.

Doyle lo miró con ojos astutos. ¿Para qué necesitaría un muchacho como él dinero? Al lado de su tío no le faltaría de nada.

—Pero no es correcto que te deshagas de algo tan valioso como las joyas de la familia.

Entre ambos se levantó un muro de tensión. Colin se replegó en su postura, y Doyle lo miró de forma censurable.

—Mañana llegará vuestro tío.

La noticia no podía llegar en peor momento. Casi lo tenía todo listo para la huida. Con la llegada de lord Marshall, escaparse iba a resultar mucho más complicado.

Colin se mesó el espeso cabello con impaciencia, y al hacerlo Doyle reparó en la pulsera de perlas que llevaba en la muñeca. Era un objeto inusual para llevarlo un muchacho tan mayor como él.

—¿Qué pensabas vender hoy?

La culpabilidad rezumó por los ojos azules. Colin soltó el aire de forma abrupta al sentirse pillado por sorpresa.

—Puedes confiar en mí. No importa lo que te preocupe, estoy aquí para protegeros.

Las palabras de Doyle podrían ser aceptadas de buen grado si no fuera por la urgente necesidad que tenían de escapar. Tenía que proteger y salvar a Serena.

—No confío en lord Marshall —confesó contrito, y era verdad. Por ese motivo sus palabras sonaron ciertamente preocupadas—. No lo conozco ni sé las intenciones que puede albergar con respecto a nosotros.

Doyle parpadeó atónito porque nunca se le habría ocurrido pensar que el tío pudiese tener motivos para no querer ocuparse de sus sobrinos. Esa nueva posibilidad le produjo una cierta desazón. ¿Y si trasladaba a ellos el malestar que sentía hacia su propio hermano? ¿Y

si los rechazaba? ¿Por qué motivo desconfiaba Colin?

—Quería reunir dinero por si las cosas se complicaban —admitió con la cabeza inclinada hacia el suelo.

Doyle entendió la reticencia del muchacho. Iba a conocer a un familiar que no había visto en mucho tiempo, quizás nunca. Que posiblemente ignoraba todo sobre él.

—Si te doy mi palabra que no permitiré que nadie os haga daño, ¿confiarás en mí?

El doctor le pedía un imposible porque Colin era desconfiado por naturaleza. Además, había mentido con respecto al parentesco y sentía un miedo atroz a ser descubierto, pero no por sí mismo porque estaba acostumbrado a recibir golpes y malas acciones, sin embargo tenía que proteger a Serena. Era un ser inocente que lo había perdido todo por ayudarlo, incluso su cola.

—¿Nos protegerá también de lord Marshall de ser necesario? —inquirió con voz ronca.

Doyle entendía que la pregunta tenía toda la intención del mundo a comprometerlo, y así lo aceptó él.

—Del mismo rey de Inglaterra si hiciera falta —respondió con sinceridad.

Colin lo miró con los párpados entornados. Ahora que el doctor había descubierto lo que hacía por las mañanas en la ciudad de Dublín, debía recapitular. ¡Debía confiar en él!

—Yo guardaré las joyas de vuestra familia hasta que haya hablado con vuestro tío y conozca las intenciones que tiene para vosotros y vuestro futuro —el doctor había extendido su mano con la palma hacia arriba frente a él, Colin supo lo que significaba ese gesto.

La promesa era mucho más de lo que podía esperar, y se dijo que todavía conservaba cien de las quinientas libras que había obtenido por la venta del anillo de rubíes, siempre podía utilizar ese dinero para esconderse hasta que pudieran huir si las cosas se complicaban. Finalmente aceptó que el doctor no quería perjudicarlos, todo lo contrario, con cada acción demostraba que se preocupaba realmente por ellos.

Colin sacó el camafeo del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió.

—Iré a mi alcoba para traer el resto de joyas.

Doyle asintió y le mostró una mirada de auténtica empatía. El muchacho había entendido que no tenía un enemigo en él, todo lo contrario, no les había salvado la vida para entregarlos sin más a un desconocido, aunque fuese pariente. Él no tomaba decisiones arbitrarias. Sentía que ambos hermanos eran su responsabilidad, y no pensaba defraudarlos.

PARTE DÉCIMA

El peligro acecha de nuevo

CAPÍTULO 20

Serena estaba muy feliz. El doctor había encargado varios vestidos para ella, además de variada ropa femenina que no había tenido nunca. En ese momento, vestida de muselina rosa, parecía una auténtica princesa. La señora Phoenix le había cepillado el cabello de forma tan intensa que brillaba como si fueran carbones. Le había recogido una parte de la melena en varias trenzas que luego sujetó con algunas perlas y flores de tela.

Caminaba con la mano apoyada en la pared, y a menudo tenía que sentarse a descansar, sin embargo, poder caminar sobre sus propios pies le pareció una auténtica maravilla. Aunque se negaba a utilizar zapatos porque le apretaban los dedos de una forma cruel, no soportaba ir calzada con ellos, por ese motivo el doctor le permitía andar descalza sin objetar nada. Al resto de la servidumbre le parecía una excentricidad de niña rica, aunque se comportaban con respeto y consideración como correspondía a su rango.

Dar pasos y sentir la madera y la lana de las alfombras bajo la planta de los pies le parecía extraordinario. Serena se preguntó por qué las personas no meditaban en lo afortunados que eran de poder hacer algo tan increíble como caminar.

—El salón está lleno de gente —la voz de Colin le llegó tras la puerta de madera, si bien ella no tenía prisa.

Era su primera vez para todo: andar entre gente. Comer entre gente. Escuchar….

—Estoy cansado de esperar —la amenaza no le restó alegría al corazón. Finalmente la señora Phoenix abrió la puerta y Serena quedó plantada en el umbral.

Colin cuando la vio silbó asombrado.

—Estás tan guapa que podría caerme de espaldas. —Ella le mostró una sonrisa llena de encanto—. ¿Estás nerviosa? —preguntó, Serena asintió con energía.

No estaba nerviosa sino muerta de miedo, aunque no se perdería ese momento por nada del mundo. Colin extendió la mano para que ella la tomara, y al hacerlo la pulsera de perlas brilló en su muñeca. Serena se percató y tomó la mano masculina entre las suyas. Le parecía un detalle precioso que él no se quitara algo que era exclusivamente de ella. Se llevó la mano a la mejilla y acarició su rostro con ella. Colin la miraba embobado. Instantes después se apoyó en el brazo de él y comenzó a caminar, primero con paso inseguro, después con bastante más confianza. Doyle los esperaba en el gran salón que estaba lleno de gente del pueblo, y a algunas personalidades

de la ciudad de Dublín que eran viejos conocidos de él. Al doctor no le importaban las clases sociales porque en su casa se encontraban desde aldeanos a comerciantes, incluso el capellán bebía una jarra de cerveza charlando con el boticario.

—Estás preciosa —le dijo el doctor.

Ella le sonrió con una sonrisa de oreja a oreja al mismo tiempo que él la tomaba de la mano para presentarle a la mayoría de personas que habían acudido a la recepción.

Y las horas pasaron a una velocidad vertiginosa.

Las mujeres se mostraron educadas y muy interesadas en la muchacha que había sufrido la peor de las torturas: el fuego. Además, las entristecía sobremanera el hecho de que no pudiera hablar. Una muchacha tan bonita no se merecía un futuro cercenado por esa circunstancia adversa. Colin la seguía con los ojos al mismo tiempo que sostenía un vaso de limonada. El doctor le presentó a una cantidad ingente de personas que se habían acercado hasta Brown House para interesarse por ellos, también porque ansiaban conocer a un hombre tan importante como lord Thomas Marshall. El pueblo de Wicklow era demasiado pequeño e insignificante para tener invitados tan ilustres.

La llegada de una invitada inesperada además de condesa logró que los habitantes de la casa sufrieran una pequeña conmoción. La dama en cuestión no era desconocida para el doctor Doyle que se mostró vacilante ante el anuncio del mayordomo de la llegada de ella. Los invitados de más rango hicieron la fila de honor para recibirla. Colin se encontraba en un rincón del enorme salón, Serena estaba a su lado algo inquieta. Cuando la dama hizo su entrada triunfal, el grueso de caballeros hicieron una profunda reverencia, incluido el anfitrión que se apresuró a acercarse a ella y besarle la mano en señal de respeto.

Los ojos de la condesa eran fríos y oscuros. Analizaron cada rincón de la sala mientras hacía la correspondiente inclinación de cabeza a cada una de las señoras presentes. Actuaba como si buscara algo en concreto, y Colin, cuando se percató que los ojos femeninos se clavaron directamente en él, dio un paso atrás de forma involuntaria. Trató de sujetar a Serena con la mano, aunque no se encontraba junto a él. Giró el rostro buscándola, pero no la halló a su lado. ¡Había desaparecido! No se había percatado de tan absorto como se encontraba observando a la invitada. Un rubor culpable lo cubrió de pies a cabeza. Alzó la mano para mesarse el pelo nervioso y al hacerlo, la pulsera de perlas brilló captando la atención de varios invitados. Los ojos fríos de la condesa se entrecerraron con inusitada sorpresa, pero el destello duró un solo instante. Resultó tan fugaz que Colin no se percató del interés que mostraba ella sobre la joya porque había

logrado ocultarlo a la perfección.

Estaba demasiado concentrado buscando a Serena. Despacio, comenzó a caminar hacia la salida para encontrarla, imaginó que habría regresado a su alcoba. A Serena caminar le costaba todavía un gran esfuerzo.

Pero ella no había abandonado la sala. Medio escondida entre varias matronas del pueblo, observaba con inusitado interés a la mujer que había hecho su aparición en la casa momentos antes. Desde que sus ojos descubrieron el broche de perlas negras que lucía en la parte derecha de su vestido de terciopelo azul, todo su cuerpo se había puesto en tensión. Sus sentidos alerta. No eran perlas corrientes, ella las conocía muy bien. Por el rabillo contempló a Colin que se dirigía hacia la puerta de salida abandonando el salón, pero no hizo amago de seguirlo. Se quedó observando a la fascinante mujer que lo observaba todo con ojos calculadores. Helados. Sin embargo, el revuelo por su llegada duró muy poco pues el mayordomo anunció la llegada de lord Marshall.

El hombre que entró tras el sirviente parecía salido de un cuadro.

Las ropas que vestía eran fastuosas y muy elegantes, si bien lo que más le impactó fue la mirada peligrosa que se advertían en sus ojos azules. Llevaba el cabello largo atado con una cinta negra, un bastón en la mano derecha rematado con una cabeza de león hecha de plata, también, un binóculo que llevaba al cuello sujeto por una gruesa cadena de oro. La condesa se giró hacia él pero Serena no pudo ver si el rostro femenino mostraba que lo conocía o no porque le daba la espaldas en ese momento. No obstante, la conversación que iniciaron las mujeres tras las que se escondía, llamaron poderosamente su atención: ¡hablaban de la condesa!

—Lady O´Connor no suele salir de Sheldon Cross. Es inaudito verla en casa del doctor.

Serena siguió escuchando muy atenta.

—Siempre me ha inspirado lástima —apuntó una de ellas—. Se la ve siempre tan infeliz.

—Una mujer así de rica no me inspira ni la más leve de las compasiones, os lo aseguro —apostilló otra—. Además, es soberbia y condescendiente. Fría como un témpano.

—El doctor no ha superado todavía la traición de la que fue objeto. Creo que todavía la ama, se nota en la forma de mirarla.

Serena entrecerró los ojos tratando de comprender la inusual conversación. Aunque se perdía entre tantos datos desconocidos. ¿El amable doctor había sido traicionado por ella? ¿Por qué motivo? La mujer, ¿vivía en el pueblo? ¿Por qué hablaban de que era infeliz? La mirada de ella al entrar a la sala le había mostrado que era decidida y no se amedrentaba ante nada.

Las tres mujeres estaban giradas hacia la puerta y le daban la espalda a Serena ignorándola, pero no le importó porque de esa forma podía espiar a la mujer que todos parecían conocer y que a ella le resultaba tan atrayente.

Lord Marshall, el doctor y lady O´Connor, iniciaron una conversación que se prolongó durante varios minutos, aunque la mujer simplemente asentía de tanto en tanto. El mayordomo le llevó a ambos sendas compas de champán que tomaron los dos hombres al unísono, sin embargo ella no bebió. Sujetaba el fino cristal entre sus dedos de una forma que le resultó inquietante, como si no soportara el contacto con el material transparente. Doyle giró el rostro buscando a Colin y posiblemente a ella también, y al no encontrarlos frunció el cejo extrañado. Le dio indicaciones al mayordomo y se disculpó con los dos invitados de más rango antes de salir por el hueco de la puerta abierta. El silencio se instaló entre todos los invitados que no dejaban de observar a tan distinguidas personalidades aunque sin atreverse a comenzar una conversación con ellos.

—Es una pena lo de su accidente —dijo de pronto la mujer que había mostrado una actitud compasiva hacia la condesa—. Es tan bella que no se merecía un destino así de aciago.

—Está viva de milagro —anotó otra aunque con el tono un tanto duro y ausente de piedad—. Pero su orgullo no ha menguado ni un ápice —arguyó con la espalda algo tensa—. Sigue tan soberbia como siempre.

Los ojos de la dama se habían clavado en ésta última con sequedad, y Serena creyó entender el motivo. La mujer había sufrido un accidente, pero no permitía que la gente le mostrara pena o compasión y por eso se había ganado el desdén que percibía en la mayoría de los invitados.

—Si pudiera responderme, le diría cuatro frescas —una cuarta se unió al grupo que se mantenían de pie muy cerca del hogar encendido —. Es una descarada por presentarse en casa del doctor después de lo que le hizo.

El interés de Serena crecía a pasos agigantados. Ansiaba saber, sin embargo, las mujeres no hablaban de forma directa, solo con insinuaciones que ella tenía que adivinar.

—Lady Marshall, ¿qué hace aquí escondida? —una de las mujeres se percató de la presencia de ella—. Debería estar allí con su tío —continuó con un deje sorpresa en la voz—. ¿No desea saludarlo?

El regreso de Colin a la estancia le arrancó un suspiro de alivio. Venía acompañado del doctor que traía en el rostro una mueca de preocupación que se disipó al observarla junto a las mujeres de más edad de la estancia.

—Serena, ¡estábamos preocupados! —exclamó el doctor.

Colin la miraba fijamente, pero ella había cortado toda conexión mental con él. No se sentía segura en la estancia, aunque ignoraba el motivo.

El doctor la tomó de la mano y la dirigió junto con Colin hacia la presencia de lord Marshall. El resto de invitados observaban expectantes. El hombre, de rostro anguloso y nariz aguileña, entrecerró los ojos mientras los veía acercarse.

—Lord Marshall —comenzó el doctor con voz neutra—, permítame que haga los honores con sus sobrinos.

El silencio en el salón se tornó pesado mientras se hacían las oportunas presentaciones.

Serena no le quitaba ojo a la mujer vestida de azul que miraba a Colin con interés desmedido. Escuchó entre brumas la respuesta del lord, y de pronto fue consciente que todos la miraban con un brillo extraño en los ojos.

—El accidente le ha dejado secuelas —informaba en ese momento el doctor con el semblante serio y precavido—. No creo que recupere la voz.

Lord Marshall la escudriñó a conciencia, pero de una forma que le provocó a Serena un escalofrío en la columna vertebral.

—Eras apenas un bebé cuando te vi por última vez.

Serena no sabía cómo actuar o qué se esperaba de ella. El hombre era un completo desconocido que la miraba de forma extraña. Con sapiencia. Colin se acercó a ella por instinto. Aunque ignoraba qué pasaba por la mente femenina, los ojos verdes resultaron muy expresivos. Serena tomó la mano de él y se la apretó asustada. Después del momento incómodo, las pupilas negras e inquisidoras se apartaron del rostro de ella para fijarse en Colin.

—Has cambiado mucho —apuntó con ojos entrecerrados.

—Ya soy un hombre, señor —dijo Colin con voz firme. Ignoraba qué le causaba tanto temor a Serena, aunque pensaba averiguarlo—. Han pasado muchos años, es normal que apenas me recuerde.

Y era cierto. Según había leído en el diario de Paul Marshall, sus hijos eran muy pequeños cuando decidió embarcarse en la mayor aventura de su vida y de la que no regresaría con vida.

El resto de la velada transcurrió de forma lenta. Cargada de tensión y de preguntas sin respuestas. Colin no se apartó de Serena que a su vez no se separó del doctor. Buscaba a menudo la mano masculina para asirla y percibir su fuerza, como si necesitara apoyo físico. Cuando la hora previa a la media noche fue agonizando y extinguiéndose, muchos de los asistentes optaron por marcharse, únicamente quedaron en Brown House el joyero, el capellán, lord Marshall, y la condesa de actitud fría.

Cuando Thomas pidió hablar a solas con su sobrino, Serena se

apretó más al cuerpo juvenil, pero él sabía que ese momento tenía que llegar tarde o temprano, y se puso a la tarea de pasar la prueba del interrogatorio cuanto antes.

CAPÍTULO 21

El despacho le pareció en ese momento una tumba. Colin sentía que se ahogaba entre las cuatro paredes. La puerta estaba cerrada, apenas había una par de lámparas de gas encendidas, y la penumbra no le gustaba en absoluto. Prefería mirar de frente a las personas para evaluar la expresión de sus rostros, cosa imposible con lord Marshall. La semioscuridad de la estancia le provocaba desasosiego.

—No hay motivos para que estés nervioso.

La voz de lord Marshall sonó en sus oídos algo áspera.

—No es nerviosismo sino agitación.

La respuesta de Colin tomó por sorpresa a Thomas que apoyó la espalda en el respaldo del sillón de cuero.

—¿Conoces la diferencia entre ambas palabras?

«¿Por qué me hace esa pregunta tan insustancial?», se preguntó con sorpresa.

—La primera tiene que ver con un cierto estado de malestar aunque suele ser pasajero, no definitivo afortunadamente —respondió con voz firme, como si estuviera sentado frente a un profesor severo —. Y la agitación es algo así como una preocupación inexplicable.

Lord Marshall sonrió la respuesta de él.

—Háblame sobre tu padre.

Esas palabras sí lo pillaron con la guardia baja. Colin abrió la boca pero la volvió a cerrar porque no sabía qué decir. Cualquier cosa que dijera sería una flagrante mentira porque él no lo había conocido, sí enterrado, pero nada más. Bueno, se dijo que no era del todo sincero, gracias al diario que había leído en la isla sabía cosas sobre Paul Marshall que no conocía nadie, si su propia familia. No obstante, Colin mostró la prudencia que provocaba el miedo.

—No hablaba mucho sobre su familia —esa era una verdad innegable. El mismo doctor Doyle se la había facilitado—. Por razones que ya conoce, pero no se preocupe porque no pienso mostrar insolencia recordándoselas.

Lord Marshall cruzó una pierna sobre la otra con cierta indiferencia, aunque con pleno control sobre su expresión facial.

—Lamento tu pérdida —se condolió el noble.

Colin inspiró de forma profunda.

—Y yo la suya —arguyó rápido.

Thomas arqueó las cejas ante la inteligencia del muchacho. Era muy ágil con las respuestas, respuestas que no le ofrecían información alguna, pero él estaba acostumbrado a tratar con hombres muchos más ladinos y preparados que él.

—¿Cómo ocurrió el naufragio?

Colin pensó a toda velocidad, y al ver sentado como un rey al hombre que tenía frente así, sintió una revelación. Comenzó a relatarle su propio naufragio a bordo del Corcaigh. Pausó un par de veces para tomar aire, y no se dejó absolutamente nada de los sentimientos de miedo y desesperanza que lo habían embargado.

—¿Cómo se produjo el incendio?

«¿De qué incendio habla?», se preguntó. Y al momento recordó la conclusión a la que había llegado el doctor cuando vio por primera vez las piernas de Serena. Parpadeó una sola vez para mostrar tranquilidad.

—En la cocina —respondió quedo.

Colin recordó las palabras que siempre le repetía Miles O'Brien hasta la saciedad desde aquella vez que el cocinero enfermó, y ellos fueron los encargados de la cocina del Corcaigh durante unos días, aunque ello solo ocurrió una vez, y fue cerca de las Canarias. Colin se dedicó a pelar ingentes cantidades de patatas mientras Miles se encargaba de preparar una sopa que resultó incomestible. Pero recordó con exactitud sus palabras: «cuidado Colin porque los incendios a bordo de un barco siempre comienzan por un descuido en la cocina, así que no te despistes y haz bien tu trabajo».

—El cocinero cayó enfermo y uno de los marineros lo sustituyó, sufrió un descuido que provocó la desgracia.

El rostro de lord Marshall era una máscara impasible.

—¿Se salvó algo del naufragio?

—¿Algo? —preguntó con cierta alarma—. ¿Como qué?

Thomas percibió la tensión en los hombros del muchacho y supo que no era todo lo sincero que él esperaba.

—Dímelo tú —respondió conciso.

Colin tomó una gran bocanada de aire. Parecía que los pulmones se le habían contraído.

—Nos salvamos mi hermana y yo.

«Muy astuto Colin Marshall, muy astuto, pero no me darás esquinazo así de fácil», se dijo el noble con ojos entornados, como si lo escudriñara a placer e intentara conocer sus más íntimos secretos.

—También logré salvar un cofre de mi padre con algunas joyas de la familia.

«Esto mejora por momentos», pensó Thomas con mirada sapiente.

—Tu padre solía llevar siempre un diario —preguntó de forma directa. Colin pudo oler la trampa en la pregunta antes de que la concluyera—. ¿Sabes algo de eso.

Ahora negó reiteradamente con la cabeza.

—Todo se perdió en el naufragio —respondió con un hilo de voz —. Salvo las joyas, no quedó nada.

Y era cierto. Las cartas de navegación. El diario y el libro Siempre que baila el mar, habían terminado en el fondo del mar, cerca de algún lugar que desconocía.

Durante un momento largo y que a Colin le pareció sumamente pesado, lord Marshall no dijo nada. Se mantuvo en un silencio constante que le provocaba palpitaciones en las sienes, como si el corazón le hubiera escalado del pecho a la cabeza.

—He decidido aceptar por unos días la hospitalidad de Sean Doyle. —informó de pronto el tío. Colin parpadeó para alejar la sorpresa que le produjo conocer al fin el nombre de pila de su salvador—. Él lo cree apropiado por Serena, para que recupere todas las fuerzas antes de viajar.

La explicación le pareció absurda. Serena podía viajar perfectamente en carruaje. La respuesta de lord Marshall no lo satisfizo en absoluto.

—Bien —aceptó en un susurro—. Serena y yo nos prepararemos para viajar en el momento que lo disponga.

—Entonces, buenas noches, sobrino.

¿Era su imaginación o el tono había sonado irónico? Colin no podía afirmarlo, pero el brillo en los ojos del noble no le gustó en absoluto. Le provocó un espasmo en el vientre.

—Buenas noches, lord Marshall.

No espero una respuesta. Se levantó raudo del sillón y caminó hacia la puerta tan veloz como le permitían sus piernas. No giró la cabeza una sola vez. Deseaba huir cuanto antes de la opresión asfixiante que sentía cerca de la presencia masculina. Cuando salió de la biblioteca la casa estaba en silencio, como si todos se hubieran marchado a dormir. Subió los escalones de dos en dos para alcanzar pronto la alcoba de Serena, tenía que advertirle y planear la fuga cuanto antes.

Cuando llegó a la estancia, la encontró vacía.

***

Colin giró sobre sí mismo por si acaso ella estaba tras su espalda, pero no, el lecho estaba intacto. «¿Dónde estás pequeña?», se preguntó con cierta ansiedad. Después de la conversación que había mantenido con lord Marshall se encontraba demasiado agitado para analizar las circunstancias con ecuanimidad. Siguiendo un impulso repentino caminó hacia la ventana que tenía las cortinas corridas. Tras las hojas de cristal vio la mancha rosa que se movía muy cerca del agua.

¡Era Serena!

«¡Por San Nicolás que va a saltar!». Exclamó para sí mismo.

No se paró a analizar la situación. Salió al corredor y bajó las escalera de forma precaria. Llegó al vestíbulo y salió a la calle dejando

la puerta abierta. Tenía que llegar hasta ella e impedir que saltara al mar. «¿Qué le ha causado tanto miedo?», se preguntó con el corazón en un puño. Corrió mucho, sin descanso, sin resuello, pero la figura femenina seguía un movimiento oscilante de izquierda a derecha con los brazos extendidos en cruz.

«Ya llegó, no saltes por favor».

Le faltaba el aliento. Sentía los pulmones a punto de estallar, y para aumentar su angustia, Colin tropezó con sus propios pies y cayó de bruces sobre la arena fría. La boca se le llenó de ella y la escupió mientras continuaba su carrera para alcanzarla.

Serena debió presentirlo porque se giró hacia él sin parar el movimiento de sus brazos y de la parte superior de su cuerpo. Le sonrió con mirada triste y él paró su carrera de golpe. Respiraba de forma agitada y tenía el rostro cubierto de arena, sin embargo ya no avanzó. Los ojos femeninos estaba cubiertos de lágrimas, y sin poder detenerlas, comenzaron a deslizarse por las sonrosadas mejillas.

—¿¡Querías bailar!? —preguntó azorado—. ¿Me has dado un susto simplemente porque te apetecía bailar?

Él había pensado otra cosa muy distinta cuando la divisó desde la alcoba. Había creído durante un instante loco que pensaba saltar al mar.

—No te comprendo —y era cierto—. ¿Dices que estabas hablando con el mar? Serena, ¡estabas bailando! —la acusó con un tono de voz que parecía un graznido.

Serena se comunicaba con él de forma precipitada. Sin coherencia ni razón.

—¿Qué sucede con la condesa? —apremió.

Colin se iba acercando a ella muy lentamente. Cuando llegó a su lado, la mano de Serena le limpió del rostro parte de la arena que tenía adherida a la piel.

—¿Por qué te provoca desconfianza? —inquirió lleno de curiosidad e impaciencia—. ¿Qué no lo sabes? —preguntó de forma incrédula—. ¿Qué sucede con el broche de perlas negras de su vestido?

Él no entendía nada. Lo intentaba, pero Serena era un manojo de nervios.

—¿Le hizo daño al doctor? —insistió con sus preguntas—. ¿La mujer sufrió un accidente? ¿Y por ese motivo no puede hablar?

Colin dio un paso hacia atrás, como si poniendo algo de distancia entre ambos pudiera entenderla mejor.

—Dices que oculta algo, ¿cómo qué? —continuó alarmado—. Cómo es posible que no lo sepas —protestó con energía—. ¿Te has comunicado con ella? —inquirió con verdadero interés—. ¿Qué solo puedes hacerlo conmigo?

El muchacho puso las manos en jarras mientras la miraba atónito.

—No te entiendo —le confesó al fin—. Me hablas de una forma que me resulta extraña por no decir diferente.

Serena estaba completamente quieta observándolo. Estaba tan agitada de espíritu que había sentido la imperiosa necesidad de comunicarse con el mar, salvo que no lo había logrado. Necesitaba respuestas pero solo obtuvo silencio. El mar estaba terriblemente enojado con ella y por eso se mantenía callado.

Colin desvió el rostro de ella al mar que se extendía frente así y se unía en la lejanía con el horizonte. Era un espejo que reflejaba la luna, y se encontraba tan calmado como una balsa de aceite.

Algo completamente inusual en esa época del año.

—Regresemos a la casa o cogerás frío.

Serena no se movió del lugar donde estaba, ni dejó de mirarlo de forma intensa. Había tantas cosas que él no podría comprender, que ser consciente de ello le provocaba una ansiedad profunda. El mar era su mundo, y tenía que renunciar. Hacerlo era lo más doloroso que había sufrido en su vida, incluso más que perder su cola.

—Pronto huiremos y nos alejaremos de aquí.

Ella dio un paso hacia él aunque de forma vacilante. Había pasado demasiadas horas de pie y los sentía terriblemente doloridos.

—De ahora en adelante cada vez que sientas la necesidad de salir de la casa, por favor, avísame. Estoy cansado de que me provoques ataques de pánico innecesarios.

Serena inclinó la cabeza apesadumbrada.

—No, no estoy enfadado contigo. El mar tampoco lo está. Así que deja de pensar tonterías —el tono de Colin había sonado algo hastiado.

Llevaba varios días sin apenas sin pegar ojo intentando reunir dinero para huir. La visita de lord Marshall le había provocado incertidumbre, y estaba agotado. En esos momentos lo que menos le apetecía era escuchar los pensamientos caóticos de Serena.

—Mañana te llevaré al parque —le ofreció Colin.

Sin embargo, la promesa no logró la reacción animada que esperaba en ella.

—Podrás ver algunos caballos extraordinarios.

Esta vez sí logró la atención deseada. Serena alzó el rostro hacia él con ojos brillantes. ¡Ella adoraba a esos bellos animales!

—Seremos muy cautos antes de marcharnos —Serena hizo un gesto afirmativo–. Mientras tanto nos comportaremos de forma natural para no despertar sospechas.

Juntos emprendieron la subida a la casa, pero Serena tropezaba demasiado. Sentía las piernas muy cansadas y le costaba dar los pasos con seguridad. Colin la tomó finalmente en brazos y comenzó a subir

la empinada cuesta con ella.

—Debes dejar de comer tanta carne de vaca o te convertirás en una de ellas —protestó aunque con humor porque el apetito de ella seguía siendo canino—. Pesas más que cuando tenías cola de pez.

Cuando llegaron a la puerta de la casa, puerta que él había dejado abierta, se encontraron con el doctor que los miraba entre el enojo y la preocupación en el mismo porcentaje. Se había colocado la capa y el sombrero para salir a buscarlos. Doyle ocupó el lugar de Colin y tomó a la muchacha entre su brazos para llevarla a la alcoba.

—Quería caminar un poco y se cansó demasiado —trató de explicar él, pero el doctor no lo miró ni objetó nada.

Doyle iba a mantener una conversación con su pupilo por la mañana temprano. Y se olvidó por un momento que ahora lord Marshall tendría que ocuparse de ellos. Doyle olvidó algo primordial y que las circunstancias le recordarían de forma brusca: cuando se hacía una promesa, resultaba imperativo cumplirla.

***

El parque le causó una honda impresión a Serena. Las diversas ondulaciones del terreno que configuraban el parque estaban realizadas con tanta suavidad que montañas enteras seguirían pareciendo tan naturales como el terreno que pisaba en esos momentos. Había una zona de setos podados y senderos que invitaban a perderse. También una fuente de agua y extensos prados por donde trotaban caballos montados por expertas amazonas. Éstas vestían hermosos vestidos de terciopelo en variados colores, unos en rojo granate, otros en gris, verde y azul. Igualmente paseaban por el parque pequeños faetones que eran manejados por hábiles conductores que presumían de agilidad frente a las damiselas que los acompañaban.

El doctor no solo les había permitido pasear por el parque, también les había prestado el carruaje y le había dado órdenes a uno mozo de cuadra para que los acompañara. Él mismo iría a buscarlos un par de horas, cuando concluyera una de las muchas diligencias que lo mantenían ocupado la mayor parte del día. Lord Marshall no se había levantado todavía cuando ellos partieron a mitad de la mañana.

—Hay tantos jinetes y carruajes porque Wicklow está muy cerca de Dublín, y posee extensos prados y hermosos parajes para cabalgar —explicó con infinita paciencia—. Si tienes ganas de hacer volar tu montura, éste es el mejor lugar.

Serena lo observaba todo con sumo interés. Los fastuosos vestidos de las damas le provocaban admiración, así como sus originales sombreros y sombrillas. Los caballeros iban tan bien engalanados que parecía que asistían a un evento importante en vez de un paseo a

media mañana por el parque.

—Cuando regrese el doctor por nosotros le preguntaré si podemos acercarnos al Guinness Lake —Serena lo miró con curiosidad y Colin sonrió con picardía—. James dice que parece una inmensa pinta de Guinness cuando lo ves porque el agua es realmente oscura y profunda. —James era el conductor del carruaje del doctor Doyle—. Cuando me habló del lago dijo que resultaba muy agradable observar los bosques de los alrededores, y las praderas con distintos tonos de color que van desde los mas ocres de la tierra a los grises de las rocas.

La muchacha aceptó el brazo que Colin le ofreció de forma galante. Peter, el mozo de cuadra, los seguía unos pasos por detrás atento a todo lo que sucedía a su alrededor. De pronto Serena se quedó parada y con mirada alerta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza a modo de respuesta—. ¿Por qué te detienes? —insistió.

Serena se giró sobre sí misma y clavó los ojos en Peter que también paró sus pasos. Colin pensó que buscaba algo.

—¿Qué sucede? —sin embargo ella se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

En la comunicación que mantenía con Colin había interceptado una intrusión, como si alguien más tratase de leer en la mente de él. Parpadeó varias veces muy concentrada, pero no lograba encontrar nada. Se volvió de golpe y clavó la mirada en el resto de mujeres que paseaban ajenas a ellos dos.

—Dime lo que buscas y posiblemente podré ayudarte.

Ella había cortado toda comunicación mental con él. Presentía que alguien los observaba y que trataba de sondear en la conversación que mantenían. La intuición se había convertido en una sensación de peligro.

—¿Nos persiguen? —preguntó Colin alarmado—. ¿Qué no me dé la vuelta —la advertencia femenina llegó demasiado tarde porque se había girado por completo para buscar a la posible persona que se había convertido en perseguidor—. ¿Estamos en peligro?

Las manos de Serena se llenaron de un sudor frío porque la premonición resultaba demasiado intensa. Ya no creía que los observaban, estaba convencida.

—Bien, haremos como si no ocurriera nada —decidió Colin que no permitió que ella se soltara de su brazo.

En una situación de riesgo había que actuar con total naturalidad para no llamar la atención sobre ellos.

No obstante, Serena tenía razón porque en el parque y no muy lejos de ellos una persona los espiaba. Resguardada tras las cortinas de

satén rojo de un carruaje negro. Los observaba desde que llegaron al parque. Ambos se habían convertido en un claro objetivo: ser eliminados. Representaban un gran inconveniente. Debían ser aniquilados, y a punto estuvo de lograrlo salvo que el hombre que había encargado para ello había fracasado. Había sido descubierto por el mozo que los acompañaba, y sin que los muchachos se percataran, había logrado que desistiera, pero no se preocupó en excesivo porque sabía que existirían más oportunidades, o las provocaría.

CAPÍTULO 22

Los días se sucedían monótonos aunque llenos de gran tensión para él que se mantenía en vilo por escapar cuanto antes. Lord Marshall parecía decidido a seguir como huésped del doctor Doyle. No tenía prisa por regresar a Inglaterra, y Colin no podía entender el motivo que lo retenía en Wicklow, además de que le resultaba muy extraño que un lord tan importante viajara tan escaso de equipaje y de personal. Él siempre había creído que los hombres importantes llevaban un séquito numeroso, enormes baúles llenos de ropa, y por ese motivo le parecía extraño la larga estancia y el silencio en sus motivos.

Serena seguía mejorando a medida que transcurría el tiempo, y cada vez pasaba más horas paseando fuera de la casa cerca de la playa. Colin estaba tan aburrido sin poder hacer nada que optó por buscar un libro de la biblioteca de Brown House, confiaba que el tiempo con la lectura transcurriera de forma más amena.

En esos momentos Doyle mantenía una conversación con Thomas Marshall en el gran salón.

Había varios libros interesantes, sin embargo, Las aventuras de Roderick Random de Tobias Smollett, fue el que atrapó su interés. Lo sacó con cuidado del estante de la librería y se pasó los siguientes minutos ojeando el tomo, leyó algunos párrafos y al hacerlo descubrió que no era la lectura que pensaba. Miró el hueco donde antes había estado el libro y lo depositó de nuevo en su lugar. Con el dedo índice recorrió varios tomos de diferente tamaño y encuadernación que estaban escritos, unos en francés y otros en alemán. Caminó varios pasos al mismo tiempo que leía algunos de los títulos para buscar uno que lo atrajera, y de pronto, uno llamó poderosamente su atención. Era de terciopelo ojo y letras doradas, ¡lo reconocía! Era el libro que Serena había roto y tirado hoja por hoja al mar.

El corazón se le aceleró porque estaba convencido que era un libro único.

Lo sacó de su sitio con reverencia, y pasó los dedos por la tapa, como si sacara brillo a los grabados dorados. Siempre que baila el mar estaba de nuevo en sus manos. Y se preguntó por qué motivo tenía Doyle un ejemplar en su biblioteca. ¿Cuántos libros se habrían publicado? Abrió el tomo por la página 112, y releyó el pasaje que tanto le gustaba. Al contrario del que había tenido él, éste no tenía anotaciones en los márgenes. Sus hojas estaban inmaculadas, como si apenas las hubieran leído. La entrada del doctor acompañado de lord Marshall le hizo levantar la vista de la página y mirarlos con cierta

turbación. Como si hubiese sido pillado en una falta.

—Buscaba algo para leer —confesó presto.

Doyle le hizo un gesto apenas perceptible de aceptación, pero Marshall entrecerró los ojos justo en el momento que reparó en el libro que sostenía él. El rojo era demasiado llamativo.

—En la parte izquierda, en el estante cuarto, tienes varios libros de aventuras —le informó Doyle. Colin dirigió sus ojos hacia el lugar que le había indicado—. Creo que son más apropiados para tu edad.

Thomas Marshall tomó asiento sin decir una palabra. Colin dejó el libro que tenía entre sus manos y tomó sin pensar uno de los que le había indicado el doctor. Ni siquiera leyó el título.

—¿Posee algún libro sobre la vida del profeta Jonás? —preguntó en un impulso.

—¿Deseas leer las Sagradas Escrituras? —inquirió Doyle con interés.

Colin pensó un momento en lo que pretendía decir antes de pronunciar la primera palabra.

—Me gustaría conocer algo más sobre Leviatán, el monstruo marino que se menciona en la Biblia.

El doctor lo miró con algo parecido al asombro. Era inusual que un muchacho de la edad de Colin se interesara por un tema bíblico.

—Todas las historias que tienen que ver con el mar me atraen de una forma que no puedo explicar —informó Colin al doctor de forma sencilla.

Doyle caminó directamente hacia él y lo invitó a que lo siguiera. El chico lo hizo obediente, el doctor lo llevó justo al otro extremo de la biblioteca, a una librería que más parecía un aparador sin puertas. Lo vio inclinarse sobre los libros que había allí y buscar uno determinado. Cuando lo encontró lo sacó del lugar y siguió buscando. Un instante después le ofrecía dos tomos completamente diferentes. Uno estaba escrito por un tal Julio Verne: Veinte mil leguas de viaje submarino. El otro estaba escrito por Thomas Jobbes y se titulaba Leviatán. Colin tomó ambos libros con rapidez, pero sin soltar Siempre que baila el mar.

—Muchas gracias —le agradeció con sinceridad.

Doyle lo miró con ojos brillantes.

—Confío que leas primero el de Julio Verne.

Pero si Colin pensó en algún momento que le daría una explicación sobre la preferencia que había mostrado, se equivocó. Doyle le sonrió y él entendió que lo despedía.

—Gracias de nuevo.

Abandonó la biblioteca apresuradamente sin volver la cabeza. Y cuando alcanzó el vestíbulo decidió en el último momento salir con los libros en busca de Serena, le apetecía leer en la playa. El día había

amanecido extraordinariamente tranquilo. En esa parte de Irlanda, y en esa época concreta del año, el aire solía soplar con bastante notoriedad.

Enfiló el camino de bajada y la buscó con los ojos. Mas ella no estaba en la playa sino sentada en las rocas, una de ellas era lo suficientemente plana como para estar a escasas pulgadas del agua. Cualquier nadador podría zambullirse de cabeza sin problemas. Desde su posición la veía mover los brazos en vaivén como la otra noche, y se preguntó qué diantres estaba haciendo, tan absorto estaba contemplando sus movimientos que no advirtió el carruaje que se acercaba peligrosamente hacia donde estaba él. Al escuchar los relinchos de los caballos supo que tenía poco tiempo para reaccionar, dio un gran salto hacia atrás pero perdió el equilibrio y terminó tumbado en el suelo. No había podido sujetar los libros y todos terminaron tirados de cualquier manera. Aunque el camino estaba cubierto de hierba verde, las ruedas a su paso elevaron una nube de polvo blanco que lo hizo toser, pero Colin había reconocido el coche de caballos. Era el mismo que había visto merodeando en el parque cerca de ellos. Las cortinillas de satén cubrían las dos ventanillas y no se veía nada del interior. Se preguntó quién iría dentro y por qué motivo casi lo atropella en el camino.

Recogió los libros y se reincorporó del suelo.

«Por ese motivo Serena se mostró inquieta en el parque», se dijo con los ojos reducidos a una línea. «¿Estás en peligro Colin O'Donoghue?, entonces, más vale que no lo olvides».

Cuando giró el rostro del camino por donde se perdía el carruaje hacia el comienzo de la playa, vio que Serena corría de forma precaria hacia él. Debía de haber visto que casi lo atropellan, poco después cayó de rodillas en la arena. ¡No estaba acostumbrada a correr! En varias zancadas largas llegó hasta ella, y sonrió con sorna consiente de la preocupación que le había despertado. Le enternecía. Serena entrecerró los ojos al ver el rostro burlón. Le tendió la mano para ayudarla a reincorporarse, si bien al ver que lo ignoraba, optó por sentarse en la arena a su lado.

—Es delicioso contemplar tu particular forma de correr. Pareces un pato mareado, ¿no te lo he mencionado antes? —las cejas de Serena se alzaron en un perfecto arco—. Gracias por tratar de venir en mi auxilio, aunque de llegar a tiempo hubieses sido de poca ayuda. Un hombre no puede detener un carruaje desbocado.

No pretendía molestarla, pero sí suavizar la preocupación que observaba en el delicado rostro.

Ella tomó un puñado de arena y se la lanzó a la cara. Colin tenía la boca abierta y se la tragó casi toda. Comenzó a escupir y a limpiarse con el dorso de la mano.

—¡Qué poco sentido del humor tienes, muchacha!

Serena lo miró con enojo mal disimulado. Ella hervía de preocupación, y él se tomaba los asuntos de forma trivial.

—No hay razón para preocuparse —le dijo como si tratara de consolar a una niña pequeña—, soy perfectamente capaz de cuidarme. —Serena se tomó bastante mal la aseveración de él—. No me di cuenta que venía el carruaje a esa velocidad —admitió culpable.

Tomó otro puñado de arena y lo amenazó de nuevo. Colin optó por reír, el carácter de ella era bastante temperamental, y no le apetecía seguir masticando los diminutos granos dorados.

Serena se fijó en el libro rojo que llevaba él y extendió la mano para cogerlo, Colin lo alejó de ella porque la última vez que había tenido un libro había terminado deshojado en el mar, como si fuera una margarita.

—Pertenece a la biblioteca particular del doctor Doyle, y no pienso permitir que lo estropees.

La muchacha hizo un mohín aunque no intencionado y entrecerró sus ojos verdes para escudriñarlo mejor.

—No es un libro peligroso —le respondió, pero ella no estaba de acuerdo en absoluto porque el libro de Paul Marshall casi los lleva a los dos a la muerte—. ¿Quién lo busca? —preguntó muy interesado—. ¡Que no lo sabes! No sé por qué motivo no me sorprende esa respuesta evasiva.

Serena no sabía cómo o de qué forma transmitirle sus inquietudes. Era plenamente consciente que ese libro en particular provocaba la muerte de los hombres, y no quería que Colin corriese peligro alguno, pero él no parecía entender la urgencia de sus palabras al advertírselo.

—No logro entender por qué razón me fascina tanto —admitió un poco azorado—. Lo leo una y otra vez, y en cada ocasión descubro algo nuevo que atrapa toda mi atención. Me absorbe por completo. Es un libro único.

Ella lo miraba con recelo, pero se mantuvo mentalmente callada.

—Sería maravilloso conseguir un ejemplar para mí —le dijo entusiasmado. Le temblaba la voz por la emoción—. Iré a Dublín y visitaré algunas librerías. Si el doctor posee un ejemplar no debe de ser difícil conseguir otro.

Serena hizo un gesto negativo con la cabeza, pero él estaba absorto pasando las páginas y deleitándose en las líneas de tinta negra.

—Habla de un monstruo marino —pronunció las palabras casi con admiración—. Y cuando eres un hombre de mar, encontrarlo se convierte en una obsesión.

La muchacha lo miraba con un brillo de preocupación en los ojos

que pasó inadvertido para él.

—¿Dices que muchos hombres han muerto por perseguirlo? —le preguntó completamente pasmado, Serena había roto el silencio—. ¿Conoces la historia del Leviatán?

La cabeza de ella hizo un gesto muy elocuente.

—¿Lo has visto? —inquirió con apremio, no obstante, la negativa de ella lo desilusionó por completo—. Cuando tenga mi propio barco saldré a buscarlo para escribir sobre una criatura tan fascinante, como lo hizo Paul Marshall.

Ella inclinó la cabeza compungida. Escucharlo le provocaba inmensa tristeza.

—¿Quieres marcharte de Wicklow? —preguntó atento—. ¿Dices que corro peligro? ¡Por San Nicolás!, ¿por qué dices algo así?

La mirada de Serena era limpia y transparente. Lograba transmitirle lo que sentía a la perfección. Colin intentó tranquilizarla.

—A mí tampoco me gusta lord Marshall —reconoció—, pero no he reunido suficiente dinero para marcharnos. Ahora no dispongo de las joyas para venderlas porque las tiene él en su poder, e imagino que a buen recaudo.

Serena lo tomó de la mano y le mostró la pulsera de perlas que llevaba puesta en la muñeca.

—¡Son tus perlas! —exclamó él—. ¡No podría venderlas porque son parte de ti! ¡Te pertenecen!

La muchacha dejó caer los hombros como si estuviera agotada. Clavó las pupilas en un punto indeterminado mientras meditaba.

Colin no era consciente del peligro que corría, pero ella sí. La presencia de Thomas Marshall en Brown House tenía un propósito determinado, y no era exactamente ocuparse de ellos dos. Era el hombre que había pasado la mayor parte de su vida buscando a sus hermanas. ¿Cómo no había relacionado él esos hechos? Debía saber qué buscaba Paul Marshall, sin embargo, ella no se atrevía a comunicarle sus sospechas a Colin porque necesitaba tener la mente despejada y el ánimo tranquilo para preparar la huida de ambos.

Tenían que escapar, aunque ignoraba cómo o cuándo podrían hacerlo. Cada instante que pasaban en la casa, junto a la presencia de Thomas, sus posibilidades menguaban.

—¿Por qué no me hablas? —la voz de Colin sonó ofendida—. No me gustan estos silencios tan largos —continuó—, parece que te encierras en ti misma y no compartes conmigo tus pensamientos.

Serena inspiró profundamente antes de mirarlo de nuevo. Colin era un muchacho extraordinario. La había aceptado de una forma maravillosa, sin preguntar, sin cuestionar. Sin importarle qué era ella entonces y lo que era ahora.

—Sé que estás preocupada, pero no permitiré que nadie te haga

daño, te lo prometí —le recordó con afecto genuino—. Eres mi hermana, Serena, ahora y siempre.

La muchacha se lanzó a los brazos de él, Colin la aprisionó con fuerza y le dio un beso sobre el cabello.

—Pronto nos marcharemos —le prometió.

CAPÍTULO 23

Era bien entrada la madrugada cuando Colin despertó sobresaltado, había tenido una pesadilla. Por alguna extraña razón se sentía inquieto. La habitación estaba a oscuras y apenas se escuchaba el sonido del aire que golpeaba el cristal tras la ventana. Se preguntó qué había soñado.

Se apoyó en el codo izquierdo antes de sentarse sobre el lecho, trató de encender la lámpara de gas que estaba en la mesita de noche. Cuando la luz inundó la estancia de un suave tono amarillo, buscó la bata de terciopelo fino para ponérsela sobre los hombros, iba a buscar un vaso de agua porque sentía la garganta reseca. Tomó la lámpara con la mano izquierda para que lo alumbrara durante el recorrido.

Cuando salió al corredor el silencio lo envolvió todavía más, pero en vez de continuar hacia las escaleras de bajada, se dirigió hacia la alcoba de Serena, quería comprobar que se encontraba bien. Accionó el picaporte con cuidado y abrió la hoja de madera con suavidad. El bulto en la cama le indicó que dormía plácidamente. Regresó sobre sus pasos y comenzó a bajar los escalones tratando de no hacer ruido. La casa descansaba y todo estaba en quietud. Llegó al vestíbulo y alzó el brazo para que la tenue luz de la lámpara alumbrara mejor. Cuando enfiló el camino hacia la cocina, un murmullo quedo que provenía del interior de la biblioteca, detuvo sus pasos de golpe. ¡Era la voz del doctor! No obstante, le pareció que hablaba solo. Dudó un momento entre seguir por su camino o preguntarle si le sucedía algo. En un impulso se decidió por esto último. Caminó con paso firme hacia la puerta cerrada y con la mano derecha tomó el picaporte para abrirlo, si bien antes de hacerlo, la voz masculina detuvo su impulso. ¡Hablaban de él! Colin hizo lo más censurable que se podía hacer en una situación así: escuchar tras la puerta.

Apoyó la oreja con cuidado sobre la tibia madera y se fue quedando perplejo a medida que escuchaba las palabras que desgranada la boca del doctor.

Doyle miró a la mujer con rostro sombrío mientras se mesaba el oscuro cabello con impaciencia. Su llegada, poco después de la media noche, le había provocado un sin fin de sensaciones contradictorias. Únicamente aparecía cuando existían complicaciones.

—Sé lo que tengo que hacer —le espetó de forma fría.

Hacía muchos meses que no la veía, que no sabía nada de ella, y ahora, cuando menos lo esperaba, aparecía de repente para tomar las riendas sobre una situación que él tenía controlada.

—¿Qué tengo que actuar con suma prudencia para que no

sospeche nada? —preguntó con voz cargada de tensión—. Pues con tu presencia no estás ayudando mucho que digamos —le recriminó con amargura.

Un silencio repentino inundo la biblioteca. Doyle miraba a la persona que tenía frente así con ojos entrecerrados, ella le correspondía en la mirada, pero sus pupilas tenían un brillo que parecía determinante.

—¡No! —exclamó decidido—. No puedes llevártela. Serena se queda en Brown House. Estamos muy cerca —siguió el doctor con tono grave—, y no pienso dar un paso en falso.

La mujer enfiló los pasos hacia él, pero Doyle con una mano detuvo su avance. Si se acercaba mucho le haría flaquear en su decisión de actuar como creía justo y oportuno.

Había tenido mucho tiempo para aceptar infinidad de cosas, pero no estaba preparado para que lo tocara, ni siquiera rozarlo.

—Estás equivocada —le dijo de pronto—. Colin tiene que seguir en la ignorancia… ¡Suficiente! —bramó con sequedad—. Precipitarás los acontecimientos —cortó con brusquedad.

Ella soltó un suspiro largo y profundo, como si lidiar con él le resultara un enorme esfuerzo. Llevaba horas intentando hacerle comprender la urgencia, pero se mostraba obtuso.

—Serena es la clave —apunto en voz baja—. Y por eso debe continuar en Brown House hasta que pueda actuar y darle caza. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Los hombros femeninos temblaron, pero Doyle no supo interpretar el motivo, podía ser cólera o miedo, aunque llegados a ese punto le daba exactamente igual.

—Tú elegiste Lucinda, y debes dejar que los demás hagamos lo mismo.

Ella trató de tocarlo, pero nuevamente se lo impidió.

—Te amé como nunca he amado a otra mujer, y me hiciste mucho daño, demasiado.

Tras decir las palabras, Doyle se arrepintió, pero antes de poder retirarlas miró hacia la puerta de la biblioteca como si algo hubiera llamado poderosamente su atención. Se llevó un dedo a los labios para que ella no hiciera el menor ruido. Abrió la puerta con brusquedad pero tras ella no había nada. Doyle salió al vestíbulo y observó cada rincón oscuro. Con paso decidido se dirigió hacia la escalera y alcanzó la planta superior con zancadas grandes, Lucinda lo seguía de cerca aunque con la respiración agitada. Llegó primero al dormitorio de Colin y abrió la puerta con suavidad, el muchacho dormía plácidamente. Cerró la puerta e hizo lo mismo con la puerta que cerraba la alcoba de Serena, pero en vez de quedarse en el umbral, se adentró y se dirigió hacia el lecho. La muchacha estaba sumida en un

grato sueño. El doctor se giró sobre sí mismo y comenzó a caminar hacia el corredor. Había tenido un presentimiento, no obstante, se había equivocado. Seguramente la presencia en la casa de Lucinda había alterado sus sentidos. En el pasado, siempre lo hacía.

Juntos abandonaron el corredor superior y de nuevo se introdujeron en la biblioteca, tenían algo muy importante que discutir, y ella no se marcharía hasta que lo hicieran.

***

—¡Serena, despierta! —Colin movía con suavidad los hombros de ella para traerla del sueño profundo en el que estaba sumergida—. Ha llegado el momento de marcharnos, ¿me oyes? —le preguntó en un susurro quedo.

La muchacha abrió los ojos y lo primero que vio fue a Colin inclinado sobre su rostro. Éste le puso un dedo en los labios para que guardara silencio, un gesto absurdo porque ella no podía hablar.

—Tenemos que irnos —al mismo tiempo que hablaba, se levantó del lecho y se dirigió al armario ropero. Rebuscó entre las ropas femeninas un vestido ligero. Encontró uno de muselina verde. Lo sacó y lo lanzo a la cama—. No podemos hacer ruido. ¡Luego te explico!

Colin se giró sobre sí mismo y le dio la espalda para que se vistiera con comodidad. Ella comenzó a hacerlo porque confiaba plenamente en él.

«¿Qué ha sucedido?», se preguntó extrañada. Apenas horas antes estaban sentados en la playa como si no sucediera nada. Colin le había ordenado que no se preocupara, entonces, ¿por qué tantas prisas? ¿Qué había descubierto? ¿Por qué lo veía tan nervioso?

Terminó de vestirse a la velocidad del rayo, pero no pudo recogerse el largo cabello. Éste quedó suelto tras su espalda aunque de momento no la incomodaba. Caminó hacia él y lo tocó con suavidad, Colin se dio la vuelta hacia ella. Tenía la frente fruncida por la preocupación.

—Todos duermen salvo el doctor y esa condesa que conocimos la noche que llegó lord Marshall. Ambos están reunidos en la biblioteca hablando de asesinarnos.

Los ojos de Serena se entrecerraron con horror, un instante después especulativos.

—Tenemos que hace el menor ruido posible, ¿entiendes? Iremos descalzos hasta alcanzar la puerta de entrada. Después correremos hasta que no podamos más. Llegar hasta Dublín nos llevará algunas horas, pero podremos estar allí y escondernos en el puerto hasta que salga el barco que nos llevará hacia Londres.

Ella asintió. Confiaba plenamente en él.

—Vamos.

Ambos llevaban los zapatos en las manos, Colin le echó a ella la capa azul sobre los hombros y le ató las cintas con un lazo. Hizo lo propio con la suya que la llevaba doblada bajo el brazo. Salieron al corredor con pasos muy suaves y descendieron por la escalera despacio para que la madera de los escalones no crujiera bajo el peso de los dos. La mano derecha de Serena se deslizaba por la firme barandilla de latón, con la otra sujetaba los botines de piel de cabritilla que apenas había usado. La gruesa alfombra ayudaba a mitigar el sonido de los pasos. Cuando llegaron al amplio vestíbulo contuvieron el aliento. Colin la sujetó de la mano y la condujo sin una vacilación hacia la calle. Abrir la cerradura sin hacer el menor ruido supuso todo un acto de proeza, pero lo logró. Abrió la hoja de forma muy despacio, gastando un tiempo precioso aunque necesario. El aire fresco de la madrugada los golpeó a ambos cuando salieron, mas no se detuvieron a ponerse los zapatos. Enfilaron el camino que conducía a la playa y comenzaron a caminar de forma apresurada. Luego torcieron hacia la izquierda para coger el camino principal que los llevaría hasta Wicklow y después a Dublín.

Sin embargo, un tiempo después, Serena comenzó a cansarse. Cada vez los pasos los daba más pequeños y respiraba con más fuerza. Le suponía un gran esfuerzo seguir el ritmo de Colin. Hasta que no cruzaron el pueblo de Wicklow y lo dejaron a tras, no se detuvieron a descansar. Se apartaron a un lado del camino y se cobijaron bajo una arboleda espesa.

—Vamos más lentos de lo que pensaba —admitió vacilante.

Serena inclinó la cabeza en dirección al manto de hierva verde que tenía bajo sus pies. Ella no podía ir más rápido, aunque lo intentaba. Caminar se había convertido en un reto que todavía no había perfeccionado.

—Tenemos que poner la mayor distancia posible entre ellos y nosotros.

Recuperaron el aliento y comenzaron de nuevo la marcha, sin embargo, en esta ocasión, más alejados del camino. Sortearon árboles y arbustos. Piedras y diversos escollos. Colin temía que si continuaban andando por el camino podrían avistarlos desde la distancia. La luna brillaba sobre sus cabezas con un haz de luz plateada que les permitía guiarse. A su derecha escuchaban el murmullo del mar que se veía inusualmente calmado. Pero ello era debido a la escasa brisa que los acompañaba. Cuando se percató que ella se quedaba regazada, la tomó de la mano y la ayudó a caminar a su lado.

—Sé que te cuesta, pero es imperativo que pongamos la máxima distancia antes de que emprendan nuestra búsqueda. Y lo harán muy pronto.

Ella lo sabía, pero mantener su peso sobre la planta de sus pies,

era un suplicio porque le costaba mucho mantener el equilibrio. Sentía los talones doloridos, los tobillos pesados, y los gemelos duros como las piedras, a pesar de ello se esforzó al máximo, y asida de la mano por él continuó la marcha sin una queja, sin un solo lamento mostrando una determinación loable.

Cuando el alba despuntó sobre el horizonte, Colin detuvo la marcha de nuevo. Percibía la respiración agitada de ella, escuchaba el sonido al arrastrar los pies, y supo que tenía que darle un respiro. Él podría alcanzar Dublín mucho antes si caminara solo, pero tenía que respetar las limitaciones de Serena.

¡Lo estaba haciendo genial! Era una muchacha especial.

—Cuando lleguemos a Dublín descasaremos. Conozco un lugar donde estaremos a salvo.

Serena no imaginaba cómo podrían dos chicos solos estar a salvo en una ciudad tan grande, y aunque no la conocía, había escuchado a los sirvientes referirse a ella como una ciudad inmensa y bulliciosa.

—Es una pensión humilde donde se hospedan los marineros antes de embarcar de nuevo.

Ella lo miró con algo parecido a la reticencia.

—No suelen hacer preguntas —le dijo quedo—. Me haré pasar por marinero y alquilaré una habitación para los dos. Estaremos ocultos los días que resten antes de embarcar hacia Londres.

Serena no lo veía tan claro. Eran dos adolescentes solos. Si alguien reparaba en ellos, suscitarían muchas preguntas, máxime cuando las ropas que vestían no eran humildes sino que denotaban un estatus social elevado.

—Si te ven, harán preguntas comprometedoras —respondió a la pregunta mental de ella—. Pero no permitiremos que eso suceda —Colin respiró profundamente varias veces antes de tomarla de nuevo de la mano con delicadeza—. Sigamos —le dijo—, antes de que la ciudad despierte y seamos un objetivo demasiado visible.

Continuaron la marcha en silencio.

CAPÍTULO 24

El olor del puerto le provocó a Serena una arcada que contuvo a duras penas. Se puso la mano en la boca para disimularlo.

El insoportable hedor del pescado podrido, de las cajas de maderas salobres y el orín de algunos rincones, le penetraban por los orificios de la nariz causándole un enorme malestar físico. Ese olor ácido era nuevo para ella y no le gustó en absoluto. Ambos permanecieron quietos y ocultos entre las enormes cajas apiladas a un lado del malecón, muy cerca del edificio principal de una vieja fábrica que estaba en desuso. Colin ajustó la tela de su capa en torno a su cuerpo porque el aire frío y la humedad del agua traspasaban el tejido que lo abrigaba. Tanto él como Serena se resguardaron todavía más y juntaron sus cuerpos para compartir el calor que exhalaban. Debían esperar a que la posada abriese, y todavía faltaban un par de horas para ello. Afortunadamente, se encontraba muy cerca, a unas tres manzanas enfilando la calle principal.

El estómago de Serena rugió de hambre y él la miró perplejo.

—Siempre estás hambrienta.

Ella parpadeó de forma inocente. Caminar suponía un gasto de energía considerable, y por ese motivo tenía siempre tanto apetito.

—Puedo buscarte algo de fruta aunque te advierto que es posible que esté podrida.

Serena apretó los labios con asco. Prefería pasar hambre a comer algo podrido o que oliese tan mal como el tufo que flotaba a la altura de su nariz, incluso sobre su cabeza.

—Huele bastante mal —admitió él. Hacía mucho tiempo que no pisaba un muelle, y aunque creía que estaba acostumbrado al nauseabundo olor, no era cierto—. Huele así porque los marineros destripan los pescados muy cerca de donde nos encontramos.

La muchacha entrecerró los ojos mostrando un desinterés abrumador. No le atraía en absoluto conocer lo que hacían los hombres con los seres que vivían en el mar y que lograban capturar con sus barcos.

—¿Qué por qué no entierran las tripas? —preguntó atónito.

Nunca se había parado a pensar en el motivo, pero si los marineros y comerciantes enterraran los restos y desperdicios del pescado, el puerto no olería así.

—Imagino que las sobras las echan al mar para que otros peces se alimenten de los restos. Pese a ello, siempre quedan vísceras y fluidos en el suelo que no se molestan en limpiar.

Serena inspiró profundamente ante la explicación de Colin. Le

parecía un horror que los hombres no fuesen más cuidadosos. Muchos peces morirían si se comían los restos de otros ¿acaso lo ignoraban?

—Vamos, es la hora de llegar hasta la posada.

Serena se levantó al mismo tiempo que él. Lo siguió sin soltar su mano. Esa parte del puerto estaba solitaria, Colin lo había examinado días atrás para conocer el lugar más propicio para esconderse hasta que todo cobrara vida de nuevo. A medida que caminaban, Serena lo observó todo con sumo interés. Enormes barcos de arrastre de redes, barcazas a remos, boyas y tinajas para la captura del pulpo, aguardaban pacientemente esperando la llegada de los capitanes y marineros para comenzar las diversas labores.

Cruzaron por la fachada norte de un pequeño edificio habilitado para la venta del pescado. Allí se reunían negociantes para vender o intercambiar sus mercancías. Serena ignoraba que la compra y subasta de los pescados se hacía a pleno pulmón, y que solía ganar las mejores ofertas siempre el más rápido. En el otro extremo del puerto, justo en la zona más abrigada, se encontraba la flota deportiva. Los hermosos veleros se mecían al compás de la suave marejada. Sin lugar a dudas debían pertenecer a la nobleza y ricos comerciantes porque algunos de los veleros eran espectaculares.

Pero ninguno de los dos pudieron llegar a la posada como pretendían. Justo cuando se encontraban a mitad de camino, fueron acorralados en un estrecho callejón por un carruaje tirado por dos caballos y tres mercenarios sanguinarios. Uno de ellos apresó a Serena y la inmovilizó, mientras el otro trataba de golpearlo para dejarlo inconsciente. Aunque Colin era un muchacho fuerte y grande, el esbirro era demasiado ducho en peleas y logró doblegarlo con suma facilidad. Cuando Serena y él estuvieron sujetos con las manos atadas a la espalda, el tercer sicario abrió la puerta del carruaje y ambos fueron introducidos con brusquedad hacia su interior. Cayeron en el duro suelo sin contemplaciones. Dos de los matones entraron tras ellos para continuar sujetándolos, el tercero se había subido al pescante para conducir el vehículo. La sorpresa de Colin fue monumental al clavar sus ojos azules en la persona que los miraba desde su posición sentada.

¡Era lord Thomas Marshall!

Uno de los matones lo alzó con brusquedad y lo sentó sobre el mullido sillón de terciopelo verde oscuro. Hizo lo propio con Serena que estaba mortalmente asustada. Tenía las pupilas dilatas, quizás por la poca luz en el interior del carruaje, quizás porque el temor lograba superarla.

Colin era un muchacho inteligente, y supo por la mirada que el lord le dedicó a sus hombres, que no había ido a buscarlos porque estuviera preocupado por ellos. Tramaba algo, y supuso que no sería

nada bueno.

—¿Por qué motivo nos ha atado? —espetó Colin con voz dura—. No hemos hecho nada malo.

El silencio se apoderó del interior del vehículo sin que ninguna de las cinco personas dijera nada. El noble tocó con la punta de su bastón el techo, y el carruaje comenzó a deslizarse por los adoquines grises. Tras unos momentos de observación mutua, Colin volvió a inquirir sobre los posibles motivos para un secuestro.

—¿Qué pretende? ¿Nos lleva de regreso a Brown House? —insistió con el mismo tono de voz alterado. El hombre le hizo un gesto negativo que le abrió a Colin una puerta de posibilidades y todas desastrosas—. Doyle sabrá que nos ha secuestrado —siguió, y al fin el hombre rompió su silencio.

—Te he mandado seguir desde hace días. Observando cada uno de tus movimientos tanto en Wicklow como en Dublín.

La voz ronca reverberó en el pequeño habitáculo.

—¿Por qué? ¿Qué quiere? ¿Qué busca? —quiso saber Colin con una voz que, aunque temblaba, pudo disfrazar de furia.

—Busco un tesoro maravilloso —la cabeza de águila del bastón del médico señaló a Serena que se encogió de miedo—. ¿No lo sospechabas?

—¿Un… un tesoro? —repitió con un hilo de voz.

Colin no temía por él, pero cuando se trataba de la seguridad de Serena, su cuerpo temblaba.

De nuevo el silencio se apoderó del adulto que los observaba con ojos entrecerrados. Él pensó que tenía una mirada peligrosa y que no auguraba nada bueno. Por la ventanilla del carruaje se percató que dejaban atrás la ciudad de Dublín y continuaban hacia el norte.

—¿Qué pretende hacer con nosotros? —se aventuró a preguntar.

Tenía que saber cuanto antes qué planes tenía. Estaban atados, y con la compañía de hombres peligrosos, Colin no esperaba un desenlace feliz.

El noble se metió la mano enguantada de cuero negro en el bolsillo lateral de su pantalón, sacó un objeto y se lo mostró. Era el anillo que él había vendido en una joyería de Dublín semanas atrás.

—Mi hermano tenía joyas como esta —era cierto. Colin las había tenido en sus manos—. Y sé que hay muchas más en el lugar donde naufragó.

Los ojos de Colin se dirigieron hacia Serena atónitos.

—El cofre que contiene las joyas está en su posesión —respondió raudo. Él se las había entregado a Doyle, y el doctor al lord—, no hay nada más.

Marshall apoyó la espalda en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada. Mantuvo el bastón de pie en clara

amenaza.

—Las joyas que me entregó Doyle son bagatelas en comparación con las que hay escondidas en la isla donde habéis estado. —El dedo masculino apuntó a Serena imitando el gesto de disparar un arma—. ¿Verdad?

Colin tembló inesperadamente.

¿Cómo podían escapar si estaban atados? ¿Cómo, por San Nicolás, podría enfrentarse un muchacho como él a esos delincuentes?

—Al principio —comenzó el hombre—, cuando Paul me habló del naufragio de su barco donde perecieron su mujer y sus dos hijos varones, no le di la suficiente credibilidad en aquel momento. —Colin entendió que Thomas Marshall había sabido desde el principio que él no era su sobrino ni Serena su hermana—. Me habló de un lugar maravilloso donde viven seres fantásticos como el Leviatán que custodia un grandioso tesoro. Creí que estaba loco de verdad, pero entonces me enseñó las joyas que había encontrado en una isla desconocida cerca de las costas de Noruega e incluso Islandia, no supo precisarlo con exactitud, pero Paul era un hombre muy astuto. Me mostró los dibujos que había hecho, y todos los datos que había acumulado.

Algo no tenía sentido, se dijo Colin. Lord Marshall no se hablaba con su hermano desde hacía muchos años, ignoraba incluso qué había sido de él tras huir por amor a Irlanda dejando atrás Inglaterra… Colin sufrió un sobresalto y contuvo un gemido preñado de sorpresa, frente a él no estaba Thomas Marshall, sino Brendan Craig, el doctor que había tratado de su locura a Paul Marshall.

—Paul necesitaba ser comprendido —continuó el falso lord sin dejar de mirarlo—, demostrar que no estaba loco. Por ese motivo me mostró las cartas de navegación que había conseguido reunir. El diario que había escrito, así como varios mapas con anotaciones importantes, incluso las joyas que encontró en la isla y que demostraban que no era un demente.

—Imagino que todo se perdería en el naufragio —admitió entre susurros—, Paul Marshall lo perdió todo, incluso la vida —apuntó Colin con la respiración agitada.

De nuevo el silencio se instaló en el habitáculo. El hombre de nariz aguileña apenas parpadeaba. Seguía mirando a Colin con un escrutinio tan intenso que le provocó un salto en el estómago.

—Lo sé —respondió el hombre poco después—, pero no necesito las cartas de navegación ni el diario con las anotaciones, os tengo a vosotros y es suficiente. Me llevaréis a la isla que no aparece en los mapas.

Colin parpadeó confuso. Él no sabía dónde se encontraba la isla que buscaba el hombre. Ni que en ella hubiera realmente un tesoro

magnífico. La había pateado de norte a sur, de este a oeste, y no había encontrado nada salvo lo que el mar le vomito: el cofre y el arcón. Inspiró profundamente porque todo se volvía mucho más negro. Ni él ni Serena tenían posibilidades de escapar. Era plenamente consciente que los eliminarían justo en el momento que ya no fueran necesarios.

—Debo decir que siento una enorme curiosidad —comenzó Brendan Craig—, si no ibas en el barco de Paul Marshall, ¿cómo te hiciste con sus joyas? —Colin iba a responderle, pero el hombre se le adelantó—. No, no me lo digas, porque tu barco naufragó muy cerca de la isla que esconde el maravilloso tesoro. ¡Mi tesoro!

—En la isla no había ningún tesoro —reconoció quedó—. Pasé muchas semanas hasta que el mar me llevó una barca en la que logré escapar hasta que el Ollainnis me rescató.

Colin se mantuvo en silencio mientras el carruaje avanzaba hacia un destino desconocido.

—Fuiste muy osado haciéndote pasar por su hijo.

—No lo hice —respondió conciso—, el doctor Doyle lo supuso cuando nos rescató, y no lo saqué de su error —continuó con voz firme—. El resto imagino que ya lo sabe.

El hombre entrecerró los ojos para escudriñarlo mejor. El muchacho se comportaba con suma valentía, no obstante, si sospechara siquiera los planes que tenía para él, no se mostraría tan tranquilo.

—¿Qué le ha sucedido al verdadero lord Marshall? —preguntó muy interesado.

La mirada de desdén que le dedicó el falso lord le provocó un escalofrío en la nuca.

—Es un viejo decrépito. Sigue en su mansión londinense ajeno a todo. Hacerme pasar por él no resultó difícil, la verdad.

Colin trataba de comprender por qué motivo Brendan se había hecho pasar por un noble inglés. Cómo había llegado la información del rescate de ellos hasta él. Había muchas piezas que no encajaban.

—He de admitir que ha resultado toda una sorpresa que no negaras la verdad —nuevamente lo señaló con el dedo.

Ese gesto comenzaba a irritar a Colin que se mantuvo pasivo aunque alerta.

—No tendría sentido hacerlo —reconoció—, pero todo este esfuerzo no sirve de nada porque no sé dónde se encuentra la isla que busca.

Brendan Craig soltó una estruendosa carcajada.

—Ya lo creo que sabes dónde se encuentra —el hombre dijo la frase en un tono escalofriante.

Colin no pensaba preguntarle qué pensaba hacer con ellos, no iba a darle esa satisfacción. Iba a encontrar un medio para huir y buscar

ayuda.

De repente, el carruaje se detuvo con cierta brusquedad y uno de los matones abrió la puerta y la mantuvo abierta, por ella salió Brendan y posteriormente Serena que fue empujada por otro sicario. Colin fue el último en salir del interior del carruaje y cuando lo hizo se percató que estaban muy cerca de una playa. En la arena había una barca de remos, dos hombres de igual calaña que los que había en el carruaje, esperaban la llegada de ellos. A una cierta distancia, un velero de tres mástiles estaba fondeado en el agua.

Colin comprendió de inmediato.

No podía permitir que los subieran a la barca porque entonces estarían perdidos. Comenzó a patalear y a tratar de desasirse. Serena lo miraba con ojos horrorizados. En el rostro mostraba de forma clara el miedo que la invadía.

—¡Soltadme! —exclamó con energía, pero tenía las manos atadas. Uno de los matones lo sujetó con más fuerza—. ¡No iré a ningún lugar! —bramó mientras se debatía.

Otro de los hombres iba empujando a Serena hacia el interior de la playa, hacia la barca varada en la arena.

Colin recibió un fuerte bofetón en la cara que propició el efecto contrario al que pretendía su captor. Se debatió con mucha más fuerzas dando patadas a izquierda y derecha.

—Si no te mantienes quieto le haré daño a la muchacha —las palabras de Brendan no lograron detenerlo, Colin siguió pataleando y dando mordiscos a su captor.

Recibió un puñetazo en el estómago que lo hizo doblarse en dos. Tosió para recuperar el aliento, y cuando miró hacia donde sujetaban a Serena, se paró de golpe. El hombre la sostenía por los cabellos mientras le colocaba un puñal bajo la barbilla. Una línea púrpura comenzó a manchar el níveo cuello femenino.

—Ella no tiene la culpa. Si nos mata, será buscado por asesinato —le espetó al mismo tiempo que escupía la sangre que le llenaba la boca—. Ya le he dicho que ignoramos dónde se encuentra esa isla.

El fuerte puñetazo había logrado que él mismo se hiciera una herida. Se había mordido sin querer el interior de la mejilla derecha.

Y entonces ocurrió un silencio que se le antojó eterno. Apenas soplaba brisa y el mar se mostraba muy quieto. Colin aprovechó el lapsus para soltar una patada al hombre que estaba más cerca de él. Se levantó a la velocidad del rayo y empujó a otro con el hombro, pero apenas lo movió de su sitio. Nuevamente fue sujetado por dos brazos de hierros.

—Tienes razón —admitió Craig—, no me sirves, pero ella nos llevará hasta allí si no quiere recibir el mismo trato.

A Colin no le dio tiempo de saber a qué se refería, y de pronto,

sintió que una hoja de acero le penetraba en la carne y le perforaba el costado izquierdo. El matón lo había apuñalado a un gesto de su amo. Cayó de rodillas al suelo y lanzó un grito de dolor. Comprobó que la herida sangraba profusamente. Aunque no había sido mortal, si era lo suficientemente importante para causarle la muerte si no lo atendían a tiempo. Percibió que lo alzaban con brusquedad de donde estaba tendido en la arena, y le obligaron a caminar hacia el lugar donde estaba situada la barca.

—Gracias a Dios ya no tendré que escuchar tu parloteo, ahora te mantendrás completamente callado o recibirás otras.

Colin era consciente que estaba en clara desventaja. Con las manos atadas y la cuchillada en su costado, apenas podía mantenerse erguido, mucho menos combatir.

"Si subimos a la barca estamos perdidos" balbuceó mentalmente pero ella lo escuchó.

Se giró hacia él y Colin vio con claridad que tenía las mejillas empapadas en llanto.

Apenas se había comunicado con él desde que habían sido apresados cerca de la posada. Colín no entendía el motivo.

Los ojos de Serena se clavaron en la mancha de sangre que tintaba de rojo la camisa blanca, el fluido de vida se extendía con mucha facilidad sobre el tejido. Los subieron sin contemplaciones en la pequeña embarcación. Colin cayó como un saco de avena en el interior y quedó arrebujado en el rincón de proa.

—Canta, Serena, canta —le pidió en susurros.

El dolor de su costado resultaba insoportable, si bien recordó con viveza que el canto de ella paralizaba todo lo que respiraba. Colin no tenía modo de saber que Serena se sentía inmovilizada por el miedo. Estaba terriblemente asustada y sin capacidad de reacción.

—Canta, pequeña, canta —insistió.

Colin no podía sujetarse la herida con la mano, aunque las ansias de hacerlo para mitigar el pulsante dolor, era acuciante.

Dentro de su temor, Serena escuchó el encarecido ruego de él. Lanzó un chillido de tal magnitud que los hombres se tuvieron que tapar los oídos sobresaltados. Colin creyó que se le iban a perforar los tímpanos, no podía cubrirse las orejas porque tenía las manos atadas tras la espalda, y al dolor de su costado se le unió el de cabeza que convergió en un estallido que le provocó un alarido de sufrimiento.

El sonido de Serena era aterrador. Ella siguió chillando con una fuerza inaudita.

—¡Hazla callar! —bramó Craig que no podía quitarse las manos de la cabeza. El tono agudo era espeluznante y tan intenso que parecía que el cráneo se le iba a partir en dos.

Uno de los hombres cayó a la playa mientras se retorcía sobre sí

mismo. Le salía sangre de uno de los oídos. Ninguno de los cinco escucharon el sonido de otro carruaje que llegaba hasta el lugar donde estaba parado el negro. Un bote venía también hacia ellos desde el velero. Varios marineros habían visto desde la distancia lo que ocurría en la playa y trataban de socorrer a su amo.

Pero Serena no dejó de chillar, gritó y gritó con tanta fuerza que los cristales del carruaje estallaron en cientos de pedazos que quedaron esparcidos por el camino. Los caballos relincharon con fuerza y se encabritaron, y hasta el bote varado en la arena, llegaron varios hombres uniformados que avanzaban con dificultad y con las manos puestas en los oídos. Una mujer los precedía y llegó hasta ellos mucho antes de que lo hicieran los guardias.

“Deja de gritar, pequeña”

Serena abrió los párpados y vio frente a sí el rostro de una mujer. Era la misma que había traicionado al doctor Doyle. ¡La condesa fría! Cuando silenció su garganta pudo escuchar silbidos y más guardias que llegaban en diversos carruajes. La mujer la abrazó para consolarla pero ella estaba tan agitada que no se percató del abrazo que recibía. Los guardias comenzaron a detener a los hombres que trataban de huir. Los que venían en dirección a ellos en bote, dieron la vuelta y se dirigieron de nuevo al barco.

Brendan Craig fue arrestado por el jefe de policía de Wicklow y conducido hacia uno de los carruajes que tenía barrotes de hierro en vez de puertas.

Doyle se apresuró a prestar ayuda a Colin que se retorcía de dolor en el interior del bote.

—Tranquilo muchacho. Ya ha terminado todo…

CAPÍTULO 25

La herida de Colin había resultado muy seria, pero la ayuda de Doyle había llegado a tiempo. Brendan Craig y sus matones habían sido arrestados por la policía y puestos a disposición judicial. El barco había sido requisado por la policía del puerto que previamente habían sido avisados por el mismo doctor. Los cargos contra Craig eran, intento de asesinato y secuestro de menores. Le esperaba una condena larga entre rejas.

A Colin le preocupaba enormemente que saliera en libertad y terminara lo que había comenzado, sin embargo y de momento no tendría de qué preocuparse. Aunque nunca en su vida había pasado tanto miedo, y no por él, sino por ella.

Doyle entró por la puerta llevando una taza de té. Colin estaba sentado en el lecho convaleciente, aunque estaba deseoso de levantarse para saciar la curiosidad que sentía. ¿Cómo había descubierto Doyle dónde los llevaba Craig? Mejor, ¿lo que pretendía hacer con ellos? ¿Quién era realmente la condesa muda que había consolado a Serena en la barca? Tenía muchas preguntas, y estaba a punto de recibir las respuestas.

El doctor se sentó a los pies del lecho y le entregó la taza humeante. Las espirales de vapor le calentaron las mejillas. Sopló y tomó un sorbo. La mirada de Doyle era inexplicable. El rostro mostraba una serenidad que le resultó tranquilizadora. Siguió bebiendo en espera de que él comenzara la conversación, pero no lo hizo. Cuando terminó de tragar el último sorbo, dejó la taza sobre la mesilla de noche, aunque al hacerlo la herida del costado se resintió.

—Pronto estarás bien —le dijo el doctor al mismo tiempo que le palmeaba una pierna por encima de la colcha—. ¿Por qué Colin? ¿Por qué motivo os marchasteis de forma tan repentina y ha escondidas? Me consumió la preocupación —confesó el doctor.

—Me desperté sediento e inquieto y bajé a la cocina a buscar un poco de agua. Escuché su voz tras la puerta de la biblioteca, y tomé una decisión precipitada. Creí que pretendía hacernos daño.

Doyle inspiró profundamente porque era precisamente lo que había imaginado, y ese gesto le dio alas a Colin para inquirir sobre la conversación que había escuchado a escondidas la noche anterior.

—Necesito saber —comenzó aunque calló un momento, como si escogiera las mejores palabras para formar la frase—. Tengo muchas preguntas y obtengo pocas respuestas.

Y era cierto. No obstante, esperó paciente a que Doyle se decidiera.

—Permíteme que te cuente una pequeña historia —le dijo el doctor con voz clara y firme—. Conocí a Paul Marshall hace muchos años, como ya te mencioné tiempo atrás en el Ollainnis, fue cuando regresábamos a Dublín. Lo conocí cuando su esposa Margaret cayó enferma y la ingresó en el hospital donde yo trabajaba. Por aquel entonces lo ignoraba todo con respecto a él. Tiempo después me reveló que su hermano lord Thomas había desaprobado su matrimonio desde el mismo comienzo. Paul había conocido a Margaret en una feria de ganado en Dublín, y se enamoró de ella de una forma completa, tanto, que renunció a toda su vida en Inglaterra por estar a su lado. Se vino a Irlanda a vivir, y entre él y yo se forjó una intensa amistad que se consolidó cuando Paul perdió a su esposa y sus dos hijos pequeños en un naufragio. Nunca más fue el mismo hombre que yo había conocido. Se obsesionó de tal forma con el mar que solía embarcar muy a menudo y se pasaba meses enteros lejos de tierra.

Doyle tomó aire y silenció sus palabras, como si meditara en profundidad lo que relataba. El doctor continuó.

—Lo acompañé en uno de esos viajes porque temía que le ocurriera algo malo y en ese viaje descubrimos algo asombroso —no hizo falta que le relatará qué, Colin ya lo suponía, se refería a las sirenas—. Nos adentramos sin pretenderlo en un rosario de pequeñas islas que Paul quiso explorar de inmediato a pesar de mi reticencia, pero el mal tiempo no nos lo permitió. Regresamos a puerto entre gritos y enfados. Poco después había embarcado de nuevo, y durante mucho tiempo no supe qué fue de él. De tanto en tanto regresaba con historias asombrosas que yo no me creía a pesar de las pruebas que me mostraba, pero como buen amigo y para demostrar que estaba equivocado con respecto al diagnóstico que le practicaba sobre su locura marina, siguió mi consejo, y decidió visitar a un especialista.

Colin supo que se refería al doctor Brendan Craig.

—Con el tiempo partió otra vez, salvo que ya no regresó. Durante meses no supe qué fue de él, pero cuando me llegó la noticia del naufragio del Revenge, decidí salir a buscarlo. El Ollainnis además de ser un barco mercante, es el barco que se encarga de auxiliar a las posibles víctimas de naufragios. Buscando a mi amigo Paul, tropezamos contigo y con Serena.

Colin meditaba en todo lo que le estaba relatando el doctor, pero había muchas cosas que no encajaban en su rompecabezas.

—¿Sabía que no era hijo de Marshall y no me desmintió? —hizo la pregunta como si hasta ese momento no hubiese captado el significado del silencio del doctor.

—Cuando vi a Serena supe que tenía que guardar silencio sobre ti, sobre vosotros.

—¿Y la condesa? —se atrevió a preguntar.

Doyle hizo una mueca antes de responderle.

—A Lucinda la conocí cuando la casa donde vivía se incendió por completo. Eso me hizo creer ella entonces —respondió quedo—. La trajeron muy malherida al hospital donde la traté durante semanas. Era un joven doctor que acababa de terminar mis estudios universitarios. Me centré tanto en la hermosa mujer que trataba de curar, que me olvidé de todo, incluso de mí mismo —confesó aturdido—. Durante mucho tiempo pensé que mis sentimientos por ella eran correspondidos, pero una mañana se marchó de mi lado sin decir adiós. Poco después se casó con un conde mucho mayor que ella. Él murió al poco tiempo, pero ella no regresó a mí hasta que tú y Serena entrasteis en mi vida.

—Es… —Colin calló un momento—. Es como Serena, ¿verdad?

No lo sabía con seguridad, sin embargo Colin lo sospechaba.

—En un principio no tenía modo de saber que era un ser especial y único —admitió conciso—, pero al ver el milagro de su curación, indagué e investigué hasta que me di cuenta que se comunicaba conmigo mentalmente, conmigo y con nadie más.

¡De la misma forma que Serena se comunica conmigo! Se dijo Colin.

—Me costó mucho aceptar su explicación, incluso hoy me cuesta admitir que pertenece al mar y no a la tierra. Y me duele profundamente verla de nuevo tan hermosa y saber que la he perdido para siempre.

Colin lo miró de frente, y al ver los ojos soñadores comprendió demasiado bien lo que ocurría. ¡El doctor amaba a una sirena!

—Ahora entiendo la explicación que ofreció al capitán y a la tripulación del Ollainnis sobre Serena. —Colin inspiró profundamente y se mordió el labio inferior mientras miraba a un punto indeterminado de la alcoba—. ¡Las protege! —exclamó estupefacto.

Doyle no lo negó.

—Igual que lo hiciste tú —le respondió el otro.

Colin ataba cabos. Analizaba razonamientos, y pensaba a toda velocidad.

—Lucinda está aquí para proteger a sus hermanas de hombres como Paul Marshall y Brendan Craig. Es lo que se llama una Centinela —le explicó el doctor.

—¿Centinela? —inquirió Colin atónito.

«¿Serena es una centinela?», se preguntó incrédulo.

—Algunos hombres como Paul Marshall consiguen dar con ellas al salvarse milagrosamente de los naufragios, y ellas no pueden permitir que esa información transcienda. Por ese motivo existen centinelas como Lucinda. También las hay cazadoras.

—¿Serena es una centinela o una cazadora? —preguntó casi en un

susurro, y recordó perfectamente el día que le mordió con esos dientes afilados que solo mostraba cuando tenía hambre.

Doyle hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Serena es un cantor.

—¿Cantor? —preguntó Colin muy interesado.

—Seres que emiten sonidos melodiosos —Colin hizo un gesto afirmativo—. Como las aves, los delfines…

—Y las sirenas —concluyó en voz baja— pero también emite unos chirridos horribles. En dos ocasiones casi me perfora los tímpanos.

Doyle mostró una sonrisa al fin. Colin relajó los hombros porque el peso que sentía sobre ellos había disminuido considerablemente. Otra persona conocía el secreto de las sirenas, pero era una buena persona.

—Según me explicó Lucinda solamente las centinelas se adentran en tierra firme para proteger a su especie cuando se sienten amenazadas. Deciden perder su cola de forma voluntaria y exponen su vida al peligro, pero lo hacen para proteger al resto.

Colin lo escuchaba atentamente. Serena había perdido su cola para ayudarlo. Se expuso al peligro por él. Y se sentía enormemente agradecido.

—Nunca una sirena tan joven y menos un cantor había abandonado su mundo en el mar. —Colin soltó el aire que retenía en sus pulmones poco a poco—. No la habían preparado para el dolor, y para lo que se encontraría una vez fuera de la protección del agua.

—Serena lo hizo para auxiliarme —la defendió él—. Sus hermanas me habían descubierto, y me ayudó a escapar de la isla.

—Lucinda estaba aquí por Paul Marshall, era el hombre que las había descubierto y escrito sobre ellas. Había acumulado ingente información y se disponía a perseguirlas y mostrarlas al mundo, salvo que no lo logró.

—Entiendo… de transcender esa información acabaría con todas ellas y su mundo —matizó Colin.

Doyle asintió y Colin entendió que Paul Marshall había obtenido aquello que había buscado: su fin.

—Lucinda tenía firmes sospechas no solamente sobre Marshall. Creía firmemente que éste tenía un confidente, yo también lo creí, si bien ignorábamos quién podría ser. Intuía que se dedicaba a la medicina y por eso tanteé a muchísimos colegas y amigos —Colin no se perdía detalles de lo que le explicaba Doyle—. Como último recurso invité a mi amigo y colega Drummón para que examinara la voz de Serena, pero también me equivoqué con respecto a él. Jamás sospeché que Brendan Craig se haría pasar por lord Marshall para llegar hasta vosotros.

—¿No lo conocía en persona? —se aventuró a preguntar.

Doyle negó repetidamente.

—Conocía solo lo que Paul me había contado sobre él y el interés que mostraba sobre la isla que había descubierto.

—Lord Thomas… —Colin rectificó—, Brendan Craig me inspiraba miedo —confesó un tanto avergonzado—. Entonces, ¿cuándo comenzó a atar cabos sobre él? —preguntó con voz apresurada.

—Cuando contemplé su interés en el libro que habías escogido en la biblioteca de mi hogar…

—Siempre que baila el mar —se adelantó él.

—Paul Marshall estaba obsesionado con ese libro. Siempre lo llevaba consigo, y supe que era la persona que había escuchado toda la información que había desgranado mi amigo. Era el hombre que había organizado una expedición para dar con la isla que había descubierto Paul, y tú.

Colin bajó los párpados para analizar todo lo que le relataba el doctor.

—Buscaba un tesoro.

—Lo sé —Colin lo miró con sorpresa–, por ese motivo le entregué las joyas que tú habías rescatado. Las mismas que Paul me enseñó a mí, y supongo que a él.

—En la isla no existe ningún tesoro —confesó el muchacho con voz decidida.

Doyle relajó la tensión de los hombros y cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada.

—Eso nunca lo sabremos…

***

Serena miraba de forma muy compungida a la señora que estaba sentada a su lado. Había intentado tomarla de la mano, pero no se lo permitió. No hacia falta que emitiera sonido alguno, ambas se comunicaban con la mente e intercambiaban un río de reproches. Desde su frustrada huida, y desde que Colin había sido herido en el costado, la angustia y la desesperación habían hecho presa de ella. Nunca en su vida había pasado tanto miedo, y todavía lo sentía: unos profundos calambres en el estómago, y una sensación aplastante en el pecho.

“Tengo que protegerte” , dijo la mujer con rostro sombrío.

Serena giró el rostro para contener las lágrimas. Ella no quería marcharse de Brown House. No quería alejarse de Colin.

“No puedes quedarte aquí con él”. Insistió.

“¿Por qué”, preguntó angustiada.

Colin era el único amigo que conocía, lo quería muchísimo, y no podía apartarse de él. ¡La había salvado varias veces! Le debía todo.

“Porque es un ser humano, y tú un ser que pertenece al mar”.

Serena hipó para contener las lágrimas. “Lo harás sufrir mucho… si te quedas”. Ella no podía comprender esas palabras porque estaba convencida que no se hacía sufrir a las personas que se querían, todo lo contrario, quedarse con ellas era la muestra más palpable de cariño.

“Es la única familia que tengo”, le dijo la muchacha entre ásperos sollozos. “Me protegió incluso de ellas”.

Serena recordaba perfectamente lo mal que lo pasaron ambos cuando trataban de huir de la isla. Habían estado a punto de perecer, pero se habían salvado gracias al Ollainnis y al doctor Doyle.

“Perteneces al mar, le debes lealtad”. Le dijo la condesa.

Serena no la miraba, le resultaba imposible. La mujer pretendía que se fuera a vivir con ella, y eso era del todo imposible. No pensaba abandonar a Colin, nunca lo haría.

“No somos como ellos”, le dijo Lucinda para convencerla, y en un arrebato, Serena se subió la falda del vestido color turquesa y le mostró las piernas enfundadas en medias de seda blanca.

“Ahora soy una chica con piernas, ya no soy un ser del mar”.

Lucinda la miró con una intensidad abrasadora.

“¿Lo amas”, le preguntó sin ambages.

Serena meditó la pregunta. Ella todavía no encontraba la diferenciaba entre el cariño y el amor, sin embargo, lo que sentía era demasiado intenso, tanto que no le importaría dar su vida por la de él. Solo sabía que no quería estar lejos de Colin, se moriría si lo hacía. Se había convertido en una parte de sí misma, el único con el que podía hablar y comunicarse.

“Ellos son diferentes”, le dijo Lucinda. La muchacha la miró sin comprender. Le extendió las manos y se las mostró. “Es cierto, tenemos pies y manos como ellos, pero no tienen la capacidad de sobrellevar como nosotras los avatares del tiempo”.

Serena seguía sin comprenderla.

La respiración de la muchacha era un tanto agitada porque el nudo que sentía en la garganta crecía y crecía hasta asemejarse a una nuez. Le impedía tragar el aire con normalidad.

“Cuando conocí al doctor Doyle era un muchacho apuesto y muy decidido”.

Serena clavó sus pupilas en las de Lucinda con interés desmesurado.

“Envejecen mucho más rápido que nosotras”, le respondió al fin. “Por ese motivo decidí alejarme de él, aunque por ello me arrepintiera todos estos años”.

“Yo no abandonaré a Colin”, continuó terca.

Lucinda la miró con cierta envidia. Era tan joven que no podía percibir el enorme sacrificio que había hecho al renunciar al único hombre que había amado en la vida.

“Soy un centinela. Mi misión es vigilar que nuestras hermanas vivan en paz y sin peligros. Que los hombres sigan en la ignorancia con respecto a nosotras. Ese es mi cometido, y ahora el tuyo”.

“No deseo esa misión”, confesó aturdida.

“No tienes más opción que aceptarla”. Le dijo la otra.

Serena se pasó la palma de las manos por el cabello para tratar de tranquilizarse. Ella quería ser una muchacha como otra cualquiera. Quería aprender a montar a caballo. A patinar sobre el hielo. Ella no quería perseguir a hombres malvados el resto de su vida.

“Ya no soy una sirena”, le dijo al fin. “Soy una muchacha que aprendió a bailar fuera del mar”.

Las lágrimas descendían por las mejillas sonrosadas.

Lucinda supo que no podría convencerla. Era demasiado joven para comprender la importancia de la misión.

“¿De verdad quieres ser una muchacha normal?”.

Los ojos verdes se clavaron en Lucinda con candor. No quería, ¡lo deseaba con todas sus fuerzas!

“Entonces harás lo que yo te diga”.

***

Tras varios días de conversaciones con Doyle, Lucinda había abandonado Brown House. Durante horas se había mantenido encerrada en la biblioteca con el doctor diseñando un plan de futuro para Serena. Colin había mejorado notablemente y ya deambulaba por la casa como si la herida del costado no lo molestara en absoluto.

Entre las muchas conversaciones y cesiones que habían hecho ambos, doctor y condesa, estaba la de adoptar a los muchachos por parte de Doyle. Les iba a dar su apellido, serían los hijos que nunca tuvo, pero Lucinda lo convenció para que adoptara únicamente a Serena, ella adoptaría a Colin. Doyle ignoraba por qué motivo ella se negaba a que los adoptara a ambos, sin embargo, Lucinda no le dijo nada más ni le ofreció más explicaciones al respecto. Aunque sí le entregó una promesa solemne: una explicación detallada en el próximo cumpleaños de Colin.

Doyle aceptó aunque no del todo convencido.

Lucinda poseía un título, ganado por un matrimonio pactado, y quería que ese título y las propiedades que conservaba de su difunto marido, pasaran a Colin el día de mañana. Doyle se opuso firmemente, pero ella finalmente lo convenció. Ambos muchachos vivirían en Brown House porque así lo querían. Para ellos era un hogar, el único hogar que habían conocido, y Lucinda aceptó esa decisión.

Cuando ambos les comunicaron la decisión que habían tomado con respecto a los dos, Colin y Serena saltaron con júbilo inusitado. Se abrazaron con ternura, e incluyeron a los adultos en esa efusiva

muestra de cariño. Brown House era un hervidero de actividad. Había mucho que celebrar, y por doquier se oían risas y bromas. Doyle pensó que nunca había sido tan feliz como en ese momento, rectificó, casi feliz porque su felicidad no era del todo completa, y el motivo tenía un nombre: Lucinda Grant.

Había caído la noche por completo en Brown House, pero Colin no podía dormir. Llevaba varios noches inquieto. El tiempo había mejorado notablemente y los días eran más largos y cálidos. Serena estaba aprendiendo a montar a caballo, y él reía contagiado por el deleite femenino. Por la ausencia de temor en el rostro y los ojos de ella.

Se levantó del lecho y se dirigió hacia la ventana para abrirla. Cuando llegó hasta ella corrió las cortinas hacia un lado y abrió las hojas de cristal. La brisa nocturna le alborotó el cabello y Colin cerró los ojos extasiado. Miró hacia el mar y siguió la estela de luz que la luna derramaba sobre el agua como un trazo de pintura plateado. Un movimiento hacia su izquierda atrapó su atención por completo. Un ángel vestido de blanco bailaba frente al mar que se veía en completa quietud, como si le mostrara respeto por la danza que ella efectuaba.

Los labios de Colin se ampliaron en una sonrisa genuina. Le parecía gracioso la obsesión de Serena por bailar frente al mar. Siguió con sus brazos los movimientos de ella.

Se marchó a dormir complacido. Como si no existieran las dificultades. Pero a la mañana siguiente, Serena se presentó a desayunar con los ojos rojos e hinchados por el llanto. Colin la miró sorprendido, y aunque trataba de sonsacarle el motivo de su aparente tristeza, no lo logró. Él creía que era feliz. De hecho, no había abandonado las prácticas de equitación ni los sorprendentes bailes a media noche a orillas del mar. Doyle no pareció percatarse de la tristeza inesperada de ella.

Y cada noche Colin comenzó a espiarla tras la ventana de su alcoba. A seguir el ritual que la figura femenina efectuaba frente al mar, y como siempre tras su baile, se arrodillaba sobre la roca plana y comenzaba a llorar. Se preguntó por enésima vez qué le sucedía.

«Desea volver con los suyos», se dijo Colin. «Nosotros no llenamos el vacío que ellos le han dejado en el alma», continuó hablando consigo mismo intentando encontrar una explicación a la pena que mostraba ella. «No soporto verla tan infeliz».

Y Colin tomó la costumbre de esconderse entre unas rocas para observarla más cerca cuando bailara. Era como una obsesión para él. Quería comprender qué la entristecía tanto. Ansiaba consolarla, y por eso cada noche observaba con ansia el ritual que ella ejecutaba, y después de verlo finalizado continuaba escondido sin mostrarse. Sin atreverse a ofrecerle apoyo.

La pena de ella resultaba demasiado contagiosa para su espíritu.

Esa noche en particular el mar estaba demasiado quieto. Ni una sola nube empañaba el cielo ni oscurecía el resplandor de la luna que en ese momento brillaba en todo su esplendor. No tenía frío porque la noche era bastante cálida, aunque tenía un presentimiento inquieto que le producía un estado de nerviosismo inusual.

«Esta noche la consolaré», se dijo firme. «Le haré saber que me preocupo por ella, y que no deseo verla infeliz».

Desde su posición sentada tras una roca lo suficientemente grande como para ocultarlo, esperó la llegada de Serena que se iba a producir muy pronto.

Las suaves pisadas femeninas le hicieron espiarla en silencio. Serena llevaba el mismo camisón blanco y los pies descalzos. Se posicionó para tener un mejor campo de visión. La piedra donde se situó ella era bastante baja y plana. Si hubiese algo de marejada, el agua la mojaría, pero el mar estaba tan sereno que parecía un espejo de cristal.

Serena comenzó unos movimientos suaves con los brazos. Era como si acariciara el aire en torno a ella. Le siguió en el movimiento la cintura, pero los pequeños pies seguían sin moverse de la roca. Como si el movimiento le causara un gran esfuerzo, ella paró un momento e inclino la barbilla hacia su pecho. Giró la cabeza como si negara y volvió a comenzar.

En esta ocasión los movimientos era mucho más profundos. Movía los brazos hacia arriba y hacia abajo imitando el vuelo de una paloma. Tenía las palmas enroscadas como caracolas, y hacía giros con la muñeca bien definidos. El cuerpo siguió los movimientos de los brazos y comenzó a contornearse como si se tratara de un cisne en el agua. Echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. El cabello danzaba sobre los hombros delicados a voluntad, sin embargo los pies no se movían. Tras unos momentos intensos que a él le parecieron muy cortos, ella se dejó caer de rodillas y bajó la cabeza en dirección al agua. Le temblaron los hombros y Colin comprendió que estaba llorando. La vio extender su mano hacia el agua pero no la tocó, la dejó suspendida, como si no se atreviera a introducirla en el mar.

Estaba a un paso de salir de su escondite y abrazarla. Sentía en su mismo ser la desolación de ella, si bien cuando estaba a punto de hacerlo, ella se alzó de su posición arrodillada. Extendió los brazos como si le pidiera al mar que saltara sobre ellos. Tras una pausa que no rompió ni la respiración agitada de él, Serena comenzó a bailar de nuevo con los ojos cerrados. En esta ocasión hizo un giro que le resultó inesperado, y la observó con interés desmesurado, ella movía el cuerpo de forma seductora, atrayente. Los brazos la acompañaban en el movimiento como si tuvieran vida propia, y las manos parecía

que dibujaban nubes encima de su cabeza.

Para sorpresa de Colin percibió que el mar se movía. Al principio de forma muy suave, casi imperceptible, pero a medida que ella se contoneaba, el mar parecía que la imitaba. De pronto el mar beso la roca donde ella estaba, Serena se movió con rapidez para alejarse, abrió los ojos y sonrió con tanto candor que el corazón de Colin saltó con júbilo dentro de su pecho. El rostro de ella parecía que volvía a la vida, y continuó bailando con más pasión. Él contuvo la respiración y la ansiedad de bailar con ella.

«¡No puede ser cierto!», se dijo atónito, sin embargo era verdad: el mar bailaba al mismo compas de ella. No hacia aire, ni un sonido se escuchaba en esa noche oscura. Solo una muchacha bailaba frente al mar, y el mar le respondía.

Colin no solo estaba asombrado, estaba sin capacidad de reacción. Embobado hasta el punto de cometer una tontería como silbar mientras ella bailaba.

«Me siento hipnotizado», se dijo con ojos extasiados. Verla era tan sublime como oírla cantar. «Si no lo veo, no lo creo», se dijo extasiado.

Era como si el mar le cantara en un susurro continuo… “baila con mis olas”. Y ella bailó para el mar. Por momentos parecía que las olas llegarían a mojarle los pies para besárselos, pero ella no se lo permitía. Jugaba, lo incitaba. El mar se alejaba pero regresaba a ella como si no pudiera desprenderse de su embrujo.

De repente Serena paró todo movimiento y clavó sus ojos en el agua. El mar quedó de pronto quieto, como si nada hubiera perturbado su calma. Ella se arrodilló de nuevo y fue inclinándose hacia el agua de forma muy lenta. La sonrisa de sus labios era deslumbrante, y dejó el rostro a escasas pulgadas del agua. Colin pensó que le susurraba algo.

«No es posible. Debo de estar soñando», pero estaba bien despierto y con el corazón agitado en sentimientos encontrados.

El mar era un espejo brillante, y él se moría por saber qué le susurraba. Inesperadamente, un rostro salió del agua de forma muy despacio, tanto que Colin creyó que lo imaginaba, pero no, allí estaba, casi rozando la cara femenina que él conocía tan bien. Ambos rostros iban acercándose tan delicadamente que parecía que Serena se reflejaba en un espejo. Rozó levemente los labios, y el rostro volvió a hundirse en el agua y a desaparecer de su visión. Un momento después Serena se alzó y se separó un paso del agua. Se giró hacia donde estaba él y le extendió un brazo para que fuera junto a ella.

Completamente anonadado, Colin salió de su escondite, y con pasos vacilantes caminó hasta el lugar donde le esperaba.

¡Sabía que la estaba espiando!

Colin tomó la delicada mano y la estrechó entre las suyas. Habían

compartido un momento maravilloso, y cuando giró el rostro para mirarla vio la felicidad que tanto quería contemplar en ella.

«¡Por San Nicolás que la amo!», y la revelación de su descubrimiento le hizo apretarle los dedos con más candor. Ella le hizo un gesto con la cabeza para que mirara el mar, y al hacerlo, Colin dio un paso atrás con los ojos como platos. Cientos de escamas plateadas se movían bajo el agua de forma sinuosa.

¡Era el leviatán!

Serena lo instó a seguir mirando, y entonces se dio cuenta que no era un monstruo marino. Eran las hermanas de ella que habían venido a despedirse. A aceptar su renuncia como hija del mar.

—No es el mar el que se mueve sino ellas, las sirenas…. —alegó quedó.

Serena seguía en silencio mirando el horizonte.

—Así, bailando todas juntas, parece que forman un monstruo marino: el Leviatán. —Colin había comprendido. Giró el rostro hacia ella que hizo lo propio con el suyo—. Bailas maravillosamente bien.

Serena se abrazó a él con ímpetu. Sus hermanas habían aceptado su decisión. Durante días las había llamado llegando a llorar por la impotencia del silencio que le prodigaban, pero al fin habían respondido a su llamada y aceptado su renuncia. A partir de esa noche sería una muchacha como otra cualquiera. ¿Podía ser su felicidad más plena?

Abrazados y en silencio se dirigieron hacia Brown House. Serena llena de una quietud preciosa. Colin haciendo planes para el futuro, y ese futuro la incluía a ella.

Siempre a su sirena.